

Sobre las hidras fundamos

*José Martí y la emancipación
de Nuestra América*

Colectivo de autores

Coordinadora
María Caridad Pacheco González



La Habana, 2022

Dirección editorial: Silvia Águila Fonseca
Asesoría editorial: Ela López Ugarte
Edición: Belkys Duménigo García
Diseño de interior, cubierta y composición: Ileana Fernández Alfonso

Sobre la presente edición:
© Centro de Estudios Martianos, 2022

ISBN: 978-959-271-376-5

Centro de Estudios Martianos
Calzada 807, esquina a 4,
El Vedado, CP 10400,
La Habana, Cuba
Telf.: (53) 7 836 4966 al 69
Fax: (53) 7 833 3721
E-mail: cem@josemarti.co.cu
editorial@josemarti.co.cu
www.josemarti.cu

*Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser.
Sobre las hidras, fundamos.¹*

¹ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, *Obras Completas (OC)*, t. 6, p. 138, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. En lo adelante siempre que aparezca *OC* se referirá a la edición citada.

Índice

Presentación/ 6
A modo de introducción/ 12

La independencia de la América española/ 17

Al poema de 1810 falta una estrofa
Francisca López Civeira/ 18

La primera independencia en las Antillas hispánicas
José Antonio Bedia Pulido/ 28

José Martí entre las dos Américas
Un diálogo incesante
Marlene Vázquez Pérez/ 44

Legado bolivariano en José Martí:
La visión del equilibrio del mundo
Rodolfo Sarracino Magriñat/ 74

José Martí y los próceres de Nuestra América/ 92

Visiones cubanas sobre Francisco de Miranda:
José María Heredia y José Martí
Salvador Arias García/ 93

José Martí y sus retratos histórico-literarios
de José Antonio Páez
David Leyva González/ 101

Las imágenes de la naturaleza y el valor dignidad
en el relato "Tres héroes"

Yisel Bernárdez Martínez/ 117

Bolívar como héroe americano

Lourdes Ocampo Andina/ 131

Cultura para la independencia/ 154

Cultura, valores e identidad en el pensamiento
martiano: claves para una educación
para la emancipación

Lissette Mendoza Portales/ 155

Experiencias de la primera independencia
de la América española en las concepciones
educativas de José Martí

María Caridad Pacheco González/ 191

Subalternidades en el camino y el proyecto martiano
de la marcha unida

Mayra Beatriz Martínez Díaz/ 217

El poema americano en los apuntes martianos

Carmen Suárez León/ 247

Presentación

Ante la cercanía de los doscientos años de los trascendentes sucesos que respondieron a la crisis de la monarquía española y el desencadenamiento de los movimientos de emancipación de la América española entre 1810 y 1826, en 2008 se organizó en el Centro de Estudios Martianos el Coloquio Internacional “José Martí y la primera independencia de la América española”. Posteriormente se desarrolló un curso de postgrado homónimo, cuyo propósito esencial fue profundizar acerca de la visión que sobre esos hechos y sus grandes líderes aportó Martí.

Este libro se propone realizar un recorrido histórico-cultural por el proceso liberador de nuestra América y las valoraciones primordiales del Apóstol, a través de ponencias y conferencias impartidas por una parte de los profesionales martianos que durante el evento y en el citado curso aportaron sus puntos de vista en torno al papel de los movimientos que abrirían el camino al paso de la primera independencia de los pueblos hispanoamericanos en la formación y desarrollo del ideario de José Martí.

En el discurso que pronunciara en el Club de Comercio de Caracas el 21 de marzo de 1881, había sentenciado: “Se sabe que al poema del 1810 falta una estrofa”¹; al referirse a la condición de su patria aún sometida al colonialismo español, ya que desde 1810 se habían iniciado de norte a sur las guerras de independencia.

¹ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio de Caracas, Venezuela, el 21 de marzo de 1881, *OC*, t. 7, p. 284.

Las guerras que se desataron a partir de esos acontecimientos no siempre contaron con componentes iguales, aunque todas aspiraban a la independencia política con respecto a España. Por lo general se proponían independizar no a una zona o territorio, sino a lo que era la América española en su conjunto, lo cual explica que algunas grandes figuras históricas, como Bolívar, San Martín y Sucre, pelearan en más de uno de los actuales países, o que el Grito de Dolores que proclamó la independencia mexicana, incluyera un “¡Viva América!”, o en resumen, que en el Congreso de Panamá, convocado en 1824 y realizado dos años después por Bolívar tras consolidar la independencia de Hispanoamérica continental en la batalla de Ayacucho, se propusiera aunque de forma infructuosa, que las repúblicas americanas que habían sido colonias españolas alcanzaran la unidad deseada.

Tras permanecer cuatro años en España (1871-74), José Martí se estableció en México y Guatemala. Esas vivencias, junto a las de Venezuela en 1881 y a las acumuladas en Estados Unidos, despertaron y desarrollaron en él la vocación latinoamericanista, nacida del conocimiento directo de las virtudes y los males que padecía, y en alguna medida padece aún Hispanoamérica; vocación que también lo ayudó a avizorar los peligros que esta corría, ante lo que nombró como “la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña”.²

Pero no fueron únicamente sus vivencias las que permitieron al artista, pensador y político llegar a conclusiones medulares acerca de los movimientos emancipadores de Latinoamérica y de sus principales gestores. Al respecto, el doctor Julio le Riverend destaca que “el historicismo, como fundamento del análisis de los problemas, fue un elemento

² José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, p. 21.

consustancial de la formación de su pensamiento”.³ Hoy es posible afirmar que uno de los estudios más críticos y profundos realizados hasta entonces sobre la historia y la realidad del nuevo continente lo hizo, sin afanes de pura academia, José Martí.

Uno de los asuntos históricos que acaparó su atención, además de la propia guerra del sesenta y ocho en Cuba, fue la evolución de los procesos emancipatorios de las naciones americanas y el futuro de los “dos factores continentales” a tenor de los nuevos tiempos. Igualmente la figura histórica que más apreció y estudió en su vida de revolucionario fue Simón Bolívar, personalidad entregada intensa y estrechamente a la lucha independentista en América, y de quien todos los hispanoamericanos, según Martí, debían considerarse herederos y continuadores.

Pero este empeño e interés por la historia de la primera independencia de la América española no puede valorarse solo como un ejercicio puramente intelectual. José Martí era un pensador interesado en transformar su realidad, para lo cual debía en primer lugar conocerla, y también planteó que “en el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país”, e insistió en que “la historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra (...)”.⁴

Enemigo rotundo de una nueva colonización, Martí proclamó:

De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los

³ Julio Le Riverend: *José Martí. Pensamiento y acción*, p. 119, Centro de Estudios Martianos (CEM) y Editora Política, La Habana, 1982.

⁴ José Martí: “Nuestra América”, *OC*, t. 6, p. 18.

antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁵

El 19 de diciembre de 1889, en el contexto de la I Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington, Martí pronunció para los delegados procedentes de los países de América Latina su brillante y aleccionador discurso conocido con el título de “Madre América”, en el cual subrayaría, al comparar sus distintos orígenes, que la libertad obtenida por la América del Norte en 1776 había sido sectaria y basada en la esclavitud, por lo cual había dado origen a un país codicioso que mostraba sus pretensiones de dominación en el resto del continente; mientras nuestra América merecía todo el respeto, en tanto su origen doloroso y fundador, basado en la unidad y la decisiva presencia de las masas populares, determinaron otro destino y un crecimiento espiritual más allá de lo esperado. Por eso dijo: “Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos”.

Con esa imagen que da título a nuestra obra, Martí aludía a un célebre episodio de la mitología griega, la Hidra de Lerna, un monstruo del inframundo con forma de serpiente de múltiples cabezas, en el que su vencedor simboliza el orden instituido por los seres humanos, esto es, la cultura, mientras la hidra representa la realidad que aún no ha sido modificada por el hombre. De modo que el gran pensador anunciaba que nuestras naciones se opondrían a

⁵ *Ibíd.*, p. 46.

los nuevos peligros con su unidad, su espíritu solidario y la fuerza de sus ideas.

Martí extrajo de la historia americana otra experiencia imprescindible: la necesidad de la unión. Ya en 1878, en el libro *Guatemala* había enfatizado “¿Qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida?”.⁶ Y en 1891, al publicar el ensayo “Nuestra América”, consciente de que el desbordamiento norteamericano estaba próximo, insistió: “Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”.⁷

No es posible aproximarse al devenir histórico de Latinoamérica sin considerar los aportes de José Martí al estudio y la comprensión plural de ese espacio geográfico y cultural, para inscribirlo en el acontecer universal de su época y del futuro. Acercarse a esta faceta tan particular de la obra martiana, equivale a abordarla desde diferentes perspectivas, porque la región emerge en el esplendor de su expresión poética, en la estimación de nuestros próceres, en la mirada antropológica y maravillada del viajero, en las preocupaciones respecto al destino político del continente y de las “islas dolorosas del mar”; es decir, de Cuba y Puerto Rico, en aspectos esenciales relativos a la utopía, la identidad y la formación humana con vistas a reflexionar acerca del complejo proceso redentor de nuestros pueblos.

Todo esto encontrará el lector en las obras de investigadores del Centro de Estudios Martianos y prestigiosos martianos de otras entidades que, sin pretensiones de abarcar todo el conjunto de asuntos que los temas encierran, se presentan en este volumen.

⁶ José Martí: *Guatemala, OC*, t. 7, p. 118.

⁷ José Martí: “Nuestra América”, *OC*, t. 6, p. 16.

La idea central que guía el proyecto editorial se encamina a rendir homenaje a las luchas por la emancipación de nuestra América a través de la visión que sobre aquella gesta nos legó el Apóstol; sobre todo, pretende adentrarse en el papel de los movimientos que abrirían el camino a la primera independencia de las naciones hispanoamericanas, y del significado de más de doscientos años de resistencia y combate, que en el momento actual tiene ante sí nuevos retos. No comprendo esta idea.

María Caridad Pacheco González

La Habana, noviembre de 2021.

A modo de introducción

“¡A Caballo la América entera!”

Con esta trepidante imagen, José Martí desenvolvía el 19 de diciembre de 1889 su relato del proceso emancipador hispanoamericano ante los delegados a la Conferencia Internacional Americana de Wáshington. Dos tesis centrales desplegaba el cubano en aquel discurso conocido con el nombre de “Madre América”. La primera: que aquel largo proceso en cuya conmemoración bicentenaria nos adentramos ocurrió a lo largo de todo el Continente: “la América entera” subió al caballo para el galope liberador. La segunda tesis de la formidable oración martiana es que esa epopeya fue original, partió de sí misma, por mucho que debiera a la ola y al entusiasmo revolucionarios que sacudían a Europa durante los inicios de esta gran pelea nuestra.

Buscaba el cubano los sentimientos de sus oyentes, y les sacudía su orgullo por la patria grande fundada de un golpe formidable que abarcó más de un cuarto de siglo, justamente cuando aquellos que le escuchaban se reunían en la capital de los Estados Unidos, convocados por el gobierno de ese país para establecer los mecanismos de su hegemonía.

Sabía muy bien Martí que continuaba entonces, a finales del siglo xix, la batalla emancipadora, o, más bien, que tenía lugar bajo los nuevos contextos definidos por el desborde del naciente imperio. De ahí, pues, que el orador recurriera al tema de la primera independencia, alcanzada, según él, gracias a la unidad y a la decisiva presencia de las masas populares (los indios, los rotos, los cholos, los negros, los

gauchos, los araucos indomables, nos dice Martí), factores ambos —unidad y masas populares— imprescindibles para la nueva etapa que comenzaba.

No fue clase de historia aquel discurso llamado “Madre América”, sino fino, previsor y hondo análisis político sustentado en la interpretación de la historia, el entregado por aquel reconocido escritor y periodista que renovaba nuestra lengua, que estaba cambiando la sensibilidad literaria y que estaba transformando los paradigmas y las perspectivas al uso dentro del pensamiento latinoamericano.

José Martí, quien había proclamado en 1881 ante la clase ilustrada caraqueña su voluntad de escribir con la independencia antillana la última estrofa del gran poema de 1810, ya comprendía que las islas soberanas de Cuba y Puerto Rico serían los versos iniciales de un nuevo poema de libertad que sostendría sobre bases más justas la independencia continental, el equilibrio entre las dos Américas (la nuestra y la que no es nuestra), y hasta el equilibrio universal. Se trataba, decía, de “desatar a América y desuncir el hombre”, de luchar por toda la justicia y no solo por una parte de ella. Era pues, en la conciencia de Martí, la hora de declarar la segunda independencia, esa aún no alcanzada, por la que bregamos ahora con paso acometedor y que enfrenta cada vez más la ofensiva enemiga del imperio del Norte.

La memoria, se dice mucho ahora, es elemento indispensable del alma de los pueblos, de su cultura e identidad. Y la memoria histórica no es cosa meramente de historiadores, sino de la conciencia social en pleno, destacadamente de los productores de la cultura artística y literaria. La independencia tuvo sus canciones, sus relatos, sus imágenes, sus símbolos incluso antes que su historia. Todos ellos dieron carne y sangre a los acontecimientos y forman parte de aquella historia, de nuestra conciencia y de nuestro presente. Estamos obligados entonces a saber de ellos y a explicárnoslos mejor

en todas sus magnitudes y en todos sus alcances para así poder conservar esa memoria.

Como Martí, necesitamos aprehender aquel proceso para asumir nuestro presente, que goza de señales promisorias y a la vez indica peligros crecientes. Hay que montar a caballo otra vez para la acción unida, concertada en avance incontenible ante las nuevas y viejas dependencias y dominaciones. Nuestra madre América necesita del protagonismo popular para efectuar la verdadera y final independencia, la que nos haga marchar por nuestras propias avenidas y en función de nuestros intereses.

No olvidemos, no podemos olvidar. Haití, aplastado en la hora actual por la tremenda tragedia del sismo, fue nada más y nada menos que el iniciador del proceso liberador mediante una revolución social que exterminó la esclavitud, que puso a temblar a las metrópolis y a las oligarquías esclavistas. Cuando proclamó su independencia, Haití corrió todos los riesgos que implicaba la solidaridad práctica con los patriotas del Continente y únicamente pidió a cambio la abolición de la esclavitud. Se llegó a la victoria de Ayacucho porque antes hubo una revolución haitiana. Aprisa ahora nuestra América, a salvar a Haití.

No olvidemos, no podemos olvidar. Puerto Rico sigue siendo colonia, a pesar de que Bolívar quiso liberarla junto a Cuba, de que Martí creó el Partido Revolucionario Cubano con la misión de fomentar y auxiliar la independencia boricua, de que sus próceres mayores —Hostos y Betances— inscribieron en nuestra América el afán por Borinquen libre, de que Pedro Albizu Campos se alzó para que la bandera de la estrella solitaria sobre el triángulo azul representase al Estado soberano desprendido de los Estados Unidos.

No olvidemos, no podemos olvidar. Centroamérica no pudo mantenerse unida como quiso Morazán, y ahora hemos

visto en Honduras la vuelta de las fuerzas diluyentes y hostiles de los nuevos intentos por caminar hacia la actuación unida en la región.

No olvidemos. No podemos olvidar a nuestros héroes: al cura Hidalgo que amaba a los indios; a Morelos, que quería abolir la esclavitud tanto como los privilegios; a Miranda, que murió en el castillo húmedo haciendo planes para el estado continental; a Artigas, que dio tierras a la gauchada; a San Martín, que cruzó los Andes con negros, indios y blancos de toda la región del Plata; a Bolívar, incansable y empeñoso que inventó a Colombia, que creía en el poder moral y que supo que éramos otros, un pequeño género humano; y a Manuelita, la trasgresora, la combatiente.

No olvidemos. No podemos olvidar a los millones de mujeres y de hombres que desde Texas hasta el Cabo de Hornos, con aquella pelea enorme, dieron nacimiento a la América Latina, a nuestra América, desde aquella América imperial de virreinos, audiencias, inquisición y capitánías generales.

Admirados y emocionados, inscribamos el bi centenario de la primera emancipación en este presente prometedor, con sagacidad de amauta, con rebeldía de cimarrones, con orgullo de latinoamericanos, el mismo orgullo noble que animaba a José Martí aquel frío día de diciembre de 1889 cuando leyó su discurso.

Oigamos entonces nuevamente la palabra nerviosa y acerada de José Martí en la sala neoyorquina donde reunió a los oyentes de "Madre América":

¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¿De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte

de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores.

¡A caballo la América entera para terminar la bicentenaria obra emancipadora!

Pedro Pablo Rodríguez

*Palabras inaugurales del Premio Literario
Casa de las Américas, leídas el 18 de enero de 2010.*

La independencia de la América española

Al poema de 1810 falta una estrofa

Francisca López Civeira

En Caracas, el 21 de marzo de 1881, Martí enunció la idea de considerar la independencia de América Latina como un proceso histórico aún en desarrollo, cuando en el discurso pronunciado en el Club de Comercio dijo: “Luché en mi patria, y fui vencido. —Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa, —y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla”.⁸

Sobre la misma idea volvería más de ocho años después, el 19 de diciembre de 1889, en el discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en el contexto de la celebración del Congreso Internacional de Washington, considerado como la primera conferencia panamericana. Entonces afirmó: “A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810”⁹ con lo cual reafirmaba una convicción nacida desde mucho antes.

⁸ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio, ob. cit., p. 284 y *Obras Completas. Edición Crítica (OCEC)*, t. 8, p. 40, CEM, La Habana. En lo adelante siempre que aparezca OCEC se referirá a la edición citada.

⁹ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en la velada artístico-literaria el 19 de diciembre de 1889, ob. cit., p. 134.

Cuando expresaba por primera vez esa idea en Caracas, —en la que, por cierto, llama a la gran epopeya “poema”— estaba enunciando toda una concepción acerca del proceso independentista latinoamericano y el lugar en él de Cuba (y Puerto Rico junto a ella). Se trata del anuncio de una nueva perspectiva de ese curso histórico en América Latina para su momento, justamente cuando maduraba su concepción de “nuestra América” y su proyecto de alcance continental. Había superado creadoramente su propia visión temprana de la revolución independentista cubana, para entenderla en una relación mucho más amplia.

Esa perspectiva de lo que llamaría “nuestra América” iba mucho más allá de lo acaecido siete décadas atrás, se trataba de algo más profundo y prospectivo. Esa visión había comenzado a germinar anticipadamente. En carta a Valero Pujol, del 27 de noviembre de 1877, en Guatemala, ya había afirmado: “La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla”.¹⁰

Esas tempranas afirmaciones martianas muestran una concepción de la emancipación continental como ciclo histórico incompleto. Se trata de un proceso que atañe al conjunto de los pueblos que identificaría como nuestra América, en el cual estaba incluyendo no solo la necesidad de concluir la emancipación con las islas aun colonias de España, sino que debía completarse con la conquista de la verdadera liberación.

En el aspecto referido a la liberación y su contenido, encontramos en Martí también anticipaciones fundamentales

¹⁰ José Martí: Fragmento de la carta a Valero Pujol, director de *El Progreso*, 27 de noviembre [1877], OC, t. 7, p. 110 y OCEC, t. 5, p. 190.

al entender el proceso no como la sola separación de la metrópoli europea, sino como la subversión de todo el mundo colonial construido. Con lenguaje de hoy, diríamos que Martí estaba planteando la necesidad de un discurso contra hegemónico para alcanzar la verdadera independencia.

En su ensayo “Nuestra América” aseveró:

El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu. Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.¹¹

Esa afirmación es clave para entender el sentido en que Martí planteaba el curso emancipador de la América Latina, no limitado a la independencia política alcanzada por la mayor parte de las antiguas colonias españolas, sino como un proceso cultural de honda transformación en las sociedades donde apreció que la colonia había continuado viviendo en la república, de ahí que afirmara que no se trataba de un cambio de forma sino de espíritu.

Desde los primeros trabajos anunciadores de la concepción martiana acerca de la Revolución Cubana, ya se aprecia un conjunto de ideas, que tendrían desarrollo y completamiento posteriores, pero que planteaban las bases iniciales. En primer lugar, habría que destacar su tratamiento de revolución al desarrollo de la Guerra Grande o Guerra de los Diez Años. Para el joven Martí que escribe “El presidio político en Cuba” y “La República española ante la Revolución

¹¹ José Martí: OC, t. 6, p. 19.

Cubana” lo que estaba aconteciendo en Cuba no era solo una guerra sino todo un proceso de cambio implícito en el concepto que siempre utilizaba al referirse a ese acontecer: revolución.

Quizás pueda pensarse que se hacía uso del término revolución como sinónimo de rebelión, violencia o algo similar; pero cuando se lee su artículo “Las Reformas” y su expresión del lugar que ocupan las revoluciones en la vida de los pueblos, se puede apreciar el sentido que daba al vocablo:

Pues si las revoluciones no pasan en vano por los pueblos, si un pueblo antes de la revolución no puede ser después de ella como era, si no puede olvidarse jamás una revolución ensangrentada —¿cómo ha de ser ahora lógica —en situación distinta— [la] solución que lo era entonces? —¿Cómo, si las reformas eran entonces necesarias, han de ser bastante ahora?

Pasarían entonces en vano las revoluciones para los pueblos...¹²

Esa afirmación nos sitúa ante la mirada del proceso histórico del joven Martí en cuanto al significado del acontecer cubano de aquellos años, lo que maduraría y se completaría en años posteriores.

El impacto de la revolución como acontecimiento transformador de hábitos, modos de vida, en fin, de los componentes todos de la vida de un pueblo, estuvo presente en sus análisis de la revolución cubana. No es casual que en su discurso del 24 de enero de 1880, en Steck Hall, la llamada

¹² José Martí: “Las Reformas”, *OC*, t. 1, p. 108 y *OCEC*, t. 1, p. 122.

“Lectura de Steck Hall”, describiera el impacto de la vida en territorio libre durante la década gloriosa:

En el Oriente y Centro de la Isla, y en buena parte de Occidente, los niños nacieron, las mujeres se casaron, los hombres vivieron y murieron, los criminales fueron castigados, y erigidos pueblos enteros, y respetadas las autoridades, y desarrolladas y premiadas las virtudes, y producidos especiales defectos, y pasados años largos, al tenor de leyes propias, bajo techo de guano discutidas, con savia de los árboles escritas, y sobre hojas de maya perpetuadas; al tenor de leyes generosas, que crearon estado, que se erigieron en costumbres, que fueron dictadas en analogía con la naturaleza de los hombres libres, y que, en su imperfecta forma y en su incompleta aplicación, dieron sin embargo en tierra con todo lo existente, y despertaron en una gran parte de la Isla aficiones, creencias, sentimientos, derechos y hábitos para la comarca occidental absolutamente desconocidos.¹³

Como puede apreciarse, la revolución es vista como transformación profunda y plena de la vida de los seres humanos que participan de ella. De manera que la independencia de la América antes española tenía que ser más que la separación de España, tenía que ser un proceso histórico en el cual se produjera esa transformación del sistema (creencias, sentimientos, aficiones, derechos y hábitos) impuesto por los opresores.

En los análisis tempranos de Martí podemos encontrar atisbos de lo que sería su gran concepción de nuestra América

¹³ José Martí: *OC*, t. 4, p. 195 y *OCEC*, t. 6, p. 147.

y su análisis “ahondador” —para decirlo con una palabra martiana— de su devenir. En su drama indio “Patria y Libertad”, escrito en Guatemala, pone en boca de su personaje Martino ideas fundamentales como las siguientes:

Martino. ¡Quietos todos! No huyáis ante los déspotas!
 ¡Quietos aquí! Lo manda nuestra América.

Y a la pregunta de Don Pedro a Martino inquiriendo quién es, le responde:

Martino. (*Colocándose al frente del pueblo.*) ¡Soy la oveja
 Que se revuelve indómita ante el lobo
 Y exánime y atónita lo deja
 Con el arma de Maipú y Carabobo.
 Soy de Hidalgo la voz; soy la mirada
 Ardiente de Bolívar: soy el rayo
 De la eterna justicia, en que abrasada
 América renace,
 Desde las fuentes en que el Bravo nace
 Hasta el desierto bosque paraguayo!¹⁴

Martí estaba ya planteando el sentido de nuestra América en su dimensión geográfica, pero también en su unidad histórica, en la que el proceso independentista se vertebraba como una unidad desde el río Bravo hasta La Plata en ocasión de conmemorar la independencia guatemalteca. En esa etapa, cuando concibe la *Revista Guatemalteca*, sería más preciso en cuanto al ámbito geográfico al que se refería: “Yo conozco a Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y sé el suyo. Tenemos más elementos

¹⁴ José Martí: *OC*, t. 18, p. 252 y *OCEC*, t. 5, p. 121.

naturales, en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile (...).¹⁵

La elaboración de la concepción martiana sobre nuestra América, sus problemas y retos comunes, fue una evolución ascendente en la cual, sin embargo, se mantuvo como una constante su sentido del tiempo histórico y del proceso que une a esta parte del mundo como un todo visto en su devenir hasta su presente.

Sus estancias en países como México, Guatemala y Venezuela, que atravesaban por fases de reformas liberales en las décadas del setenta y el ochenta, le permitieron analizar los problemas de esas sociedades después de expulsada la metrópoli española, donde las estructuras de la sociedad colonial habían quedado viviendo, justo por no haberse completado la revolución transformadora indispensable. La larga permanencia en Estados Unidos le permitió, con su pupila aguda, completar la visión del continente a partir de las “dos nacionalidades” que lo poblaban y del peligro que significaba una para la otra, aunque también analizar las razones históricas de las diferencias y de las tendencias que pudo apreciar en esas dos secciones continentales.

A la altura de fines del siglo xix, Martí veía la revolución en correspondencia con la nueva época como parte del mismo trascurso histórico no concluido. De ahí su llamado y su alerta sobre los viejos problemas que subsistían y los nuevos peligros que acechaban.

Sabía que estaba en un momento crucial, decisivo dentro del decurso histórico de la independencia latinoamericana, por ello su angustia con el tiempo, como escribió en sus notas: “Porque nosotros, enclavados como estamos,

¹⁵ José Martí: *OC*, t. 7, p. 104.

entre pueblos, E. U. e Istmo, no tenemos tiempo ni para errores, ni para travesuras políticas".¹⁶

Muchas veces hemos escuchado o leído las palabras de Martí acerca de Bolívar, sobre todo aquellas en las que lo evoca con sentido de contemporaneidad en las tareas por hacer, como las siguientes:

¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!¹⁷

Pero, ¿cuántas veces meditamos sobre esas palabras a la luz del tiempo de Martí y de nuestro presente, a la luz de las conmemoraciones significativas? No se trata de repetir aquí a Martí, sino de analizar su sentido. Si en 1893, para Martí había tareas inconclusas de las que se planteó Bolívar, si era necesario hacer lo que aún no se había hecho y quedaba pendiente, entonces ¿cuál es el balance del proceso independentista? ¿Puede ser la complacencia de la celebración?

Estamos ante una historia de dos siglos que llega hasta nuestro presente, en la cual no solo tenemos que partir de los movimientos precursores e incluir como un hito esencial la Revolución haitiana, sino que hay que incluir también los procesos de descolonización que han tenido lugar en este tiempo, en los que se insertan las islas caribeñas

¹⁶ José Martí: Fragmento 288, *OC*, t. 22, p. 190.

¹⁷ José Martí: Fragmentos del discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, el 28 de octubre de 1893, *OC*, t. 8, p. 243.

que alcanzaron su independencia en la segunda mitad del siglo xx; hay que ver qué estrofas quedan por escribir en este largo proceso de emancipación.

En estos dos siglos que estamos quizás celebrando y también conmemorando para hacer balance de lo ocurrido y lo que falta por hacer, han existido desencuentros, dominaciones externas diversas y por diferentes métodos, marginaciones sociales y nacionales, procesos revolucionarios que han convulsionado nuestras sociedades en distintos momentos, y se ha mantenido la aspiración a la integración de esta América nuestra frente a múltiples obstáculos internos y externos, reconociendo la unidad, la identidad dentro de la diversidad.

Entonces, ¿no es necesario volver a Martí para aguzar nuestra mirada acerca del bicentenario?

En este sentido adquieren total significado las palabras citadas de su carta a Valero Pujol de 1877: “La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla”.¹⁸ A este análisis nos sigue convocando Martí.



Francisca López Civeira (La Habana 12 de noviembre de 1943).

Doctora en Ciencias Históricas. Profesora De Mérito de la Universidad de La Habana. Premio Nacional de Historia 2008. Académica titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Presidenta de la Cátedra Martiana y de la Cátedra

¹⁸ José Martí: *OC*, t. 7, p. 110.

honorífica para el estudio del pensamiento y la obra de Fidel Castro de la Universidad de La Habana. Miembro del secretariado permanente de la Unión de Historiadores de Cuba y de la Junta de Gobierno de la Sociedad Económica Amigos del País (SEAP). Miembro de los consejos científicos de la Universidad de La Habana y del Centro de Estudios Martianos.

La primera independencia en las Antillas hispánicas

José Antonio Bedia Pulido

Una aproximación al independentismo en Cuba y Puerto Rico, últimas posesiones coloniales de España en América, evidencia medio siglo de retraso respecto al movimiento emancipador en Latinoamérica continental. ¿Qué condiciones propiciaron esa asincronía? ¿Acaso, ambos movimientos conforman un mismo proceso?

La emancipación en tierra firme, a principio del siglo xix, recibe dos fuertes influencias externas: la ilustración europea, la cual le brinda como motivo de renovación el tomar a la revolución como premisa transformadora; y la independencia norteamericana, con su noción paradigmática de la soberanía popular. Se fijan los ojos en Francia y su *liberté, égalité et fraternité* y en la formulación de Benjamín Franklin *not government too mooch*. Se desata el movimiento de liberación continental, pero en la región no se logra cohesionar una conciencia de identidad. Sin embargo, ello no resta autenticidad al movimiento y al calor de la genialidad de Simón Bolívar se llega a expresar:

Debo decir, que ni remotamente ha entrado en mí la idea de asimilar la situación y naturaleza de estados tan distantes (...) Pues (...) es (...) difícil de adoptar en Venezuela las leyes de norte América. ¿No dice el Espíritu de las leyes que estas deben ser propias? (...)

¡He ahí el código que debemos consultar y no el de Washington!¹⁹

En las islas del Caribe hispanoparlante esas influencias foráneas no propiciaron semejantes resultados. En la perla de las Antillas, los criollos que conformaban la llamada Ilustración Reformista Cubana, con Francisco de Arango y Parreño como adalid, plasmaron sus intereses en el “Discurso sobre la Agricultura de La Habana y medios de fomentarla”, redactado en 1792²⁰. En Borinquen, si bien “(...) en 1795 el gobernador de la isla Ramón Castro informaba al ministro de ultramar sobre la circulación en San Juan de monedas con lemas sediciosos y cinco años después relataba el hallazgo de un pasquín subversivo”,²¹ el independentismo y los riesgos de sostener sus postulados aún no fructificaban.

Las ideas sobre la emancipación vuelven a manifestarse en Borinquen, ya de forma más articulada durante la conspiración encabezada por Francisco Antonio Ramírez, Juan Eloy Tirado y Vicente González. Aunque frustrada, trasciende por sus vínculos de hermanamiento con el autonomismo continental, razón por la cual en 1815 sus dirigentes efectuaron conversaciones con representantes del separatismo en México.

¹⁹ Indalecio Liévano Aguirre: *Bolívar*, p. 47, Ed. Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1983.

²⁰ Francisco de Arango y Parreño: “Discurso sobre la agricultura de La Habana y medios de fomentarla”, en Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, pp. 162-197, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.

²¹ Germán Delgado Pasapera: *Puerto Rico: sus luchas emancipadoras (1850-1898)*, pp. 26-28, Editorial Cultural, Puerto Rico, 1984. Con estos apuntes el gobernador de la isla dejó constancia de un primigenio movimiento emancipador en Puerto Rico.

En la mayor de las Antillas se comenzó también a acariar ideas de simpatía hacia la liberación que emana de la obra continental. Tuvo lugar una conspiración dirigida por Joaquín Infante, que fue abortada por la acción de las autoridades coloniales. Infante parte al exilio desde donde, sin desesperanzarse, redacta la Carta Magna para una Cuba independiente, documento de profunda vocación americanista.²²

Sin embargo, aquellos episodios quedaron aislados. Posteriormente, el sistema de inteligencia español y el consistencial reforzamiento de las fuerzas conservadoras en el área continental frenaron el desarrollo de la acción revolucionaria en ambas islas. El descontento antillano fue canalizado entonces, de forma más sostenida, en la esperanza de obtener las reformas políticas que garantizaran un ambiente de progreso económico y mayor libertad política. Aun así, en Cuba se producen las conspiraciones de Soles y Rayos de Bolívar y la Gran Legión del Águila Negra, ambas de fuerte aliento continental por sus vínculos con Venezuela y México. En aquellos momentos el Libertador expresó así sus anhelos:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el nuevo mundo una sola nación con un solo vínculo, que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase a los diferentes estados que hayan de formarse.²³

²² Joaquín Infante: "Proyecto de Constitución para la isla de Cuba", en Hortensia Pichardo, ob. cit., pp. 253-260.

²³ Simón Bolívar: "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", Kingston, 6 de septiembre de 1815, en *Historia*

No obstante, el Libertador no pudo acometer la empresa de emancipar las Antillas “Y ya ponía Bolívar pié en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida”.²⁴ El independentismo insular ve anulados sus esfuerzos en aquel instante en que reverdece el reformismo. Solo al quedar excluidas de representación a Cortes, Cuba y Puerto Rico, en 1837, resurgió la acción emancipación insular. Pero en Borinquen es descabezado el movimiento en 1838, al descubrirse la tentativa insurgente de Andrés Viscarrondo.

En Cuba, si bien se generalizaba el concepto de cubanía, el mismo se metamorfosea en la contradicción Miguel de Tacón-Claudio Martínez de Pinillos. Con posterioridad, a mediados de siglo, y con un nuevo acento político, el anexionista, Narciso López muestra interés por la “independencia” de Cuba y también de Puerto Rico, pues entendía que su misión se tornaba incompleta “si libertada e independizada Cuba no acudiese con todas [sus] mis fuerzas a la inmediata liberación de Puerto Rico”.²⁵ Pero bien conocemos del descalabro de su empresa.

Poco después en Cuba se producen los levantamientos de Joaquín Agüero e Isidoro Armenteros, en 1851, la Conspiración de Vuelta Abajo, de 1852, y la de Ramón Pintó, hacia 1854. Entretanto, Puerto Rico cierra la primera mitad del siglo en calma, con lentitud comienza a resurgir un nuevo despertar de la conciencia emancipadora. Pero aún

de América, Selección de Lecturas, pp. 168-169, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1984.

²⁴ José Martí: Fragmentos de “Heredia”, discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889, *OC*, t. 5, p. 171.

²⁵ Germán Delgado Pasapera: ob. cit., p. 39.

en los primeros años de la década de 1860 las ideas de liberación puertorriqueñas continuaban paralizadas, sufriendo un espionaje gubernamental que llegaba a límites insospechados. Uno de sus hijos, Ramón Emeterio Betances, es el artífice de una nueva etapa emancipadora; impregna a su ideario político un profundo contenido social que encauza a una acción de masas. En Cuba, es inefable la labor de Vicente Antonio de Castro en la formación ideológica de los hombres del sesenta y ocho. Desde esa época es también importante la labor del exilio para nuestra soberanía.

En 1860 llega a Nueva York José Francisco Basora, lleva en mente un proyecto de liberación, había llegado a la conclusión de que la única salida al problema político boricua era la revolución. En 1863 Eugenio María de Hostos publica “La peregrinación de Bayoán”, aún desde posiciones reformistas su crítica al sistema político español en las islas es intolerado, y la circulación de la obra es prohibida por el gobernador Félix María Messina.

Basora, en Estados Unidos, establece contacto con los cubanos exiliados, el independentismo insular hace causa común: el 21 de diciembre de 1865 cubanos y puertorriqueños fundan en Nueva York la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, la preside el veterano revolucionario cubano Juan Manuel Macías.²⁶ Un nuevo capítulo se abre en la historia de esta causa en ambas Islas. La declaración de propósitos de la agrupación señalaba que había sido creada con el objeto de “poner en ejercicio los medios que estén a nuestro alcance para separar a Cuba y Puerto Rico

²⁶ Entre los puertorriqueños que se destacaban en la organización se encontraban Francisco Basora, quien ocupó una de las dos vicepresidencias, Ramón Emeterio Betances y posteriormente Eugenio María de Hostos.

de la dominación española y adquirir una patria libre e independiente".²⁷

El ejemplo de Sociedad Republicana, como elemento integrador, ulteriormente es rescatado por la prédica martiana a favor de nuestra emancipación e identidad. La Sociedad consideraba que en 1865 había llegado el momento propicio para la lucha revolucionaria y que era preciso atajar el movimiento reformista que soñaba con promesas ilusorias, entonces provenientes de la convocatoria a la Junta de Información. Por esa razón su manifiesto concluye que "la fuerza de las armas", es el único método por el cual se podrá alcanzar la independencia, pero el anexionismo fue minando las bases del movimiento y años más tarde, como sus predecesores, desapareció.

Nuevamente el reformismo cobró fuerzas en ambas Islas, para aplacar los ánimos, por este derrotero se fue desenvolviendo la superficie política colonial hasta llegar a la Junta de Información de 1866. Sin embargo, concluye el cónclave sin resultados favorables. Es elocuente la opinión sobre dicha reunión plasmada por José Manuel Mestre, en carta a José Antonio Saco: "La Junta es el último subterfugio para ganar tiempo y no resolver nada (...)".²⁸ Los delegados regresan al Caribe sintiendo que no lograron satisfacer sus demandas. Sin posibilidades para el anexionismo tras la victoria del Norte en la Guerra de Secesión, todas las miradas coincidieron en el independentismo.

En aquel contexto Puerto Rico, bajo el gobierno de José María Marchesi, sostiene una estrecha vigilancia sobre las

²⁷ Ramón de Armas: "La integración latinoamericana en la historiografía cubana: el caso de la Confederación Antillana", Conferencia para el 5.º Congreso de Adhilac, La Habana, 1992. Texto mecanografiado perteneciente a la Biblioteca del CEM, p. 2.

²⁸ Dirección Política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: *Historia de Cuba*, p. 148, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

personas consideradas sospechosas y contrarias al régimen colonial. A Marchesi le preocupaban las actividades del exilio en Nueva York que dictaban el origen común de los problemas antillanos y recomendaba, entre las necesidades prácticas fundamentales, la mutua colaboración cubano-puertorriqueña. Por su parte Betances, en 1867 proclama: “Cubanos y puertorriqueños, unid vuestros esfuerzos, trabajad de concierto, seamos hermanos, somos uno en la desgracia, seamos uno también en la Revolución y en la independencia de Cuba y Puerto Rico”.²⁹

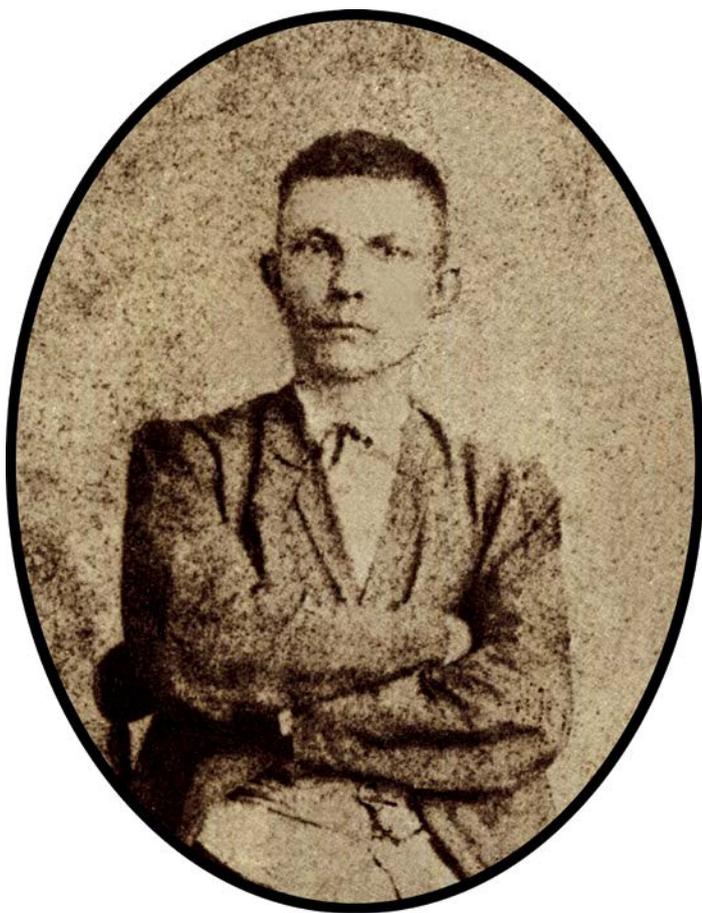
Resulta singular la empresa de otro boricua, en aquel instante: Eugenio María de Hostos; sin proyectarse a favor de la solución para la soberanía, desde las Cortes Españolas, desarrolló una campaña a favor de la concesión de un régimen autonómico para Cuba y Puerto Rico. Sin embargo, le desilusionó la indiferencia con las que fueron recibidas sus propuestas por los delegados españoles. Al estallar la revolución en Puerto Rico, el 23 de septiembre de 1868, y en Cuba, el 10 de octubre del mismo año, los acontecimientos le precipitan al independentismo. De forma singular deja constancia de ello al pronunciar un discurso en el Ateneo de Madrid.

El 20 de diciembre del propio 1868 una oración ataca abiertamente el despotismo colonial español en Cuba y Puerto Rico. Los ateneístas protestan, el presidente del Ateneo, José Moreno Nieto, inserta como comentario al discurso estas palabras: “Señor Hostos, lo hemos perdido”; a ellas contesta el boricua: “No, me han ganado”.³⁰ En la otra rivera

²⁹ José Ferrer Canales: *Antillanísimo y anticolonialismo en Betances, Hostos y Máximo Gómez*, p. 8, Universidad de Puerto Rico, 1990.

³⁰ Emilio Roig: “Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico”, *Hostos y Cuba*, p. 4, Colección histórica cubana y americana dirigida por Emilio Roig, La Habana, 1939.

atlántica, en febrero de 1869, aprovechando la libertad de imprenta auspiciada por el capitán general Domingo Dulce, un adolescente, José Martí, en su primer texto político conocido, plantea categóricamente una disyuntiva independentista que se convierte en el Norte de su vida: "O Yara o Madrid".³¹



³¹ José Martí: "El diablo cojuelo", OCEC, t. 1, p. 19.

Se afirma que el rescate bolivariano por parte de Bencanes, Hostos y Martí se sustenta en la idea de la asociación de los pueblos de América con las Antillas, las cuales una vez liberadas, deberían ser el fiel de la balanza en la agitada frontera imperial de Hispanoamérica.³² Ellos comulgan con el legado del Libertador quien en su “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”, sentencia:

(..) el destino de la América se ha fijado irrevocablemente (...)// Las islas de Puerto Rico y Cuba (...) [son] las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independentes. Más ¿no son americanos estos insulares? (...) ¿no desean su bienestar?³³

Por ello, sobre la gesta independentista, que es la misma en su dimensión continental de Bolívar a Martí, comenta Hostos:

Pienso que es necesario que América complete la civilización (...) ¿qué son las Antillas? El lazo, el medio de unión entre las ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres (...) medio geográfico natural entre una parte y otra del Continente (...) las Antillas son políticamente el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir (...)³⁴

³² Consúltense al respecto Manuel Maldonado Denis: “Martí ante Bolívar”, en *Ensayos sobre José Martí*, pp. 18-21, Editorial Antillana, Puerto Rico, 1987.

³³ Simón Bolívar: “Contestación de un americano...”, ob. cit., pp. 168-170.

³⁴ Emilio Roig: “Hostos, apóstol de la independencia...”, ob. cit., p. 292.

Betances, concuerda con el Ciudadano de América y solo añade, con mayor acento antianexiosista, una precisión:

Es una falta grave interesar (...) a los Estados Unidos en el desarrollo de las Antillas, y concretarse a servir puramente de bastión americano, de baluarte de la Unión en lugar de ser (...) un centro general de relaciones entre todos los pueblos (...) Cuba (...) poniendo freno por su independencia a los deseos egoístas y a las codicias (...) de los Estados Unidos, serviría de base a la nueva nación antillana (...) destinada a servir de columna a la balanza del mundo.³⁵

Martí, años más tarde, coincide con ambos agregando el rol signado al área antillana según el derrotero que se decida tomar:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo (...) mero fortín de la Roma americana; —y si libres— (...) serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y el honor para la gran república del Norte (...) Es un mundo lo que estamos equilibrando: no sólo dos islas las que vamos a libertar.³⁶

³⁵ Ramón Emeterio Betances: "Cuba" (1874), en *Cuba en Betances*, p. 145, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985. Selección e introducción de Emilio Godínez.

³⁶ José Martí: "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución cubana y el deber de Cuba en América", *OC*, t. 3, p. 142.

Si el Libertador, en el primer cuarto del siglo xix, había llegado a cobijar un proyecto de expedición hacia el Caribe: liberarlo y luego establecer la confederación de pueblos hispanoamericanos —material que sirvió de inspiración a las generaciones que proporcionaron continuidad a su pensamiento revolucionario— aspiración que si bien en su objetivo central plantea la emancipación de España, en la segunda mitad del siglo, la idea confederativa planteada brinda cabida a un aspecto esencial y trascendente de significativa valdría: la unificación de todas las naciones latinoamericanas y caribeñas, y su conversión en la patria grande latinoamericana. Esa es la razón por la cual los fundamentos bolivarianos eran consonantes con nuestras necesidades independentistas finiseculares en el xix, de ahí que sus ideas prendieran en la conciencia de los próceres antillanos.

Nuestra identidad, afirmada desde un inicio en la defensa de los derechos universales del hombre y por tanto del hombre americano, negados por el despotismo hispano, nos hizo asumir un sentimiento de integración. Es por ello que Bolívar y casi todos los próceres latinoamericanos que le sucedieron propugnaron la unidad. En los casos de Betances, Hostos y Martí, sin pretender continuidad, se establece una línea de desarrollo político y revolucionario de ese pensamiento. Las mutaciones estructurales que en la metrópoli y sus colonias antillanas produce el emergente imperialismo norteamericano no podían dejar de ser expresada en sus obras. Era un diferente tipo de dominio en el cual la posesión territorial es relativa ante las nuevas formas de dominación.

A la nueva hornada revolucionaria antillana correspondía la denuncia de las nuevas fuerzas que amenazaban nuestra identidad. Betances, Hostos y Martí expresaron al respecto las más lúcidas formulaciones ideológicas de

aquella identidad. Entonces, en el último cuarto del siglo xix la primera independencia en las Antillas asume un carácter anticolonial, latinoamericanista y antimperialista. Algo que comienza a concretar Hostos y más definidamente Martí. Había que hurgar en nuestras raíces; el boricua en 1868 declara: He de “situarme en mi teatro, en esa América, a cuyo porvenir he consagrado el mío”.³⁷ El cubano en 1881 exclama: “De América soy hijo: a ella me debo”.³⁸

En los finales del siglo xix, la originalidad de la lucha emancipadora antillana ya no radica en consultar o no un paradigma teórico, según el Apóstol se sabía que:

(..) ni el fecundo estudio del maravilloso movimiento universal nos da provecho (...) si no nos enciende en ansias de combatir por ponernos con nuestras singularidades aptitudes a la par de los que adelantan y batallan; ni hemos de mirar con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio; ni hemos de ceder a esta voz (...) que viene de nuestro espíritu.³⁹

El movimiento antillano, en comparación con el hispanoamericano de principios de siglo, se distingue por su distinta composición social, la cual confiere diferente significación política al proceso, caracterizado porque en cada una de las Antillas hispanas el rasgo común de la lucha contra la metrópoli estimula la formación de un universo ideológico homogéneo.

Ese substrato permite a Betances, Hostos y Martí realizar su transición del anticolonialismo al antimperialismo en un

³⁷ Camila Henríquez Ureña: “Eugenio María de Hostos. Diario 5 de agosto de 1868”, *Obras*, p. 33, Casa de las Américas, La Habana, 1988.

³⁸ José Martí: “Carta a Fausto Teodoro de Aldrey”, *OC*, t. 7, p. 267.

³⁹ José Martí: “El carácter de la Revista Venezolana”, *OC*, t. 7, p. 210.

solo proceso ideológico, identificado en la empresa inconclusa de la independencia del continente que les referencia el legado bolivariano, pues según el Ciudadano de América:

El hombre-legión fue el primero que interrumpió el sueño de nuestra muerte colonial para decirnos: “¡muertos! ¡Levantaos: Yo con vosotros!” El hombre-idea fue el primero que escribió la patria inmensa y que en su cerebro ecuatorial nos hizo coeficientes de esa patria malograda. El hombre-humanidad fue el primero que, sin Cuba y sin Borinquén, declaró incompleto el Continente y quiso abrasarnos en su fuego redentor e intentó con su abrazo salvador: éramos para él, pedazos de la humanidad que redimía.⁴⁰

Martí coincide con ese sentir. Realiza un sucinto análisis de nuestra historia en el que les confiere al Libertador y a aquella primera independencia continental un rol preponderantemente identitario. Apunta:

¡Pero así está Bolívar (...) calzadas aún las botas (...) porque lo que él no dejó, sin hacer está hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía! América hervía, a principios del siglo, y él fue su horno (...) La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando: —¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!⁴¹

Si bien el sufrido aislamiento insular y las presiones de potencias foráneas, a inicios de la última década del siglo xix,

⁴⁰ Camila Henríquez Ureña: “Lo que intentó Bolívar”, ob. cit., p. 157.

⁴¹ José Martí: Fragmentos del discurso en la velada en honor de Simón Bolívar, ob. cit., pp. 243-244.

quebraban las esperanzas de lograr una formal unión antillana, como la planteada por Betances y Hostos en las décadas de 1869 y 1870, la realidad de la dominación española entonces, que había sido superada por un peligro mayor: la expansión estadounidense, hace concebir a Martí, sin renuncia a ese legado, su readecuación. No busca una posible confederación de nuestros pueblos, sino lograr su unión mediante la acción concertada, "sutil".⁴² Por ello reanuda la propaganda emancipadora de Cuba sin separar de la causa revolucionaria de Puerto Rico.

Como en 1865, el independentismo de ambas Islas volvía a darse las manos.

A una misma hora, el día 10 de Abril, se pusieron en pie todas las asociaciones cubanas y puertorriqueñas que mantienen fuera de Cuba y Puerto Rico la independencia de las Antillas, y todas proclamaron constituido por la voluntad popular (...) el Partido Revolucionario Cubano.⁴³

Entre los puertorriqueños creció el entusiasmo al contacto con los cubanos. Betances vio con agrado la movilización y sintió encender sus esperanzas, Hostos también se sumó al proyecto.

Apreció Martí, como los boricuas, que la independencia de las Antillas debía realizarse sin sujeción a ningún otro poder que su propia soberanía. Si las guerras de independencia en la primera mitad del siglo fueron eso esencialmente y el pensamiento anticolonialista más ela-

⁴² Ramón de Armas: "La integración latinoamericana...", ob. cit., pp. 12-15.

⁴³ José Martí: "La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril", OC, t. 1, p. 387.

borado estuvo mediado por las posibilidades militares de la lucha contra la ocupación española, la primera independencia en las Antillas, a final del siglo xix, encara un nuevo orbe con un emergente imperialismo al cual Betances, Hostos y Martí no enfrentarían desde simples actitudes intelectuales.

Ante el nuevo tipo de dominación había que traducir acciones, de ahí la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Para Martí la independencia de Cuba no tenía sentido sin la de Puerto Rico, la tarea emancipadora en esta área ya tenía un largo derrotero desde que otros intelectuales y revolucionarios caribeños habían sostenido reiteradamente la idea de la fundación de una Confederación Antillana. El cubano, que no se proyecta a favor de una federación o confederación, entiende que:

No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material insuficiente, que provocase reparos y justificaran la agresión como en la unión sutil, y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o justas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres.⁴⁴

La tarea de completar “la última estrofa al poema de 1810”⁴⁵ y aunar los esfuerzos para conquistar la independencia de Cuba y Puerto Rico, “fiel de la balanza continental” hacen de Martí, Hostos y Betances vertebrales a la hora de comprender el proceso del independentismo, a inicios del

⁴⁴ José Martí: “Las Antillas y Baldorioty Castro”, *OC*, t. 4, p. 405.

⁴⁵ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio, *OC*, t. 7, p. 284 y *OCEC*, t. 8, p. 40,

siglo xix, concatenado a la lucha antimperialista finisecular encarada a defender los requerimientos de las masas y a su vez la identidad de América Latina: “a impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.”⁴⁶



José Antonio Bedia (La Habana, 1963).

Licenciado en Historia por la Universidad de La Habana. Maestro en Historia de América el Caribe y Cuba, por la misma institución. Ha publicado los libros *José Martí y Hostos: antillanismo liberador* y *El antillanismo en Patria*, así como varias compilaciones de textos de temática martiana y numerosos artículos en libros y revistas especializadas. Profesor adjunto del Instituto Superior de Arte y de La Universidad de La Habana. Ha impartido múltiples conferencias en instituciones culturales y docentes de Cuba y América Latina.

Correo: joseantoniobedia@gmail.com

⁴⁶ José Martí: “Carta a Manuel Mercado”, OC, t. 4, p. 167.

José Martí entre las dos Américas

Un diálogo incesante

Marlene Vázquez Pérez

Un año capital en la biografía de José Martí lo fue, sin duda, 1889. Los documentos de esa época denotan el afianzamiento de su madurez, un conocimiento más sólido del entorno en que vive, el dominio de la lengua inglesa y su consagración a la defensa de Nuestra América. De ello da fe en su labor para la prensa, en la que previene respecto a los acechos del gigante norteamericano; edita los cuatro números de su revista *La Edad de Oro*, acontecimiento trascendental dentro de la literatura infantil en el continente. Interviene en campañas políticas muy fuertes como lo fueron su artículo “Vindicación de Cuba”, en respuesta a la difamación que iniciara el diario filadelfiano *The Manufacturer* y de la que se hiciera eco el neoyorkino *The Evening Post*; así como su multifacética labor de traductor, diplomático, político y cronista durante la Conferencia Panamericana.

Tanto de sus tareas político-diplomáticas, como de su quehacer periodístico, que entraña una revisión y traducción continuas de la prensa norteamericana como fuente primaria de información, que luego será reelaborada y enriquecida por múltiples recursos, brotarán, a finales de ese año, criterios concluyentes sobre el destino de nuestros países, condicionados por sus experiencias de observador agudo durante el Congreso Internacional de Washington. Así,

dirá en la primera de su serie de crónicas dedicadas a este hecho:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁴⁷

Dos crónicas de ese año, escritas pocos meses antes de las líneas recién citadas, sobresalen por lo inusual del asunto y porque, en cierto sentido, el propio Martí guarda relación con los protagonistas de ambos textos, dada su condición de extranjero. Ellas están vinculadas, desde el punto de vista cultural, con las consideraciones anteriores, porque representan dos miradas a los polos en conflicto en el hemisferio. Se trata de “Un norteamericano en México”, crónica referida al libro *Quitásol blanco en México* (*A White Umbrella in Mexico*), del escritor, pintor e ingeniero estadounidense Francis Hopkinson Smith (1838-1915), publicada en *El Partido Liberal*, con una versión posterior para *La Nación*, de Buenos Aires. La otra es “Jonathan y su continente”, reseña del libro homónimo del francés Max O'Rell, —seudónimo del maestro y escritor Paul

⁴⁷ José Martí: Fragmentos de crónicas sobre el Congreso internacional de Washington, fechada en Nueva York, el 2 de noviembre de 1889, OC, t. 6, p. 46.

Blouet (1848-1903)—, aparecida en *El Partido Liberal*. Contrastarlas significa adentrarse en la dimensión del diálogo incesante que mantuvo Martí con las dos Américas a lo largo de sus casi tres lustros de estancia en Nueva York.

Esos textos pudieran situarse, si tenemos en cuenta la perspectiva analítica de la profesora y ensayista cubana Marlén A. Domínguez Hernández,⁴⁸ en la óptica de *Martí emigrado-observador*, en lo concerniente a Estados Unidos, y en la de *Martí emigrado-participante*, en lo que atañe a México. Si bien ambos documentos no se refieren a la emigración como hecho sociocultural *in strictu sensu*, los autores valorados son, por decirlo de alguna manera, emigrados ocasionales en las tierras que describen; Martí, autorizado por los largos años de residencia neoyorquina y por su profundo conocimiento e identificación con el entorno mexicano, no puede permanecer indiferente ante ambos textos. El contrapunto a tres voces que brota de ese acto de lectura, creación y comunicación presente en ambas crónicas, así como sus resultantes culturales, será atendido en el presente estudio.

La América de Juárez

Según el comparatista francés Daniel-Henri Pageux, el intermediario entre culturas, o mejor, el mediador cultural, aparece jugando papeles muy diversos entre los que sobresalen el de traductor, de escritor o periodista con amplia experiencia como viajero y el de testigo de determinados hechos que desea difundir en el extranjero.⁴⁹ Como puede verse, Martí

⁴⁸ Ver Marlén A. Domínguez Hernández: "Martí emigrado: la voz de los otros", en *Congreso Internacional José Martí en nuestro tiempo*, celebrado en Zaragoza, 26-28 de enero de 2004, coordinador José A. Armillas Vicente, pp. 119-131, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2007.

⁴⁹ Ver su libro *La littérature générale et comparée*, Armand Colin, París, 1994. Citado por Carmen Suárez León en *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades*, p. 26, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 1997.

cumple con creces cada una de las clasificaciones citadas; esas crónicas constituyen un buen ejemplo de ello.

México es para Martí, como se sabe, tierra entrañable. Siendo así, su labor de mediador cultural respecto a este país tiene un significado especial, primero porque la estancia en tierras mexicanas fue para él muy gratificante en lo personal y afectivo, y segundo porque es ese el país que mayor peligro corre por su comunidad de fronteras con Estados Unidos. Es por ello que en los dos ejemplos que nos ocupan encontraremos al cronista-traductor que reformula sus textos para el lector hispanoamericano, pero también al profundo conocedor de la América de Juárez y más concretamente, del propio México, pues puede dar fe de sus riquezas culturales por conocimiento directo de ellas, confía en la capacidad de los mexicanos para gobernarse a sí mismos y ejercer como ciudadanos en una República independiente. También ha sido testigo de la vida cotidiana en el Norte, de sus campañas políticas, de sus aciertos y defectos. De todas esas verdades escribe siguiendo un objetivo supremo, el bien de la patria mayor.

Las crónicas martianas desde Estados Unidos, además de ser el resultado de un talento literario fuera de lo común, se asentaban, entre otros procedimientos, en una labor de traducción que no solo concernía a lo puramente lingüístico, también dedicaba atención al acercamiento cultural entre el Norte, pujante y hegemónico, y el Sur subdesarrollado y marginal, para que del conocimiento mutuo surgiera, en nuestras tierras, la cautela necesaria para enfrentar las relaciones con el ávido vecino, y en este, el respeto que Nuestra América merece.

Es sabido que ese *corpus textual* se yergue en buena medida sobre el reciclaje de lo aparecido en la prensa norteamericana, pasado por el particular tamiz de la reelaboración del material obtenido, el cual era previamente traducido para hacerlo inteligible al lector latinoamericano. En ese

sentido, Carmen Suárez León ha señalado que leyendo las “Escenas norteamericanas”, nos encontramos ante “(...) un texto que es una crónica modernista, en la en la que los procedimientos clásicos de la traducción aparecen insertados en la escritura y tejidos con narraciones, tiradas reflexivas, textos poéticos, diálogos, conformando unidades de rara maestría en las que la ficción, el testimonio, la poesía y la reflexión interpretan y enjuician mundos otros expresados y generados por otra lengua-cultura”.⁵⁰

Al valorar la labor cronística de Martí, Marlen Domínguez, siguiendo en alguna medida las consideraciones del teórico holandés Teun Van Dijk, se refiere a las especificidades del discurso periodístico martiano como elemento contrahegemónico y reafirmador del derecho de los marginados a insertar su voz en un mecanismo de ejercicio del poder como lo era —y lo sigue siendo— la prensa. En tal sentido declara la autora:

Si es cierto que “el discurso contribuye a la reproducción de la desigualdad y la injusticia social” [Van Dijk, 1994]⁵¹, toda vez que es manipulado consciente e inconscientemente por los agentes de poder; entonces resulta de interés apreciar cómo un emigrado, en condición desventajosa, desliza sus valores cuando tiene acceso a ese mecanismo de élite que es la prensa, y resemantiza sus estructuras para la promoción de sus ideas políticas independentistas, latinoamericanistas y antimperialistas, en una “perspectiva de

⁵⁰ Carmen Suárez León: “Martí: traductor de textos, traductor de mundos”, *La alegría de traducir*, p. 99, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

⁵¹ La autora se refiere a Teun Van Dijk: “Modelos en la memoria. El papel de las representaciones de la situación en el procesamiento del discurso”, *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje*, vol. 2: pp. 39-55, Ed. Invierno, 1993-1994.

disentimiento, de contra-poder [como expresión de] una ideología de solidaridad" [Van Dijk, 1994], que trata de evitar, con el discurso activo, la reproducción de la desigualdad y la marginalización que se suele lograr también a través del propio discurso y, por consiguiente, escapa en alguna medida, al menos, al control de los temas, al llevar a un primer plano los que no serían de interés para las élites del poder.⁵²

Obviamente, nuestra definición de discurso de la alerta,⁵³ para caracterizar ese especial modo de decir del que hace gala el cubano en sus "Escenas norteamericanas", guarda un nexo significativo con las anteriores consideraciones. Lo que resulta notable aquí es que ese *discurso de la alerta*⁵⁴ lo veremos entonces no solo puesto en función de develar las interioridades de la vida nortea para el lector latinoamericano, sino como instrumento desenmascarador de las visiones falsas respecto a nuestras tierras que circulan en el país vecino, por bien intencionadas y elegantes que ellas sean.

En el primer caso que nos ocupa, la crónica "Un norteamericano en México", se trata de una visión de nuestra cultura desde la perspectiva del *otro*, asentada en dos formas básicas de expresión: el relato de viajes y la obra pictórica que lo ilustra. Ambos modos de hacer denotan, a juicio de Martí, una delicadeza y exquisita factura que hablan en bien de su autor, el pintor y escritor norteamericano Francis Hopkinson Smith. Estamos en presencia de un libro hermoso, pero no fiel a las verdaderas esencias del México

⁵² Marlén A. Domínguez Hernández: ob. cit., p. 120.

⁵³ Ver Marlene Vázquez Pérez: *La vigilia perpetua: Martí en Nueva York*, pp. 18-19, CEM, La Habana, 2010.

⁵⁴ En este texto los destaques en cursiva corresponden a la autora. En caso contrario se indica de ser necesario

decimonónico. La generosidad martiana reconoce los méritos ciertos del volumen, pero no puede, bajo ningún concepto, dejar de señalar sus puntos débiles.

Más que reseña del libro, esa crónica es entonces amable polémica de Martí con el autor, diálogo fructífero en el que implica al lector mexicano, coprotagonista del libro de Hopkinson, y también al argentino, que debe conocer al resto de nuestra rica comunidad cultural, lo cual es necesidad indispensable para enfrentar el destino común de los pueblos del área. Abundan en esas páginas las traducciones, unas veces implícitas y otras explícitas, que se expresan entrecomilladas, pero también existe un proceso de poetización a partir del disfrute del texto del norteamericano, así como de sus hermosas ilustraciones, entre las que sobresale “Alameda de Morelia”,⁵⁵ por la que Martí siente predilección. Con sus paseantes, bancos y macizos de flores en primer plano acunados por el follaje y las arcadas simétricas del acueducto como telón de fondo, esa ilustración dio material suficiente a la imaginación martiana para delinear un hermoso cuadro en prosa poética, que es notable por su plasticidad y capacidad de sugerencia:

¡Oh, la Alameda de Morelia! Las enredaderas en flor se arrastran por la tierra, se abrazan a los bancos, se encaraman por los troncos, se hombreadan con los álamos los rosales: los arbustos, como Romeos, miran de abajo a las amapolas y los lirios que se asoman por sobre la cerca, cual si tuvieran alma, mirando al que pasa como si se lo quisiesen llevar a su retiro, a su retrete, donde se elabora el color de los pétalos, con nácar fundido y una gota de sangre: “sobre todo, dice Hopkinson Smith, derramaba el sol de la tarde sus

⁵⁵ Ver Francis Hopkinson Smith: *A White Umbrella in México*, p. 160, Houghton, Mifflin and Co., Riverside Press, Cambridge, 1897. Esa edición reproduce la de 1889.

torrentes de oro". Bella es la noche, llena de amor y de misterio, en la plaza de La Paz, con sus parejas de novios y su música; curiosa la misa de catedral después de desayunarse en el mercado con frutas y café; venerable San Nicolás, el seminario donde estudió Gerónimo el de Toluca; hospitalaria la casa del gobernador, que invita a un concierto al artista vagabundo: mil y una las delicias de Morelia; "la más encantadora de todas las ciudades mexicanas"; pero ¡la Alameda es lo más bello!⁵⁶

El texto resulta aún más sorprendente cuando se piensa que realmente Martí no estuvo nunca en Morelia, aunque sí conocía el ambiente colonial de las ciudades mexicanas, con lo cual completó la imagen encantadora de la capital del estado de Michoacán, cercana para él entre otras razones porque en ese territorio nació su amigo mejor, el mexicano Manuel Mercado. En abril de 1889 le escribe a propósito de esta crónica:

Antier le escribí, acompañándole carta; y hoy le envió otra, que me parece que le ha de gustar, porque tiene por asunto un libro de un pintor que ha vuelto encantado de Morelia. ¿Pinté bien la Alameda de Morelia? Por allí me ha de buscar V. una escuela de indios, dentro de unos cuantos años. Con las frutas, con el silencio, con la gente natural, y con las flores.⁵⁷

Desde 1887, cuando estaba enfrascado en la traducción de la novela *Ramona*, de la escritora norteamericana Helen

⁵⁶ José Martí: *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, p. 1238. Esta crónica no aparece en las *Obras Completas*.

⁵⁷ José Martí: "Cartas a Manuel Mercado" [85], *OC*, t. 20, p. 142

Hunt Jackson, reconoce la buena fe de algunos extranjeros que simpatizaban con la causa de Nuestra América. De esa misma época data un importante antecedente de este asunto que conviene tener en cuenta: se trata de una crónica fechada el 23 de junio de 1887 y publicada en *El Partido Liberal*, titulada “México en los Estados Unidos, sucesos referentes a México”. En ella Martí hace referencia a una reunión de la Liga de la Anexión que tuvo lugar en Nueva York días antes y a los peligros cada vez más ciertos que se ciernen sobre Canadá, México, Cuba, Honduras y otras tierras del continente por las apetencias yanquis. A seguidas, pasa a comentar ciertos textos sobre México que circulan en el Norte y que contribuyen, de un modo u otro, a preparar a la opinión pública para la acometida. El primero es un artículo de Arthur H. Noll aparecido en el *American Magazine*, sobre asuntos mexicanos, respetuoso y justo, que alaba por sus apreciaciones y calidad literaria.

A continuación se detiene a valorar el libro de Charles Dudley Warner sobre su viaje “superficial y pretencioso” por territorio azteca. Aunque le reconoce el vigor, la gracia de estilo y la poética descripción de la naturaleza, señala la altanería y desprecio de este hombre hacia nuestros pueblos. Llega el cubano a la indignación más abierta, aun cuando se conmueve con el pasaje referido a la ciudad de Morelia, en que el estadounidense es cautivado por la hermosura de la urbe colonial. Declara secamente que de ahí en adelante ya no hay nada digno de leerse en ese volumen. Sorprende al lector esa violencia en los juicios, un tanto ajenos a la característica moderación martiana, pero poco a poco se esclarece el contenido racista que la motiva.

Debido a los propósitos del presente epígrafe, no nos es posible detenernos mucho más en esa crónica, que merecería, por su importancia, un análisis independiente, pero sí debemos citar el cierre, que corrobora, por su contundencia,

los peligros latentes en esas apreciaciones falsas, en momentos de graves riesgos: “—Pero, ¡ah, de esos juicios de viajeros, que no se responden al punto y en su propia casa, se hace aquí lentamente el juicio nacional, que México no ha de querer que le sea en las malas horas enemigo!”⁵⁸

Cuando en su texto “Vindicación de Cuba,” redactado apenas unos días antes del artículo referido al libro de Francis Hopkinson Smith, alude a las visiones foráneas que han dado una imagen distorsionada y arrogante, en la que nuestros pueblos son vistos de manera irrespetuosa, hay, indudablemente, una alusión entre líneas al hecho que acabamos de comentar. *A White Umbrella in Mexico* no es el caso, pues la simpatía compasiva del observador es la nota dominante, pero a la vez, esa mirada puede contribuir, involuntariamente, a cimentar en el Norte la imagen de pueblos incapaces, que algunos órganos de prensa del país vecino se habían esforzado en difundir y que fueran el origen de su viril respuesta a *The Evening Post*.

Tampoco debe perderse de vista que en ese año 1889 Martí había tenido sobradas pruebas de la voracidad acechante sobre el continente; México, que ha sido objeto de despojos y agresiones directas, no debe olvidar las lecciones pasadas. Así, declara Martí:

Lo que encanta es la ternura con que este fino caballero, criado entre sedas y joyas, compadece a la raza india como si fuera una hermana en desgracia, y llega de puro generoso a ser injusto, de puro lamentar la desdicha de Juan Diego a no ver el triunfo de Juárez.⁵⁹

⁵⁸ José Martí: Fragmento de “México en los Estados Unidos”, *OC*, t. 7, p. 57.

⁵⁹ José Martí: *En los Estados Unidos*, ob. cit., p. 1231.

Independientemente de la historia de vejaciones y opresión que ha padecido la raza india no solo en México sino en el resto de Nuestra América, su situación en los finales del siglo xix ha experimentado cambios significativos, si bien aún insuficientes. El ascenso de Juárez al poder y la consolidación bajo su mandato del México liberal y progresista, triunfante frente a las potencias extranjeras, es un hecho de primera magnitud que no puede ser ignorado. Es por eso que Martí no le perdona a Hopkinson, cuando relata su visita a Querétaro, la negativa a visitar el Cerro de las Campanas, en evidente alusión piadosa a la ejecución de Maximiliano de Habsburgo y sus generales, agresores de la soberanía mexicana. Ya casi al final dice:

Del México moderno sabe poco, como que vio “hidalgos” y oyó “castañuelas”, y en Toluca fue a ver la iglesia en vez del instituto, y en México prefirió el patio de San Hipólito a la escuela de minas, el Sagrario a la preparatoria, el canal al museo. No se paró a ver lo que México ha vencido, ni a medir el esfuerzo por los obstáculos que se le oponían, ni a calcular lo que va a vencer con el empuje acumulado. No vio el trabajo titánico de sus hombres nuevos para sacar los brazos con la libertad en salvo, por encima de las torres de las iglesias; ni la fatiga heroica de la generación liberal que lleva a costas el país resucitado, sin detenerse más que para apartar de sí las manos que se le asen desde la sombra a la chaqueta de cuero.⁶⁰

Su desacuerdo con el autor es evidente; resulta claro para el lector de nuestra área que quien así enjuicia es un profundo conocedor de la historia y del presente de México. No

⁶⁰ *Ibíd.*, pp. 1239-1240.

está de más, en opinión del cubano, insuflar una cuota de confianza en sí mismos, en las potencialidades de la región que habitamos, a quienes admiran demasiado la prosperidad económica y el ejercicio de la libertad de Estados Unidos, ya listos para lesionarla fuera de sus fronteras.

Todo parece indicar que el libro de Hopkinson, ameno, galante, hermoso por su diseño y por la calidad de los materiales empleados, con esa cubierta que “tiene algo de rosa y de miel, y una gracia como de pluma de ave blanca (...) de perla, leche y oro”,⁶¹ fue muy bien recibido entonces, lo cual se confirma al tener en cuenta que tuvo una segunda edición en 1897. Lo cierto es que Martí en esos textos se dirige a un lector latinoamericano al que es preciso *alertar* respecto a estos males de naturaleza cultural, que a la larga se encuentran en los cimientos del peligro político, cada vez más cercano, y en la amenaza directa del vecino poderoso que como no nos conoce —ni tiene el menor interés en conocernos—, nos desdeña profundamente.

Sin faltar a la verdad ni atacar a quien obra de buena fe, deja claro desde las páginas iniciales de la crónica que si bien se trata de una lectura placentera, nadie puede aspirar a conocer las verdaderas esencias de la cultura mexicana, a través de sus páginas. Con esa intención dice:

Este libro no es mucho: lo que cabe debajo de un quitasol, unas cuantas jarras, un sarape, una cruz de filigrana, una mantilla, un retazo de tisú, un ramo de flores. Calla lo que no debe, y juzga a medias lo que no ha logrado entender bien: pero ¿quién se enoja con un extranjero bien criado porque al empezar a hacer pinitos en la lengua les cambie los acentos a las palabras?⁶²

⁶¹ *Ibid.*, p. 1231.

⁶² *Id.*

Su labor de escritura, respaldada por la mirada crítica, viene a completar para el lector mexicano, primero, y para el argentino, después, las carencias del volumen, no solo advirtiéndolo respecto a ellas, sino insistiendo en aquellos aspectos del México decimonónico que deben ser destacados. Valorar esa arista de la crónica en cuestión lleva inevitablemente a pensar en su preocupación por cimentar la unidad continental, pues dos años después dejaría claro en su ensayo “Nuestra América” (1891): “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa por conocerse, como quienes van a pelear juntos”.⁶³

Cierto es también que esa crónica no circuló en la prensa nortea, por lo que su alcance queda limitado al entorno *nuestromericano*, pero tal vez esa experiencia cognoscitiva y creativa haya sido un incentivo más para el proyecto martiano, nunca materializado, de fundar un periódico en inglés y así incidir de manera mucho más eficaz en el terreno del contrario a través de esa labor de prevención y divulgación de nuestras verdades. Como ha señalado con acierto Marlén Domínguez:

Frente a la función predominante de los discursos periodísticos del poder en cuanto a la reproducción de los prejuicios sobre las minorías y los marginales, cuál puede ser *la función –social y política– que cumple el discurso periodístico martiano que trata estos temas*, toda vez que, como señala Van Dijk: “La gente se expresa de una manera determinada con el fin de preparar la mente de las otras personas en su grupo, para compartir no solo los conocimientos que tiene, sino también sus actitudes, sus ideologías”.⁶⁴

⁶³ José Martí: *OC*, t. 6, p. 15.

⁶⁴ Marlén A. Domínguez Hernández: ob. cit. p. 120. Los destaques en citas son de la autora del texto.

Si seguimos los presupuestos anteriores, la deliciosa crónica que hemos valorado es, entonces, mucho más que el divertimento ocasional de un crítico amante de la bella prosa y el primor de las acuarelas que la ilustran. Junto a sus exquisitas contribuciones de traductor-creador, está la óptica del *emigrado-participante*, que aún en tierra extraña no ha dejado de ver en México una enternecedora alternativa de patria, en la que encarnan, aún no plenamente, pero sí de manera mucho más efectiva, las ansias de libertad que padece por su tierra natal, sin alivio notable en el mundo anglosajón. Esa hondura afectiva y esa prosa exquisita favorecen el juicio vigilante del político que ha fortalecido su aserto con la imagen poética.

La América de Lincoln

Unos meses antes del texto que hemos estado valorando, escribió Martí, con fecha del 7 de febrero de 1889, su crónica "Jonathan y su continente", también publicada en *El Partido Liberal*, el 7 de marzo de ese propio año. En ella reseña el libro homónimo del francés Max O'Rell; como en el caso anterior también polemiza con el visitante fugaz desde la autoridad de sus nueve años de residencia en Nueva York, o lo que es igual, de observación sagaz del entorno que habita, de indagación en las costumbres, en la prensa, en la literatura y en todas las facetas de la vida política y social del país.

No pretende censurar el texto del escritor y maestro francés, al que alaba la gracia y desenfado, en torno al cual verterá juicios de valor teórico respecto al estilo, aunque desde los propios inicios de la crónica deja claro que se trata de un enjuiciamiento simpático pero superficial de Estados Unidos. Incluso, en el propio sumario hay un epígrafe titulado "Lo que falta en el libro", que alerta al lector sobre sus

carencias. Respecto a esa crónica y al doble cuestionamiento existente en ella, tanto hacia la sociedad norteamericana como hacia la representación que de la misma hace Max O'Rell, convengamos que:

La orientación del discurso se encuentra en la selección de los temas, en la de los vocablos y su sentido, en el ordenamiento sintáctico, etc., rasgos que se conforman sobre la base de *modelos establecidos y jerarquizados, y que son los que determinan el carácter del discurso como práctica social*, en atención a sus funciones básicas: socialización, identificación, construcción de estrategias, construcción de relaciones de poder y solidaridad, dominación y resistencia, expresión de ideologías.

En ese proceso de selección de la información y reelaboración del material obtenido para el posterior trazado de la organización discursiva, Martí traduce opiniones de diversos diarios respecto al volumen; el énfasis que pone en determinados verbos, reformulando la sintaxis de acuerdo a sus objetivos, aguja la mirada del lector de modo que pueda suponer lo que este realmente no dice:

“¿Osará decir lo que ha visto, después de que le llenamos el teatro tantas veces, y le pagamos sus conferencias en plata pura?” Así pregunta un diario: y otro dice: *—“¿Y qué ha visto él, caballero de plastrón y de escaupín, qué ha visto él, en seis meses, de nosotros, más que lo que se ve, que en los pueblos es menos verdadero que lo que se recata?”* —⁶⁵

⁶⁵ José Martí: “Correspondencia particular de *El Partido Liberal*. Jonathan y su continente”, OC, t. 12, p. 152.

Resulta obvio, de la lectura de esas oraciones interrogativas, que hay un juego entre verdad y apariencia, que casi siempre termina imponiéndose esta última. De las frases en cursivas se deducen dos cuestiones fundamentales: del verbo *osar* se desprende la existencia de verdades tremendas que no debieran ser dichas, máxime si se le ha pagado bien. Aquí emerge el segundo punto distintivo del modo de ser y pensar del norteamericano común, al cual Martí ha hecho referencia reiteradamente en otros textos suyos: el dinero todo lo puede. Es por ello que se extiende durante dos largos párrafos a comparar el texto con otros contemporáneos que le son afines, mejor logrados en cuanto a perspectiva analítica, como es el caso del “*American Commonwealth*” (1888), del politólogo e historiador inglés James Bryce, entre otros. Esa reflexión es empleada para introducir su propia perspectiva crítica del asunto, de observador distanciado, pero no ajeno, que cierra de este modo:

Un pueblo obrará en lo futuro con arreglo a los elementos de su formación. Por eso es delito, no menos que delito, dejar de hacer cuanto la mente sugiera y pueda la mano, para impedir que la nación se forme mal. El libro de Max O’Rell empieza así: “La población de América —¡de los Estados Unidos, pues! —es de sesenta millones, en su mayor parte coroneles”. Y acaba con este consejo: “Si queréis gozar de perfecta libertad, vivid en Inglaterra”.⁶⁶

Este ilustrativo fragmento, que contiene la apertura y el cierre del libro de O’Rell, amén de la consideración ética inicial, da la medida de la superficialidad del viajero que

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 156.

solo reparó en lo aparente. Nótese que la limitación de la idea de América a Estados Unidos solamente, levanta en Martí una oración exclamativa que lleva implícito su desacuerdo. La mirada poco creíble a un país formado mayoritariamente, según el francés, por coroneles, da cuenta de que realmente no hay atención a la dinámica interna y a la diversidad cultural de una gran nación que atraviesa procesos de cambios significativos debido a las continuas migraciones y a la complejidad de su situación política y circunstancias económicas.

Le reconoce otros valores; en esa reflexión crítica se deslizan ideas aportadoras desde el punto de vista teórico, que parecen involuntaria síntesis de la calidad dialógica de sus propias crónicas, en las que nunca pretendió dar la última palabra, sino provocar al lector con la diversidad de los asuntos tratados y el modo de enfocarlos. Veamos:

El estilo es lo que de veras hay que admirar en este libro de Max O'Rell, que chispea como su conversación. Es una conversación el libro entero, no un monólogo. Está hecho de chistes, de frases populares, de salidas felices, que arregla y dispone donde les dé mejor la luz, con gran ciencia de tonos, como un artífice en mosaico: de lo que le viene esa gracia del diálogo de las grandes ciudades compuesto de retazos de la chispa de todos, que pasan a lugares comunes y hacen como una inteligencia flotante, como un genio local que parece talento exclusivo del que habla, cuando no es más que mariposa pública y flor del genio común, que va volando de labios en labios. Del pueblo y de la vida vienen las palabras que perduran.⁶⁷

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 158.

Juicios como estos llevan a pensar en afirmaciones del teórico ruso Mijaíl Bajtín, perfectamente aplicables a las “Escenas norteamericanas”, tan arraigadas en el legado precedente de múltiples fuentes orales o escritas:

Todo miembro de una colectividad hablante se enfrenta a la palabra no en tanto que palabra natural de la lengua, libre de aspiraciones y valoraciones ajenas, despoblada de voces ajenas, sino que la recibe *por medio de la voz del otro y saturada de esa voz. La palabra llega al contexto del hablante a partir de otro contexto, colmada de sentidos ajenos; su propio pensamiento la encuentra ya poblada*. Es por eso que la orientación de la palabra entre palabras, la percepción diversificada de la voz ajena y los diferentes modos de reaccionar ella quizá aparezcan como los problemas más importantes del estudio traslingüístico de cada palabra, incluyendo el discurso literario.⁶⁸

Cuando recrea y traduce textualmente las anécdotas que emplea el autor del libro para ilustrar determinados rasgos del carácter del norteamericano común, no resiste el cubano la tentación de introducir su propia contribución al respecto, también tomada de la oralidad circundante, para suplir una carencia en lo que llama, con singular ironía, “beatífico desdén del norteamericano por el resto del mundo”. Dice entonces, en traducción explícita: —“Niño: ¿quién fue el primer hombre? —Washington, señor. —Está bien, está muy bien: ¿pero no ha oído V. hablar de Adán? —Oh, sí, señor: pero Adán era extranjero”.⁶⁹

⁶⁸ Mijaíl Bajtín: *Problemas de la poética de Dostoievski*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 295.

⁶⁹ José Martí: “Correspondencia particular de *El Partido Liberal*”, ob. cit., p. 157.

Claro que cuando atendemos a otros documentos de esa misma época, llegamos a pensar que la inserción del chiste no es inocente y casual, es respuesta sopesada en un diálogo cultural de amplias resonancias, pues detrás de él se esconde la altanería de una nación que se cree llamada a primar, por derecho natural, sobre sus iguales, con los riesgos que esto entraña para ellos, ya de por sí situados en una posición subalterna.

Respecto a tema tan delicado como las relaciones de Estados Unidos con Nuestra América y la repercusión que este alcanza dentro de su labor para la prensa, le dice a su amigo mexicano Manuel Mercado en días aún próximos a la escritura de esta crónica:

Lo que sí le he de asegurar, porque en el mundo he aprendido al menos la justicia, y la belleza de la moderación,—es que ni abiertamente ni con disimulos hábiles, *dejaré que esta pena mía afee mis comentarios sobre los sucesos de esta tierra, que en lo que hace a nuestros países no presentaré de mi boca, ni para atizar odios, sino tales como ellos mismos se vayan presentando, y aún omitiendo muchos, porque habría razón para justa alarma si se dijese todos.*⁷⁰

Reconoce, no obstante, el valor de ciertas críticas más o menos veladas que Max O'Rell hace al país, pero que aunque no dejan de ser ciertas, tienen el defecto de presentarse en blanco y negro, sin profundidad de matices analíticos. Aquí Martí sintetiza, en sucesivas oraciones yuxtapuestas, las esencias del libro y da la medida, en sus afirmaciones,

⁷⁰ Carta a Manuel Mercado, 19 de febrero de 1889, en *José Martí: Correspondencia a Manuel Mercado*. Compilación y notas de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez, p. 294-295, CEM, La Habana, 2003.

de esa mirada que privilegia lo obvio y desconoce las profundidades:

La obra toda, cuya censura será acaso más eficaz porque no es excesiva, es como Max O'Rell, un maestro juguetón que regaña riéndose, o a lo sumo tira al discípulo suavemente de una oreja: "¡perdón, amigo mío, pero es necesario!". El país, ¿qué le ha de parecer, sino inmenso? Inmenso e irregular: la vida perfecta unas veces, otras cruda: la Tierra del Peso le parece el país: el millonario poco feliz, la mujer encantadora u odiosa: las ciudades, una maravilla: los hombres, flacos, egoístas, y en cuanto puede ser bueno un egoísta, buenos: los periódicos, pueriles y colosales: la política, venduta: el gusto en general, burdo: la literatura, de repetición y como en mantillas: la gente literaria, joyas, puras joyas: el talento mucho, y genio verdadero en el humorismo: la hospitalidad, banquetes: las religiones, hipocresía: el matrimonio, venta o pacto de retro⁷¹: Ingersoll, el Anticristo, lo mejor del país: y la libertad, ¡bueno! "si queréis vivir con libertad perfecta, vivid en Inglaterra".⁷²

Hay varios sustantivos de valor adjetival, que califican de una manera rotunda a los precedentes, como es el caso de los pares *política /venduta*, *religión /hipocresía*, *matrimonio /venta*, entre otros, proceder que avvicina las cuestiones que deberían constituir, por decirlo de algún modo, valores sagrados de la sociedad, con lo más innoble y pedestre. De esa fructífera contraposición, que le confiere al párrafo un matiz

⁷¹ Estipulación por la cual el comprador se obliga a devolver la cosa al vendedor por su precio.

⁷² José Martí: *OC*, t. 12, p. 159.

antitético, puede el lector construir su propia representación textual de una nación colosal, ciertamente, pero cuyas bases carcomidas presagian su futuro desplome.

Obsérvese, además, el valor que adquieren aquí los signos de puntuación, entre los que sobresale el uso sucesivo de los dos puntos con su capacidad usual de ir acumulando y ampliando la información, siempre *in crescendo* hasta llegar a ese cierre sorprendente e irónico, que presenta a Inglaterra, en opinión del autor francés, como el reino de la libertad.

Cuando se refiere al tratamiento que da el autor a la mujer norteamericana, la cual unas veces es vista como ejemplo de desenvoltura y capacidad de valerse por sí misma, inteligente, letrada, trabajadora, y otras como dama vanidosa y sin distinción, solo afecta al lujo más ostentoso, por el que sacrifica sentimientos y aficiones, parece coincidir con él en cierta medida. Este es uno de los aspectos de la sociedad norteamericana, a juicio de Martí, que no debe ser imitado en nuestros países y que se contradice claramente con los patrones de recato de la educación católica femenina dominante en nuestras repúblicas:

Ni ¿qué les importa a las mujeres que haga saber que llevan brillantes en los zapatos, si lo que ellas quieren es que se sepa? Ya ellas saben lo que les dice él, que beben chocolate sobre el helado, y champaña sobre el chocolate, y caldo sobre el champaña: que no hay mujer que saque más provecho de sus dones naturales, ni los venda más caros: que cuando ya no tienen dientes suyos donde ponerse oro, orifican los dientes de su perro: que sacan a bailar, que convidan a pasear, que aceptan cenas epicúreas de los solteros temibles: que [en un] minuto se casan, y se descasan en otro. Lo que les importa es que diga que no ha visto nunca manos y pies más pequeños: que hasta la de

Chicago, antes famosa por la firmeza de sus pies, los tiene como avellanas: que a los cuarenta años rejuvenece la mujer del Norte, y aún parece fresca a los cincuenta, como rosa de nieve: que no hay mujer que converse como la del Norte, ni siquiera la francesa: que es quien es, reina y señora, dueña de sí y del hombre, y francesa además.⁷³

Ya en el primer epígrafe hemos abordado de manera mucho más detallada el interés especial que dedica a la mujer nortea, sobre todo cuando la valora como pilar de la familia y salvaguarda de la continuidad de la especie. No es este el momento de entrar en polémicas en un asunto tan controvertido, ni de pedirle a Martí criterios que rebasen, en cuanto a ideas avanzadas, los patrones usuales de la época. Las suyas ya lo eran bastante, si lo comparamos con la media de los intelectuales latinoamericanos del siglo xix y con los criterios al respecto de la inmensa mayoría de los lectores de los diarios para los que escribía, a quienes debía dirigirse en términos moderados.

Lo que sí asombra es esa suerte de desenfado con que asume el libro del francés, de modo tal que consigue transmitir, en el fragmento anterior, no solo la desenvoltura rayana en el desparpajo de la mujer norteamericana y su apego casi enfermizo al lujo, la publicidad y la riqueza, si no el modo irónico con que cuestiona, de paso, la postura etnocéntrica de O'Rell, rendido ante los encantos de sus coterráneas, a las que considera el paradigma femenino por antonomasia.

La hiperbolización de esos hábitos negativos, que puede incluso llevar al lector a una media sonrisa, ocultan, no obstante, cuando se las mira con atención, matices casi grotes-

⁷³ Id.

cos, de caricatura, muy a tono con el sentido del humor del autor galo, pero también con la intencionalidad comunicativa del propio Martí, que siempre elude la censura directa.

Resulta curioso el hecho de que el cubano insista en la indiferencia de la inmensa mayoría de las mujeres ante las críticas de que son objeto y su complacencia ante los halagos; solo aluda muy someramente a las censuras respecto al libro, cuando expresa como al descuido: “Aquí y allá se le echan encima, sobre todo por el capítulo de la ‘joven americana’; pero de todas partes lo saludan con mucha cortesía: ‘gracias, buen amigo, gracias’: ¡ha halagado con tanta habilidad a la prensa y a la mitad de las mujeres!”⁷⁴

No obstante, al revisar los diarios de abril de 1889, encontramos críticas más o menos airadas de algunos personajes notables como es el caso del destacado político Chauncey M. Depew, que aluden a pasajes del volumen en que aseguran que el autor fue objeto de bromas por parte de algunos intelectuales estadounidenses, que le proporcionaron información deliberadamente exagerada respecto a la “peligrosidad” de ciertas damas norteamericanas, pues se dice en uno de los periódicos de la época:

The general impression about it is that he got his points on American institutions from some merry guys, who played in his credulity. Chauncey Depew says O'Rell received his notions of [ilegible] morals at the Lotus Club, and is evidently a victim of a chaff for which that coterie is famous. Depew attributes some of O'Rell's exaggerations to his chagrin at the failure of the literary and social worlds to take the Frenchman: as seriously as they took Mathew Arnold and Canon Kingsley. Jennie June is particularly

⁷⁴ Id.

severe in condemnation of the chapter in which O'Rell drivels on the subject of the American girl, and think he ought to have his nose pulled for the ridiculous tale of the English lord was entrapped by a young girl, of a fashionable family, into a private apartment, was made tipsy, kept there all night, and married by force in the morning.⁷⁵

Para Martí, en cambio, esas críticas no son relevantes, como no lo es la anécdota escabrosa final que refiere el fragmento citado, totalmente inverosímil. Es por eso que prefirió sintetizar, a su manera, los rasgos típicos de la mujer estadounidense, no solo con lo que le aporta el francés, sino a partir de su propia experiencia.

Otras zonas del libro le merecen mayor atención, porque las omisiones revelan una total ignorancia en otras cuestiones definitorias del carácter de los pueblos, como es el caso del acontecer literario, valorado de manera muy superficial. Tal es así que O'Rell desconoce por completo a figuras de tanto renombre como Emerson y Thoreau, lo cual provoca una crítica muy aguda y sintética por parte del cubano, que aprovecha el silencio en torno al bardo de Concord para insertar una aleccionadora reflexión a propósito de la trascendencia y la genialidad humanas y la emergencia de las grandes fuerzas colectivas, siempre ignoradas:

(...) ;como si cada época pudiera dar de sí más ni menos que en lo que en sí lleva, y hubiera hoy, como antes, ignorancia y pasión suficientes para aquellas acumulaciones de la mente en hombres sumos del tiempo en que los montes, por el poco subir de los

⁷⁵ *The Aroha News*, volume VI, issue 360, april 17, 1889, p. 3

valles, no habían aún rebajado su estatura! Hoy no hay espacio para eso. La trascendencia está ahora en los laboratorios: no en el laboratorio de uno, sino en los laboratorios de todos. *Es época de ordenación y de bajar la cabeza para reconocer, no de alzarla para profetizar. ¡Ahora las profecías vienen de abajo!*⁷⁶

Es, sin duda, un momento cumbre dentro de la época de “reenquiciamiento y remolde”,⁷⁷ de que ya había dado cuenta en texto tan temprano como su “Prólogo al Poema del Niágara” (1882) de Juan Antonio Pérez Bonalde, tenido por muchos estudiosos como el acta de fundación del Modernismo hispanoamericano, o mejor aún, como una manera diferente de acercarse al espíritu americanista y a las relaciones del intelectual con su tiempo y su pueblo. Es esa época de cambios raigales de la modernidad, no solo para Nuestra América, también para el mundo. Ya en trabajos anteriores nos hemos referido a esa fluencia interna que recorre y fecunda toda la obra martiana, y en esta crónica, tan aparentemente trivial, se advierte el eco de ese texto fundador, en el que también declara:

Una gran montaña parece menor cuando está rodeada de colinas. Y esta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realizaba

⁷⁶ José Martí: *OC*, t. 12, p. 163.

⁷⁷ José Martí: *OC*, t. 7, p. 225 y *OCEC*, t. 8, p. 146.

antes tanto su estatura (...) Asítese como a una des-centralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos.⁷⁸

Ese hombre oprimido llamado José Martí, casi desconocido para la cultura elitista estadounidense, dentro de la cual era un exiliado no solo por motivos políticos, sino un ente extraño y *extrañado* —en la acepción brechtiana del término— desde el punto de vista cultural no podía desperdiciar una ocasión tan propicia como la que acabamos de valorar para deslizar apreciaciones tan subversoras de las jerarquías establecidas desde los centros de poder. Esas verdades tienen, además, el sople perdurable de la máxima y el poder movilizador que esta puede situar en la memoria colectiva y en la acción futura de los receptores.

Pudiera pensarse, cuando se repasan esas líneas, en algo que ha afirmado Teun Van Dijk respecto a la naturaleza y el papel de los modelos de situación en la memoria:

Hemos sugerido que las personas cuando leen un texto, no solo construyen una representación del mismo. Dicha RT es importante para explicar el hecho de que los usuarios del lenguaje pueden reproducir parte de lo que se dijo (antes) en un texto, incluyendo algunas veces la sintaxis específica, las expresiones léxicas y los significados expresados. Al mismo tiempo, los usuarios del lenguaje tratan de “imaginar” aquello a lo que el texto se “refiere”, o sea las cosas, las personas, los actos, los eventos o los estados de los asuntos a los que se refiere el texto o el hablante. Un modelo de situación es la noción cognitiva que explica este tipo de “imaginar” que tienen los usuarios del lenguaje cuando se comprometen en la

⁷⁸ José Martí: “El poema del Niágara”, *OCEC*, t. 8, p. 150.

comprensión de un discurso. Cuando quienes reciben un discurso construyen ese modelo, usan la información derivada de la representación del texto, RT. Una buena parte del modelo puede recuperarse de modelos que se han construido en ocasiones previas de carácter similar.⁷⁹

Al considerar con detenimiento esas afirmaciones del estudioso holandés, no podemos menos que reafirmar nuestra opinión respecto a la existencia de una estrategia comunicativa consciente por parte de Martí, siempre activa, aún en momentos de aparente ligereza, como en este caso. Una estrategia diseñada para delinear las bases de un proyecto cultural de contenido emancipatorio, cuyos resultados finales escapaban a los límites vitales del propio Martí y sus contemporáneos, pero que debía cimentarse día a día, por todos los medios posibles, desde las vías escolarizadas de educación, hasta el gran medio de comunicación masiva del momento, la prensa periódica.

Precisamente el examen que hace O'Rell de la prensa norteamericana, es otro motivo de controversia. Es este un tema que el cubano conoce profundamente, pues no es un lector más de lo que se publica: somete cotidianamente esas fuentes a un proceso de crítica, selección, traducción y reformulación, con lo que nutre buena parte de su propia creación cronística. Esto le confiere una autoridad poco común en ese sentido, pues en sus palabras refutadoras está también el testimonio de esa decantación habitual en un mundo que ofrece una gran variedad de asuntos atractivos:

Viveza es lo que se quiere, y novedad constante: el buen inglés no importa tanto. Aunque en esto yerra

⁷⁹ Teun Van Dijk: ob. cit., p. 41.

el libro: porque a los diarios americanos falta, por lo complejo y rápido de la vida que describen, aquel barniz de arte y como trabazón de todas sus porciones, que hacen al periódico grato de ver, como un mueble fino, y se agradecen como una caricia: pero son tan varios sus asuntos, tan idóneo cada escritor por su tema, tan recientes y vivos los sucesos, tan bien compuestos y jugosos los editoriales, las descripciones tan literarias, de puro fieles y concisas, y tan francas y pintorescas que hay días que no alcanza la mano para recortar y guardar.⁸⁰

Es Martí, entonces, quien señala las carencias de la prensa, que se le escapan al francés deslumbrado por la inmensa maquinaria de los poderosos diarios y la vida febril que reseñan:

No es eso lo que a este periódico falta, ni cordura, que es mucha en ellos, ni el genio que centellea a cada paso, sino el desinterés, que falta también a la nación, —el calor humano, que consiste en verse a la vez como persona suelta y como parte del mundo, y no por sobre él, y como si nada se le debiera, o se le mirase como mera fuente de noticias,— y la autoridad, el desembarazo, la fuerza, la fiereza, que en vano finge el escritor que disimula su opinión, o calla de ella lo que es cierto y no conviene al empresario que le paga. Se ve la garra en estos diarios, y suenan a hueco.⁸¹

Su personal sentido de la ética en el ejercicio de la profesión se hace aquí presente, pues desde etapa muy temprana en su

⁸⁰ José Martí: *OC*, t. 12, p. 160.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 161.

biografía durante su estancia guatemalteca, había tomado conciencia del papel cívico que podía y debía jugar la prensa en la construcción de una sociedad mejor. Ya en 1877 había declarado: “Amo el periódico como misión, y lo odio... no, que odiar no es bueno, lo repelo como disturbio”.⁸²

Obviamente, el origen de esa prensa sensacionalista y complaciente con quien la paga, totalmente opuesta a la aspiración martiana recién citada, hay que verlo en las deformidades monstruosas que se generan en el seno de esa sociedad.

El reproche mayor lo hace Martí ya en la línea de cierre, que remata con efectividad la valiosa crónica. El mayor pecado de O’Rell es no ver que “en un continente donde bregan a la par, con todas las beldades y cambios de la naturaleza, todas las razas del hombre, [se] ha de crear una expresión digna del combate intenso, en que batallan juntos los gusanos y las águilas!”.⁸³ La labor cronística de Martí sí fue, en cambio, medio expresivo digno de esas contradicciones colosales.

Como ha podido verse, detrás del fructífero diálogo literario que establece Martí con ambos textos desde la crónica, existe un replanteo culturológico y político que atañe directamente a un asunto medular: la independencia de América española. En su discurso conocido por “Madre América”, dirigido a los delegados al Congreso de Washington, pronunciado a finales de ese mismo año, declara:

Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho,

⁸² José Martí: “Carta a Joaquín Macal”, *OCEC*, t. 5, p. 332.

⁸³ José Martí: “Correspondencia particular de *El Partido Liberal*”, ob. cit., p. 163.

sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.⁸⁴

Los textos valorados son, entonces, un significativo antecedente de estas consideraciones martianas.



Marlene Vázquez Pérez (Matanzas, 1963).

Doctora en Letras. Directora del Centro de Estudios Martianos. Forma parte del equipo que trabaja en la edición crítica de las *Obras Completas de José Martí*. Ha publicado, entre otros los siguientes libros: *Martí y Carpentier: de la fábula a la historia*; *La vigilia perpetua. Martí en Nueva York*; *De surtidor y forja: la escritura de José Martí como proceso cultural*. Ha sido coordinadora académica del *Anuario del Centro de Estudios Martianos* durante cinco años.

Correo: marlenevp2004@gmail.com

⁸⁴ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en la velada artístico-literaria el 19 de diciembre de 1889, ob. cit., p. 134.

Legado bolivariano en José Martí: La visión del equilibrio del mundo

Rodolfo Sarracino Magriñat

Una reflexión inicial se impone para establecer las limitaciones obvias de esta presentación. Una importante disimilitud obstaculiza analizar paralelismos entre el proyecto de Bolívar y el de Martí: uno y otro se ejecutaron en diferentes tiempos históricos. Bolívar desarrolló su carrera en las primeras tres décadas del siglo xix. No podía incluir a Estados Unidos en sus previsiones, pues la amenaza estadounidense contra la América Latina comenzó a manifestarse más perceptiblemente al final de su vida.

Bolívar sobrevivió a la guerra de independencia y llegó a gobernar un gran estado multinacional; Martí se inmoló al principio de la guerra de independencia, a fines del siglo xix, y su visión fue siempre la de un revolucionario en acción. Esa realidad no le impidió asimilar algunos rasgos esenciales —más numerosos de lo que habitualmente pensamos— del programa bolivariano con los ajustes imprescindibles impuestos por los nuevos contextos históricos.

Muy pronto en su vida de revolucionario Martí comprendió que la lucha por la independencia se libraría en dos frentes: el militar y el internacional; que la guerra que se organizaba bajo su liderato para independizar a Cuba tendría lugar en un contexto internacional complejo en el que chocaban, casi siempre violentamente, las ambiciones imperiales de las monarquías europeas con los intereses de

la América Latina y, en particular, con la voluntad imperial de Estados Unidos y su creciente poder.

Martí sabía que además del probado valor del Ejército Libertador y de la unidad del pueblo cubano, dentro y fuera de la Isla, debía hallar gobiernos amigos en el ámbito internacional con fuerza y empeño suficientes para contrarrestar el expansionismo norteamericano. Para lograrlo, tendría que aplicar sus conocimientos de la ciencia política de su tiempo, entre otros el principio del equilibrio en las relaciones internacionales.

En 1813, cuando aún se encontraba en los albores de su larga epopeya independentista, al principio de la Segunda República, Bolívar comprendió la relación entre la liberación de las colonias hispanoamericanas y los destinos de los pueblos colonizados, africanos y asiáticos, dominados y explotados por las potencias europeas. La ayuda fraterna que recibiera de Petion, en su tiempo también experimentada por Martí, le ayudó a recordar toda su vida al Haití misterioso erguido en el umbral de la América Latina sin atreverse a franquearlo. La visión del equilibrio internacional de Bolívar fue probablemente la más avanzada y revolucionaria de su siglo. En un documento clave de política exterior de su gobierno, reflejó la voluntad de convocar a los pueblos de América Latina y de todo el mundo a la histórica batalla por su unidad y emancipación. El fragmento que sigue, citado también por autores como Felipe Larrazábal, que aclara que: aunque leído por el secretario de Relaciones Exteriores de Venezuela, los atribuye con toda razón a Bolívar:

La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo, y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellos y la Europa para destruir

la preponderancia de la última. Yo llamo a esto el equilibrio del universo, y debe entrar en los cálculos de la política americana.⁸⁵

Comentarios similares planteados en parecidas circunstancias doce años más tarde por Bolívar corroboran lo expuesto. Encontrándose en la cima de su gloria, el Libertador insiste en la necesidad de la unión de los pueblos para enfrentarse a una “guerra universal, entre los pueblos y los tronos”, en la que América debía ser la abanderada de los pueblos colonizados en la lucha por un “nuevo equilibrio del universo”, para impedir que Europa sometiera a “las demás partes del mundo al yugo y la esclavitud”. Eso suponía —es necesario aclararlo— un grado de coordinación en las acciones de esos pueblos muy difícil de alcanzar por aquellos días, incluso en el ámbito más reducido de la América Latina, pero el aporte es importante como precedente.

En diciembre de 1824 en carta circular a los gobiernos de Buenos Aires, Brasil, Colombia, Chile, Estados Unidos y Guatemala, al convocar al Congreso Anfictiónico, Bolívar insistía, como después también lo proclamó Martí en el Caribe, en establecer el fiel de la balanza mundial en Panamá, entonces territorio colombiano:

Si el mundo escogiese una capital, el istmo de Panamá parece ser el punto indicado para este augusto destino, situado (...) en el centro del globo, mirando, por un lado, hacia Asia, y por el otro, hacia África y Europa (...). El istmo se encuentra a igual distancia de los

⁸⁵ Informe del 31 de diciembre de 1813, presentado por el secretario de Relaciones Exteriores, publicado en el no. 30 de la *Gaceta de Caracas*, en Felipe Larrazábal: *Bolívar*, editor José Agustín Catalá, Caracas, 1975. También en Indalecio Liévano Aguirre: *Bolívar*, p. 293, Ed. Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1983.

extremos, y por eso sería el lugar provisional de nuestra primera asamblea de los países confederados.⁸⁶

Cuando Martí aludía a un posible equilibrio del mundo con su fiel en el Caribe, es claro de dónde procedía la idea original, pero Martí pensaba en la urgencia de la independencia ante el peligro que corrían el Caribe, el istmo y toda la América del Sur, amenazados de anexión por Estados Unidos.

Volvamos, pues, a la preocupación de Bolívar sobre el peligro potencial de Estados Unidos para las nuevas repúblicas. Ya en el crepúsculo de su vida, el Libertador escribe al coronel Patricio Campbell, encargado de negocios de Inglaterra, con fecha 5 de agosto de 1829. Le informa los rumores sobre la elección de un príncipe europeo, posiblemente Borbón, para ocupar su lugar, lo cual podría no agrandar a los nuevos estados americanos y menos a Estados Unidos que “parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miserias en nombre de la libertad”.⁸⁷

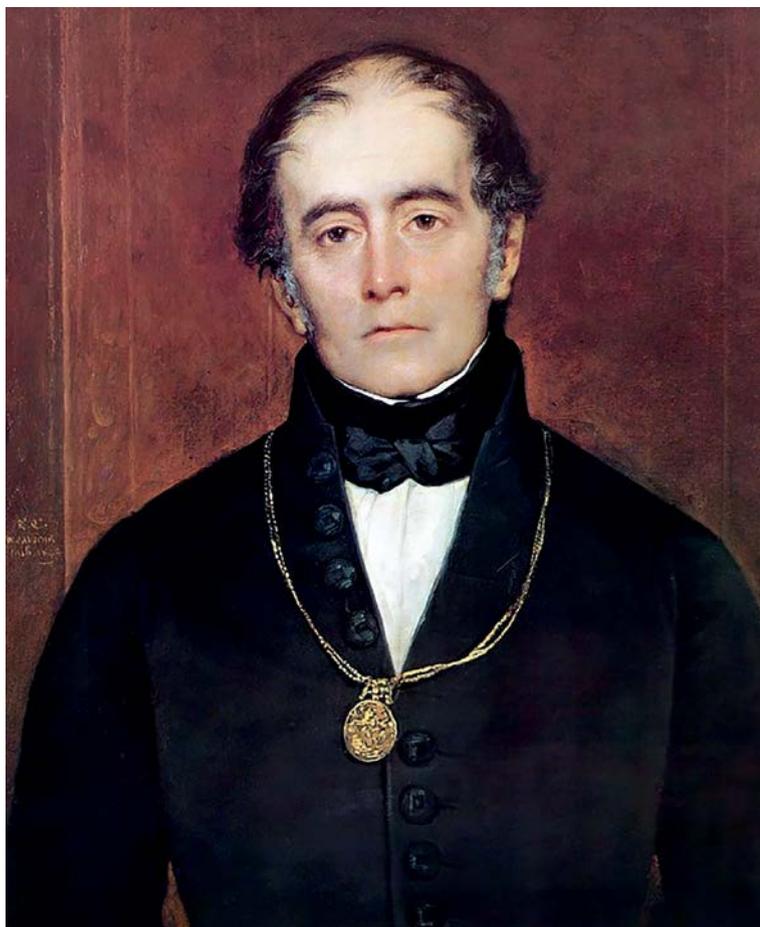
No menos interesantes son las líneas que escribe desde Guayaquil a su antiguo edecán, el general Daniel Florencio O’Leary, fechada el 13 de septiembre de 1829, en las que, refiriéndose al sistema político norteamericano, le dice: “Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos”.⁸⁸ Para Bolívar, era Inglaterra el único paradigma europeo digno de emulación. En su famoso discurso de Angostura, del 15 de febrero de 1819, día de su instalación, dice a los representantes:

⁸⁶ Felipe Larrazábal: ob. cit.

⁸⁷ *Simón Bolívar. Escritos Fundamentales*, p. 203, Editores Latinoamericana, sexta reimpresión, Monte Ávila, Venezuela, 1997.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 210.

Así, pues, os recomiendo, representantes, el estudio de la Constitución Británica, que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil.⁸⁹



⁸⁹ *Simón Bolívar, Escritos Fundamentales: Fragmento del discurso de instalación del 15 de febrero de 1819, ob. cit., p. 128.*

Hasta el fin de sus días mantuvo esa opinión. Inglaterra, por su parte, fue a su encuentro: desde 1817 auspició la creación de la Legión Inglesa, integrada por varios miles de oficiales y soldados que participaron en las duras campañas contra el ejército español, y se la vio dispuesta a obstaculizar diplomáticamente la gestión internacional de la monarquía española, contraria a los intereses de las nuevas repúblicas americanas.

Cuando Napoleón cayó vencido en varias batallas libradas después de la retirada de Moscú, Bolívar previó el peligro del regreso al poder de la familia real española. Su primera acción para neutralizar ese peligro fue decidir el envío de una representación diplomática a Londres para recabar del gobierno británico su apoyo a fin de impedir un nuevo intento de reconquista española de sus antiguas colonias suramericanas. A Camilo Torres, que presidía el parlamento de Colombia, le escribe:

(...) Una ocurrencia de la primera importancia, sobre la cual escribo a Ud. oficialmente, me obliga a hablarle también de ella en esta carta. Es la derrota de Bonaparte en el Norte de Europa,⁹⁰ suceso demasiado confirmado, y cuya trascendencia es tan inmediata sobre nosotros. Así es que la España evacuada ya por los franceses afianzará más sólidamente su independencia, y volverá sus miras hacia la América. Es menester prevenir aceleradamente este golpe, pues aunque estoy seguro que la Nueva Granada y Venezuela no

⁹⁰ Se refiere a la retirada desastrosa de Napoleón de Moscú y demás territorio ruso, tras la cual toda Europa se unió para combatirlo hasta su derrota. Cuando sus mariscales se negaron a continuar luchando Napoleón abdicó en abril de 1814 y fue internado en la isla de Elba.

cederían a la fuerza no es menos cierto que podríamos ser envueltos.

Hay una medida que urge adoptar en el instante, y es poner a la Inglaterra en nuestros intereses. Ella ejerce ya una preponderancia decidida sobre los negocios de la España; y aún sin esto, si ella abraza nuestro partido como Señora de los Mares, burlará los esfuerzos de aquella, si se obstina en subyugarnos. Un diputado pues de la Nueva Granada unido a otro de Venezuela, que representando a estas dos regiones, pasarán a Londres, y reclamarán vigorosamente los auxilios de la Nación; es el partido que naturalmente indican las circunstancias.⁹¹

Es claro que Bolívar veía a Inglaterra como aliada en la lucha de Suramérica por independizarse de España y por su poder, sobre todo en el mar, capaz de hacer frente a casi todas las monarquías europeas. Esa idea, que resistió todas las pruebas de los años de la guerra de liberación, con sus altas y sus bajas, la confirma desde su retiro obligado de Jamaica, cuando escribe al alto funcionario de SMB Sir Richard Wellesley, en Kingston: “¡El equilibrio del universo y el interés de la Gran Bretaña, se encuentran perfectamente de acuerdo con la salvación de la América! ¡Qué enorme perspectiva ofrece mi patria a sus defensores y amigos!”

Esa posición, en atención al mantenimiento del equilibrio europeo en torno de la independencia de los estados suramericanos, se mantuvo con escasas modificaciones durante toda la vida de Simón Bolívar. Seis años después, sus preocupaciones sobre la reacción monárquica tras la

⁹¹ Simón Bolívar: *Obras Completas*, t. 1, p. 88, Editorial Lex, La Habana, 1950.

derrota de Bonaparte en Europa se vieron confirmadas. En carta al General Antonio José de Sucre, fechada en Lima el 20 de enero de 1825, le alertaba:

(...) Además, por las noticias que vienen de Europa y de Brasil, sabemos que la Santa alianza trata de favorecer al emperador del Brasil con tropas para subyugar la América española, por consagrar el principio de la legitimidad y destruir la revolución (...) También he sabido que los españoles del Perú habían entrado en relaciones con el emperador del Brasil, con la mira de entrar en el gran proyecto de subyugación general, adhiriendo entre sí a los principios monárquicos.⁹²

Tres días más tarde comunica también al General Francisco de Paula Santander:

(...) De Olañeta [oficial al servicio de la corona española] no sé todavía nada; pero temo que trate de engañarnos de acuerdo con el emperador de Brasil (...) También parece cierto que el rey de Portugal ha transigido sus negocios con su hijo, el príncipe de Brasil; todo con el fin de legitimar la América meridional. Por desgracia el Brasil linda con todos nuestros estados; por consiguiente, tiene facilidades muchas para hacernos la guerra con suceso, como lo quiera la Santa Alianza. De hecho, yo concibo que le será muy agradable a toda la aristocracia europea que el poder del príncipe de Brasil se extienda hasta destruir el germen de la revolución. Desde luego empezará por Buenos Aires y acabará por nosotros.⁹³

⁹² Simón Bolívar: *Obras Completas*, ob. cit., t. 2. p. 73.

⁹³ Id.

Las informaciones de Bolívar tenían un contenido objetivo. Brasil se había adueñado de la Banda Oriental (Uruguay) en 1821 y en 1823, después del levantamiento de Lavalleja. La Argentina se sintió obligada a respaldarlo al precio de una guerra contra Brasil que se prolongó más de tres años, hasta que, con la mediación de Inglaterra, en 1828 ambas naciones acordaron conceder la independencia a Uruguay.

Pero ya en 1818 Bolívar apreciaba los primeros síntomas de la “parcialidad” del gobierno de Estados Unidos a favor de España.⁹⁴ En carta a Bautista Irvine, fechada en Angostura el 20 de agosto de 1818, referida a los incidentes protagonizados por las goletas de bandera norteamericana, *Tigre y Libertad*, involucradas en el suministro de recursos a las tropas realistas, se observa claramente esa preocupación de Bolívar. Pero está claro que en su visión estratégica Europa fue, durante toda su carrera militar, su más profunda aprensión.

Puede afirmarse, pues, que Bolívar y Martí tenían coincidencias notables en sus apreciaciones de la correlación de fuerzas internacionales: ambos pensaban en Inglaterra, por su independencia del resto de Europa y antagonismo secular frente a España, y su poder militar, sobre todo naval, como un factor de equilibrio potencialmente favorable a los intereses de la independencia y la unión de los estados suramericanos. Martí percibía como positiva la oposición británica a la irrupción de su vieja colonia americana a los primeros planos del grupo de potencias mundiales, con peligro para sus propios intereses imperiales.

Bolívar siempre vio a Brasil como colonia de una potencia vinculada a otras familias reales europeas por la vía de los Bragança de Portugal, peligro latente incluso después

⁹⁴ Ver la carta de Simón Bolívar a Bautista Irvine, fechada en Angostura el 20 de agosto de 1818, referida a dichos incidentes, en *Simón Bolívar. Escritos Fundamentales*, ob. cit., p. 107.

de la independencia de Brasil proclamada en 1822, que por los vínculos filiales de Pedro I con la familia real de Portugal y por su conducto con la Santa Alianza, con el antecedente de la expansión hacia el Uruguay, Bolívar sospechaba que podría precipitar una nueva tentativa de recolonización hispana de Suramérica. De esas reservas, como ya hemos visto, hay evidencias abundantes en la correspondencia de Bolívar con Santander, Sucre y otras figuras del momento, fundamentadas en los hechos.

Sesenta y cinco años después, Martí sabía que desde 1880 el llamado “Imperio de Brasil” había desarrollado una línea política enderezada a lograr una alianza estratégica con Estados Unidos para equilibrar la unión de ciertos países hispanoamericanos, conducidos por la Argentina, cuyos intereses económicos vitales estaban vinculados a Inglaterra y Alemania. Después de la caída de Pedro II percibió que la política de los gobiernos militares que le sucedieron continuó invariablemente ese curso. Por eso es tan significativo el silencio de Martí hacia el enorme país, potencia regional que había que tener en cuenta en cualquier empresa independentista en el continente. En cambio, mucho hizo el Apóstol para ganarse a la Argentina para la causa revolucionaria cubana y para evitar al propio tiempo la animadversión de Brasil que, unido a Estados Unidos, era potencialmente un enemigo formidable de la revolución cubana.

En la percepción de Martí, dados los cambios que habían tenido lugar en el mundo desde la muerte de Bolívar, el principal peligro para el futuro de Cuba, el Caribe y Suramérica eran, no las monarquías europeas, sino Estados Unidos. Ya en tiempos de Martí, Europa comenzaba a ceder ante el empuje norteamericano, cuya empresa imperialista estaba en marcha. A Martí correspondería, pues, enfrentarse a Estados Unidos, si fuera posible —en eso coincidía plenamente

con Bolívar— con el apoyo de Inglaterra, que aún tenía poder suficiente para defender sus propios intereses; también de Alemania, poderoso imperio emergente, que durante la carrera política y militar de Bolívar era aún una constelación de pequeños principados y estados divididos entre sí.

Es cierto que desde épocas muy tempranas, el Gobierno estadounidense intentó manipular el concepto del equilibrio internacional. Pero ello no impidió las interferencias europeas en el hemisferio, que Estados Unidos entendían potencialmente contrarias a sus intereses. Así, en 1823 el presidente James Monroe hizo aprobar por el Congreso norteamericano su llamada “doctrina”, desde entonces conocida por su nombre, concebida para disuadir a Rusia de cualquier aventura intervencionista en el hemisferio norte y el Pacífico. Por eso el primer párrafo del documento original rechaza cualquier tipo de colonización de las potencias europeas en el hemisferio occidental.

Su segundo párrafo declara que Estados Unidos interpretará cualquier interferencia europea en los asuntos de las naciones hemisféricas “con el propósito de oprimir, o controlar (...) de cualquier forma su destino (...) como la manifestación de una disposición inamistosa hacia los Estados Unidos”.

El presidente James Knox Polk, acosado por las pretensiones europeas, evocó la casi olvidada doctrina de Monroe y la emprendió en 1845 contra el equilibrio europeo:

La rápida expansión de nuestros establecimientos, la expansión de los principios de libertad, preocupan a las naciones de Europa, que intentan crear en este continente una política de equilibrio entre las diferentes naciones para contener nuestro progreso (...) La rivalidad entre los distintos soberanos de Europa ha dado lugar a eso que llaman equilibrio político

pero nosotros no debemos permitir que esta frase se aplique en el continente.⁹⁵

La tarea principal que Martí se impuso fue seguir de cerca, como líder de un movimiento que organizaba una guerra de liberación, menos a Europa, y mucho más a Estados Unidos, a fin de valerse de las crecientes divergencias de ese país con Inglaterra, Alemania en Europa, y la Argentina y otras naciones hispanoamericanas a favor de la independencia de Cuba, y los intereses en general del Caribe y toda América Latina.

Su estrategia la fundamentó con los conocimientos acumulados en su carrera de derecho, en sus notas personales y los fragmentos y crónicas especiales en las que siguió de cerca el crecimiento vertiginoso de la Argentina, que en sus días se prefiguraba como una gran potencia latinoamericana, y en los que también menciona, entre otros jurisconsultos, al alemán Johann Kaspar Bluntschli, seguidor del llamado “padre del derecho internacional moderno”, al holandés Hugo Grotius; a Barthold Georg Niebuhr y Federico Carlos Savigny (1779-1861), dos clásicos de la jurisprudencia. Comenta, también, al renombrado historiador y filósofo alemán Bruno Bauer, miembro de la llamada izquierda Hegeliana, cuya obra maestra fue *El imperialismo romántico de Disraeli y el imperialismo socialista de Bismarck*. Leer a Bauer sobre esos dos grandes políticos que manipularon el equilibrio europeo ofreció a Martí una visión certera de lo que él llamó en alguna ocasión “el principio inmutable del equilibrio”, que también caracterizara de “perpetuo”.

⁹⁵ Miguel A. D'Estefano Pisani: *Historia del Derecho Internacional. Desde la Antigüedad hasta 1917*, p. 240, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

La formación en Derecho Internacional de Martí era, pues, sólida, incluyó una visión profunda del concepto del equilibrio internacional en su perspectiva histórica; también un circunstanciado escrutinio del mundo contemporáneo —apoyado en los mejores diarios y publicaciones seriadas norteamericanos, europeos y latinoamericanos y la ágil información del recién tendido cable telegráfico interoceánico.

Todo ello lo condensó en un párrafo sin fecha que nunca trascendió a la prensa ni a su correspondencia. Lo escribió en una de sus libretas de apuntes, aproximadamente en 1881; en el que se evidencia claramente la influencia bolivariana al referirse al vicecónsul francés en Guayaquil, que habría hallado un “paso transcontinental” entre el Pacífico y el Atlántico, que con modestas inversiones podría materializarse:

(...) lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastantes fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales (...) de ahí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva de ninguno, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones convenir que haya preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo.⁹⁶

⁹⁶ Simón Bolívar: *Obras Completas*, ob. cit., t. 22, p. 239.

En relación con Cuba, en plena coincidencia con el propio pensamiento de Bolívar, ese poder era obviamente Inglaterra, acompañada tal vez por Alemania, ambas potencias con importantes inversiones en Cuba, aliadas por aquellos días y adversarias de Estados Unidos. Es claro que no estamos ante la sugerencia de trocar un imperialismo por otro, sino una fórmula cuyo propósito era detener o reducir el expansionismo estadounidense en el Caribe con la independencia de Cuba, Puerto Rico y la soberanía de Santo Domingo y de toda la América hispana, a fin de ganar tiempo suficiente para asegurar su soberanía y la propia defensa. Ese principio estratégico lo retuvo Martí en su mente hasta pocos días antes de su muerte, cuando desde la manigua se dirigió por escrito a los cónsules de Inglaterra y Alemania en Santiago de Cuba para pedirles que se abstuvieran de interferir en las operaciones militares revolucionarias e informarles que Cuba independiente estaría abierta al comercio y a las inversiones de capitales ociosos de ambos países. Esas dos cartas y su recepción en los ministerios de relaciones exteriores de ambas potencias, fueron halladas por investigadores de Alemania e Inglaterra, que confirmaron que ambas habían sido tomadas en serio por los ministerios interesados de los gobiernos respectivos.

Martí, en fin, concibió la posibilidad, después de alcanzada la victoria sobre España —paso inicial en la tarea estratégica de asegurar la independencia de Cuba— de crear intereses económicos de importancia suficiente como para atraer a uno o varios países europeos —y tal vez a unas pocas naciones latinoamericanas, sobre todo a la Argentina— a apoyar a Cuba en sus aspiraciones de impedir su anexión y asegurar su independencia. No fue acción de último momento ni gesto “tardío” o “desmesurado y grandioso”, como algunos críticos han calificado las frecuentes alusiones de Martí al “equilibrio del mundo”.

En 1889, durante las sesiones del Congreso Internacional Americano de Washington, Martí afirmó públicamente, por vez primera, en un artículo para *La Nación*, fechado el 2 de noviembre del propio año, que la conferencia mostraría a quienes defienden “la independencia de la América Española, dónde está el equilibrio del mundo”, y tal vez establecer con ello un nuevo equilibrio mundial, si se lograba poner en duda, con la independencia de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, y el apoyo presumible de Inglaterra y Alemania, las aproximaciones y accesos seguros al istmo y después al Canal de Panamá.

Pero hemos visto que el tema en su verdadera perspectiva económica y política, relacionado con el canal transoceánico, ya lo había abordado Martí mucho antes en sus fragmentos personales, así como lo haría en lo adelante en el Manifiesto de Montecristi, los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, los documentos programáticos de la revolución y en sus crónicas sobre la Conferencia Internacional Americana. Sus referencias a ese concepto, a medida que se aproximaba el inicio de la Guerra de Independencia, se tornaron más frecuentes y abarcadoras. Era perceptible el sentido de la urgencia debido a que estaba claro para él, habida cuenta de las actividades intervencionistas de los gobiernos norteamericanos en Haití, Santo Domingo y América Central que entre 1886 —cuando Estados Unidos estuvo a punto de agredir nuevamente a México— y 1889, el pensamiento estratégico norteamericano había definido que la expansión hacia México o Canadá sería inviable, y más factible y “necesaria” en dirección al Caribe y al istmo, “sobre nosotros”, como escribiera Martí por aquellos días a un cercano amigo y patriota cubano, y con el canal, hacia los grandes mercados asiáticos.

No eran, por cierto, fanfarronadas de políticos. Las fuerzas armadas y su falange naval, en la persona de Alfred

Thayer Mahan, hablaban con entera libertad de la “necesidad” de Estados Unidos de “controlar” particularmente a Cuba y varios archipiélagos del Pacífico.

Su vida en México, Guatemala y Venezuela, y su experiencia como cónsul del Uruguay y Nueva York desde 1887, así como en la Argentina y Paraguay desde 1890, por otra parte, permitieron a Martí una visión internacional realista de una diplomacia latinoamericana en varios países indiferente —salvo las notables excepciones ya mencionadas— que solo con un enorme esfuerzo diplomático podía moverse a posiciones más favorables a la independencia de Cuba.

Nada de lo expuesto excluye que hiciera todo lo posible a lo largo de los años en que trabajó y vivió en Estados Unidos por crear un equilibrio interno en el imperio emergente, lo que le ganó el respeto y la confianza de los grandes intelectuales y artistas de principios éticos, amantes de la solidaridad y la equidad en las relaciones internacionales, como lo lograra en 1890 al aceptar su membresía en el Club Crepúsculo de Nueva York, y además de los dirigentes políticos y los grupos de poder norteamericanos que compartían esas ideas, a fin de impedir la anexión de Cuba y lograr toda la ayuda posible para la liberación del pueblo cubano.

Lo cierto es que el pensamiento estratégico de Martí, muy claro en su carta a Manuel Mercado —y prácticamente todos los documentos doctrinarios del Partido Revolucionario cubano— indicaba entre líneas sacrificios y dificultades ante un coloso que amenazaba a Cuba y a todo el hemisferio.

Nada más actual. Hoy, como entonces, de lo que se trata es de determinar cómo América Latina, Cuba incluida, participará en el proceso de transición hacia nuevos equilibrios: como colonia o protectorado menor subordinado a

Estados Unidos, obligada —así nos dijo Martí— a consumir los productos “invendibles” de ese país para salvar al capitalismo norteamericano de sus propias contradicciones o, tal como Bolívar y Martí lo desearon, como una comunidad independiente, unida e integrada, no solo en el plano económico, sino en el más universal de la historia, de la cultura humanista, de la solidaridad humana y de las tradiciones comunes, capaz de “equilibrar” con su poderosa identidad e independencia a las grandes regiones económicas en la actual reedición de las pugnas ímperialistas por nuestro continente. Al ALBA, lo más cercano a los ideales de ambos próceres, nos convocan los paradigmas martiano y bolivariano ante los desafíos globales del nuevo milenio.



Rodolfo Sergio Sarracino Magriñat (La Habana, 1934).

Doctor en Ciencias Históricas. Traductor, ensayista y diplomático. Ha preparado varios tomos dedicados a las “*Escenas norteamericanas*” para la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí. Fue embajador de la República de Cuba en varias naciones. Fue investigador Adjunto del Centro de Estudios Avanzados Multidisciplinarios de la Universidad de Brasilia, Brasil (1991-1993). Ha publicado: *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria* (1984); *El grupo Rockefeller actúa* (1986); *La doble cara de Inglaterra en la lucha cubana por la abolición* (1988); *Los que volvieron a África* (1989); *José Martí y el caso Cutting* (CUCSH, Universidad de Guadalajara/Centro de Estudios Martianos, 2004); *José Martí*

en el Club Crepúsculo de Nueva York. En busca de nuevos equilibrios (CUSUR, Universidad de Guadalajara/CEM, 2010). Es miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac), de la Unión de Historiadores de Cuba (Unhic) y de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe (Adhilac). Colabora en distintas revistas especializadas dentro y fuera de Cuba.

José Martí y los próceres de Nuestra América

Visiones cubanas sobre Francisco de Miranda: José María Heredia y José Martí

Salvador Arias García

La dimensión americana de una figura como Francisco de Miranda no escapó a la mirada del cubano José María Heredia, quien en 1826 publicó una no breve biografía del venezolano en su revista *El Iris*, que coeditaba desde su destierro en México. Curiosamente ese texto no parece haberse publicado en Cuba hasta el año 2005, cuando lo incluí en una selección de *La prosas de Heredia*.⁹⁷

Llegamos al texto gracias a la edición facsimilar de la citada revista hecha por la Universidad Autónoma de México en 1986. La publicación era coeditada y redactada, junto con Heredia, por los italianos refugiados en México Claudio Linate y Florencio Galli. Ambos eran carbonarios, es decir, miembros de una sociedad secreta y política, creada en Italia a principios del siglo xix con el objetivo de luchar contra los tiranos, a favor de las ideas liberales, que incluían muy directamente la unificación de la península italiana. Aunque al principio se suponía que *El Iris* tenía solo propósitos literarios y científicos, dado sus redactores, no tardó en incluir temas políticos, con el cuidado de no

⁹⁷ *La prosa de Heredia*: Selección, prólogo y notas de Salvador Arias, Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, 2005. La paginación de las citas de Heredia referidas en el texto corresponde a la citada edición.

inmiscuirse en problemas nacionales mexicanos, dada la extranjería y apasionamiento de sus editores.

En la mencionada edición también podemos constatar el contexto en el que Heredia decidió publicar “Biografía contemporánea americana. Francisco de Miranda”, como la llamara. En 1826 ocurren hechos importantes para el continente; Heredia, como periodista comprometido rápidamente los comenta. Ese es el año del famoso Congreso de Panamá, convocado por Bolívar, cuando cae el baluarte español de Chiloé tras una resistencia de dieciséis años, último vestigio colonial en el Pacífico. Simón Bolívar está por Bolivia, país del cual Sucre fue nombrado presidente, además, se encuentra latente el peligro del arrogante imperio brasileño frente a las excolonias hispánicas ya liberadas. A todo eso va a reaccionar Heredia con una prontitud que no deja de sorprendernos si recordamos los dificultosos medios de comunicación existentes entonces.

Así, sobre Chiloé, comenta gozoso en mayo de 1826: “Por toda América suena el doble funeral de la dominación española” (p. 25). Su posición ante los amagos de reconquista española son radicales. Cuando se especula que esto pueda ocurrir en México, tras dejar sentado que “los editores de *El Iris* no serán los últimos en trocar su pluma por la espada”, afirma:

La guerra debe ser a muerte: no puede haber tratado entre rebeldes, y tiranos enemigos de la humanidad. La cuestión debe reducirse a, ¿quiénes quedarán con vida, los invasores o nosotros? El éxito no puede ser dudoso, y la destrucción de los satélites del tirano de España servirá de escarmiento a sus compatriotas que preferirán lanzar del trono sangriento a su Moloch, antes que venir a perecer por orden suya en las playas abrazadas de América (p. 28).

En cuanto a la amenaza brasileña sobre la Argentina, tras dejar bien sentado: “Desengañémonos: solo el océano es barrera suficiente para impedir que choquen las repúblicas y los tronos”. Culmina con las siguientes consideraciones:

Así, pues, la independencia americana, o a lo menos su paz y prosperidad, estarán comprometidas mientras el Brasil no adquiera la libertad, cualidad indispensable para entrar en la gran familia de Colón, unida por comunidad de principios, e igualdad de derechos. ¿No será dado al Libertador añadir este timbre a su gloria espléndida? ¿No conserva su espada con la cual ha ofrecido volar a donde quiera que haya tiranos? Esperamos que en esta ocasión le iluminará su estrella, y que el ángel de América no abandonará su causa victoriosa (pp. 34-35)

Históricamente la solución o aplazamiento de la crisis no necesitó de la intervención bolivariana, pues el 9 de febrero de ese mismo año Argentina derrotó a Brasil en la batalla naval de los Corales, noticia que aún no había llegado a manos de Heredia. Es de notar la vigencia actual del pensamiento Erídano respecto a esa unidad continental, sentada en “la comunidad de principios” y a “la igualdad de derechos”

Muy directamente relacionada con su patria, Cuba, es su indignado comentario ante las declaraciones del presidente estadounidense Adams con motivo del Congreso de Panamá:

¿Ignora Adams que ninguna potencia europea podrá apoderarse de Cuba sin que se envuelva en sangre y fuego la mitad del mundo civilizado? ¿No sabe que Cuba, una vez despertada del letargo colonial, pesa

mucho en la balanza política para que agregándose a cualquiera potencia no trastorne el equilibrio y turbe la armonía del mundo? ¿Y no sabe que Cuba en manos de España es el punto de apoyo en que ha de afianzar los reyes de Europa su palanca liberticida? ¿Cómo se desentiende de un peligro inminente por huir de uno quimérico, o lejano cuando más? ¡Hijo de John Adams, la causa de América estará comprometida, mientras Cuba no sea libre a pesar de tu política temerosa! (pp. 30-31)

En ese contexto es cuando Heredia decide dedicar varias páginas de la revista para dar a conocer la que, intencionalmente, califica como “biografía americana” y “contemporánea” de Francisco de Miranda.⁹⁸ Aquí debemos llamar la atención sobre la importancia que el poeta cubano le daba, muy justificadamente, a la Revolución francesa de 1789. Entendía que “las consecuencias del vasto sacudimiento social producido por la Revolución Francesa debía causar, tarde o temprano, la emancipación del Nuevo Mundo” (p. 67). Es decir, entendía que la liberación de América era consecuencia directa de aquel hecho.

Llamamos la atención sobre eso porque tal posición no era compartida por cierto número de cubanos de entonces, principalmente por Félix Varela, amigo cercano de Heredia, que en sus *Cartas a Elpidio* endilgó furibundos ataques contra la Revolución Francesa. El radicalismo herediano de entonces creemos que estuvo muy influenciado por su estrecha amistad con hispanoamericanos de avanzadas ideas, como el colombiano José Fernández Madrid, el argentino

⁹⁸ José María Heredia: “Biografía contemporánea americana. Francisco de Miranda”, revista *El Iris*, pp. 37-41, Universidad Autónoma de México, 1826.

José Antonio Miralla y el internacionalista ecuatoriano Vicente Rocafuerte. No es de extrañar que recién llegado a México, José María buscara la sociedad con carbonarios como Linati y Galli.

Si Heredia habló de “la novela de mi vida”, sin dudas lo atrajeron las peripecias novelescas de Miranda a través de dos (o tres) continentes. Sin olvidar su estancia habanera, lo sigue en sus andares europeos, hasta que “estaba en Rusia cuando estalló la Revolución Francesa, que le abrió una carrera conforme a sus ideas y digna de su genio”.

Detalla sus complejas acciones ya vinculado al proceso francés, hasta que viaja a Estados Unidos. “Allí empezó a dar pasos para realizar el proyecto de revolucionar su patria que había meditado durante veinte años”, dice Heredia.

Fracasado en su desembarco por Coro, cuando se produce el alzamiento de 1810, regresa a su país de nuevo: “su venida a Caracas fijó la revolución y le dio un nuevo carácter”, comenta.

Sin muchos regodeos cuenta las partes tristes del terremoto del Jueves Santo, de las luchas con Monteverde y su apresamiento posterior, hasta su muerte lejos de su tierra natal. Heredia considera que “sus talentos y patriotismo no pudieron triunfar de la superstición de sus compatriotas y sin duda no le excedía ninguno de los que en época posteriores acabaron la independencia de Colombia...”

Para terminar, Heredia nos ofrece un vívido retrato físico y psicológico del patriota venezolano:

Su imaginación y sentimiento dominaban a veces su juicio. Su estatura era de cerca de seis pies, sus miembros bien proporcionados, y todo él fuerte y bien dispuesto. Sus ojos pardos, penetrantes, tenían una expresión de viveza e inteligencia, de más severidad que dulzura. Cuando se sentaba, jamás estaba

perfectamente quieto, y había de estar moviendo un pie o una mano para acompañar la actividad de su espíritu siempre ocupado. Dormía algunos momentos después de comer, y se paseaba luego hasta la hora de dormir. Jamás se quejó de las privaciones: no usaba licores fuertes, y rara vez bebía vino; su bebida acostumbrada era agua endulzada con azúcar. Decía que el dulce y el calor eran los dos bienes físico supremos, y el frío y los ácidos los mayores males.

Sus modales en sociedad eran afables y caballerosos, y todos sus movimientos estaban llenos de gracia y de dignidad. Cuando no estaba colérico, dominaba admirablemente sus sentimientos, pero su tono era generalmente altivo. Perdía la discreción cuando se irritaba, y le impacientaba que le contradijesen.

Discurría con sana lógica, y parecía instruido en todos los ramos de los conocimientos humanos. —Su memoria férrea la suministraba con abundancia nombres, fechas, y autoridades, y para hacerse admirar empleaba con gran destreza sus recursos mentales.

José Martí, que analizó la historia americana, y en particular la venezolana, con tanto cuidado, no dejó muchas páginas dedicadas a Francisco de Miranda. Es difícil sacar una conclusión definitiva por esto, pues el azar pudo tener su culpa en ello. Quizás no era el polémico Francisco de Miranda donde Martí encontraba el mejor ejemplo del héroe americano. Es verdad que le dedicó mucho espacio a otras figuras bien complejas, pero quizás entendiera que Miranda no era alguien para criticar, sino para respetar dada su posición primigenia, de precursor.

Sin embargo, esto no obstaculizó que dejara por escrito algunos breves, pero elogiosos comentarios sobre su figura.

Por supuesto, en su famoso discurso sobre José María Heredia tuvo que referirse a Miranda,⁹⁹ a quien, en un sintético recuento, colocaba junto a O'Higgins, Páez, San Martín, Arboleda y Rocafuerte.¹⁰⁰ En su artículo sobre "Don Miguel Peña" tuvo que referirse a uno de esos momentos tristes de la vida del caudillo:

Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el vigor continental e inextinguible de las fuerzas que estaban en su mando, no cometió más falta que ésta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos; quebraron al fin el freno que de mal grado habían tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacían más que ofender a un grande hombre.¹⁰¹

Sin embargo, en un texto escrito en francés, traducido como "Un viaje a Venezuela", es donde encontramos el más definitivo enjuiciamiento martiano sobre Miranda:

(...) la Guaira, el puerto de mar de Caracas, donde el general Miranda, cuyo glorioso nombre está inscrito en el Arco de Triunfo de París y que sirvió valientemente a la revolución y peleó junto a Dumouriez, vivió mucho tiempo encarcelado como culpable de haber sido el predicador de la idea de independencia

⁹⁹ José Martí: "Heredia", discurso pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 30 de noviembre de 1889, *OC*, t. 5, 167.

¹⁰⁰ José Martí: Fragmento 271, *OC*, t. 22, p. 167.

¹⁰¹ José Martí: "Hispanoamericanos, Don Miguel Peña", *OC*, t. 8, p. 139.

de la América del Sur: fue realmente un gran hombre, serio y poderoso.¹⁰²

De Heredia a Martí es incuestionable que el pensamiento cubano no creció; no al margen del desarrollo continental, de ese “pequeño género humano” como lo llamara Bolívar y que Martí definiera como “Nuestra América”. No hemos sido, histórica y culturalmente, algo aparte sino integrados a un todo continental, que hoy sabemos, mejor que nunca, “ha echado a andar”.



Salvador Arias García (1935-2017).

Destacado investigador, profesor y ensayista. Laboró por más de veinte años en el Instituto de Literatura y Lingüística donde fue el responsable del tomo I de la Historia de la Literatura Cubana. Preparó diversas antologías con estudios preliminares, entre las que destacan las realizadas a José Jacinto Milanés y Alejo Carpentier. En España se divulgaron sus ediciones críticas a las novelas *Écue-Yamba-Ó* y *El recurso del método*. Desde 1994 formó parte del Centro de Estudios Martianos y dirigió el equipo de Literatura de esa institución. Hasta su muerte publicó valiosos libros de tema martiano como *Acerca de La Edad de Oro, José Martí y la música*, *Un proyecto martiano esencial: La Edad de Oro, Cartas a jóvenes de José Martí* y *Martí en Jorge Mañach*.

¹⁰² José Martí: “Un viaje a Venezuela”, OC, t. 19, p. 157.

José Martí y sus retratos histórico-literarios de José Antonio Páez

David Leyva González

Son recurrentes las menciones de José Antonio Páez en la escritura martiana. A él dedicó cuatro retratos o semblanzas históricas,¹⁰³ múltiples referencias en su prosa periodística y apuntes, incluso, un proyecto de poema épico que titularía: “Hazañas”, el cual dejó esbozado en nueve temas o imágenes bases a desarrollar.¹⁰⁴

Si asumimos que José Martí era un biógrafo que gustaba de establecer un vínculo personal con sus retratados, así como demostrar el valor social y humanista en las figuras que analizaba —es decir, lo útil y lo inacabado de ellas— habría que indagar inicialmente qué puntos éticos hacían de Páez un héroe atractivo a Martí, y qué imperfecciones hacían de él un personaje literario, y al mismo tiempo, por sus excesos, un hombre que constituía una alerta para la historia futura de América.

Entre Páez y Martí existen correspondencias como la idea del ejemplo para evitar la traición. Páez se arriesgaba y se sacrificaba a la par de su tropa por lo que la bestia que montaba y el hombre que guiaba no se atrevían apenas un minuto a dudar de su capacidad de mando. Su entrega al

¹⁰³ Las cuatro semblanzas son: “Páez”, *El Partido Liberal*, México, 26 de abril de 1888; “Páez. Un héroe americano”, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de mayo de 1888; “Páez”, *El Porvenir*, Nueva York, 11 de junio de 1890, y “Páez y un cubano”, *Patria*, Nueva York, 14 de julio de 1894.

¹⁰⁴ José Martí: “Hazaña”, *OC*, t. 22, p. 25-26.

combate era tal que Martí visualiza al héroe totalmente cegado por la lucha yendo detrás del enemigo “con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín”.¹⁰⁵

Pero toda esa ira que derrochaba en el combate era capaz de contenerla en el momento justo. Podía matar a decenas de hombres con su lanza, pero terminada la pelea defendía con su vida al español. No compartía, semejante a Martí, la humillación del adversario. Se narra de él, cuando todavía no era oficial de alta graduación, que se interpuso a un compañero de lucha que descabezaba a prisioneros indefensos. Y ya siendo él jefe legendario llegó a decir: “¡No: ni la más estricta obediencia militar (...) puede cambiar la espada del soldado en cuchilla del verdugo!”¹⁰⁶

Martí lo describe como en una cumbre cuando después de dieciséis años de lucha, no humilló, ni se vengó de sus adversarios en Puerto Cabello, ni colgó en jaulas ni clavó en picas las cabezas contrarias como ellos hicieron con los tenientes de Páez, “sino que le dio salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada”.¹⁰⁷

Otro aspecto que deslumbra a Martí de Páez es cómo agrupa para sí a todo hombre o mujer sin distinción de raza o procedencia social, semejante a lo que hiciera el Apóstol en el Partido Revolucionario Cubano. El primer hombre que acompañó a Páez como libertador fue un español, sus primeros soldados fueron cinco valientes del ejército realista, luego reclutó a indios; armó su primera compañía con llaneros que despreciaba el patriota García de Sena; mientras que con los prisioneros de otro jefe militar creó los llamados “Bravos de Páez”. Y con esa actitud flexible y ejemplarizante

¹⁰⁵ José Martí: “Un héroe americano”, *OC*, t. 8, p. 216.

¹⁰⁶ *Id.*

¹⁰⁷ José Martí: “Un héroe americano”, *ob. cit.*, p. 219.

el militar alcanzó un elevado grado de camaradería entre su tropa, la cual, según Martí “le adora” y “le para el caballo para pedirle lo que quiere”, y “le quita de las manos la lonja de carne que se lleva a la boca”¹⁰⁸

Un paralelismo más en la vida de estos hombres es la mezcla poco común de pasión y sabiduría. Según Martí, y es como si lo escribiera a sí mismo, Páez obedecía a su presentimiento, pero esto no indica que dejara las cosas al azar sino que prefería prever cada detalle del combate, por ello sus inusitadas estrategias tenían algo de sencillez profunda.

Martí admiraba sobremanera este juicio de Páez: “Como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas”.¹⁰⁹ Y aunque el propio Páez no pudo ser consecuente con esta frase, pues él mismo luchó posteriormente con otros sectores de poder venezolano por la presidencia del país, resulta curioso cómo Martí reitera la misma idea en los diferentes retratos que hizo del caudillo.

Páez es para nuestro continente una de las raíces del militar populista que padece la dañina inercia del mando absoluto, ese mando, que es tan efectivo en la campaña de lucha, se vuelve contra sí en la etapa civil de la nación. Por eso Martí habla de cómo erró pues “creyó que el brazo es lo mismo que la frente, vencer lo mismo que juzgar, pelear lo mismo que gobernar, ser caudillo de llaneros lo mismo que ser presidente de la república”.¹¹⁰ Idea similar había utilizado con Máximo Gómez en 1884 en la archiconocida frase: “Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento”.¹¹¹ En la propia semblanza, Martí aclara lo complejo

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 216.

¹⁰⁹ *Ibíd.*, p. 220.

¹¹⁰ *Ibíd.*, p. 213.

¹¹¹ José Martí: “Al General Máximo Gómez”, *OC*, t. 1, p. 177.

del espacio-tiempo del poder político que “exige las virtudes que más se quebrantan en la guerra”.¹¹²

Acaso estudiar a Páez no era una forma más de analizar a los generales que tendría que aglutinar Martí para la lucha de Cuba; cuánta semejanza en el valor, en el arranque y en la intransigencia del caudillo venezolano con Antonio Maceo; literariamente semejan héroes homéricos y bíblicos que sublima el Apóstol con presteza, pero que se distancia de ellos rápidamente cuando siente en sus actitudes el trasfondo del abuso de poder.

A la par de esto, la figura del héroe de Carabobo le permitía sistematizar a Martí sus ideas sobre el futuro expansionismo norteamericano. La reacción de Estados Unidos ante el intento de Páez de libertar a Cuba era prueba más del real interés que tenía el dominio estadounidense por las Antillas. Según narra el escritor, en *El Porvenir* de Nueva York, cubanos residentes en México y otros patriotas mexicanos sugirieron a Bolívar que, una parte del ejército ocioso, resultado de la guerra de dieciséis años con España, marchase a la isla del Caribe, en una expedición libertaria. Bolívar encomienda a Páez la misión y este se apresta a marchar con el batallón de Junín. Mas la respuesta del gobierno de Washington sobre este plan fue inmediata e hizo saber que “no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba”, unido a esto se produce una sublevación en Perú que provoca que el batallón de Junín parta a sofocarla, y el plan independentista quedara finalmente abortado.¹¹³

La figura de Páez se elevaba aún más a ojos de Martí pues conoció que, ya anciano el héroe venezolano, al escuchar que se iniciaba nuestra lucha independentista en 1868,

¹¹² José Martí: “Un héroe americano”, ob. cit., p. 222.

¹¹³ Ver José Martí: “Páez”, *El Partido Liberal*, OC, t. 8, p. 221.

tuvo el arranque quijotesco de buscar, en su exilio neoyorquino, caballo y lanza para dirigir nuevamente las tropas humildes contra el yugo español.¹¹⁴

De todos los libertadores de América posiblemente sea Páez uno de los más cercanos a Cuba en vida, aunque hoy no queden casi vestigios de su figura en nuestra urbanística o en nuestros programas de Historia de América. Sin embargo, el Apóstol se detiene a describir cómo había una corona de flores de los cubanos el día del cortejo fúnebre en Nueva York,¹¹⁵ y cómo hechos legendarios de Páez semejan proezas de nuestra propia historia de independencia. Por ejemplo: la manera en que los habitantes de San Fernando incendian la ciudad bajo las órdenes del caudillo para que Morillo no pudiera hacerse de esa plaza,¹¹⁶ semejan a nuestro incendio de Bayamo; o la comparación que hiciera Martí de las hazañas de Páez en las Queseras con las de Fidel Céspedes en Hatibonico, luego de que leyera los *Episodios de la Revolución* de Manuel de la Cruz.¹¹⁷

La relación del héroe venezolano con Cuba se hizo más directa después de que se lograra la independencia en el continente americano. Martí narra en sus apuntes —y luego en el breve retrato de *El Porvenir* de Nueva York— de cómo Páez se auxilió de un cubano, Don Domingo Ruiz, para entrevistarse con el ministro inglés que tramitaría su salida de Venezuela. Ocurría esto después de la derrota de Peta-re.¹¹⁸ El caudillo pretendía afianzar al partido conservador

¹¹⁴ Id.

¹¹⁵ Ver José Martí: “Un héroe americano”, ob. cit., p. 220.

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 218.

¹¹⁷ Ver José Martí: “Carta a Manuel de la Cruz”, *OC*, t. 5, p. 179.

¹¹⁸ Ver José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 18”. *OC.*, ob. cit., t. 21, p. 407

que él representaba y por primera vez sufre importantes derrotas ante el ejército del partido liberal comandado por José Cornelio Muñoz.¹¹⁹ Páez acepta la capitulación, y para evitar más derramamiento de sangre, decide no seguir forcejeando por el poder político del país; mas el vulgo juzga esto como una pérdida de honra y le castiga con la indiferencia, incluso la prensa liberal de Caracas lo satiriza llamándole el “Rey de los Araguatos”,¹²⁰ nombre este del lugar donde cayera ante Muñoz. Precisamente la anécdota que narra Martí es cómo el pueblo —en aquella noche en Caracas, antes de partir Páez al exilio— saludaba solamente al cubano Domingo Ruiz como si el legendario héroe no existiera.¹²¹

Ya en el exilio el caudillo tuvo como secretario de letras y como amigo personal al también cubano Luis Felipe Mantilla. En una carta a *La Nación* de Buenos Aires cuenta Martí que como mismo las memorias de Grant no fueron escritas por el general sino por el letrado militar Adam Budeau, las memorias del general Páez fueron recogidas oralmente y luego transcritas por el cubano Mantilla.¹²² Estableciendo así el paralelismo entre Páez y Grant como hombres de armas más que de letras.

Es curioso cómo estos generales, Grant y Páez, de existencias polémicas, que confundieron la gloria militar con el posible éxito político, que de alguna forma empañaron sus proezas de guerra con su actitud de hombres cívicos, estén entre los personajes más trabajados por Martí en sus

¹¹⁹ Páez. Apuntes biográficos http://es.wikipwdia.org/wiki/jos%20c3%A9_Antonio_P%20c3%A1ez

¹²⁰ Biografía mínima de Páez http://www.simon-bolivar.org/bolivar/japaez_biografia.html

¹²¹ Ver José Martí: “Páez y un cubano”, *OC*, t. 8, p. 254.

¹²² Ver José Martí: “Cartas de Martí”, *OC*, t. 10, p. 268.

biografías breves. Qué riqueza estética encontraba el Apóstol en la vida cambiante de estos hombres que mostraron el envés sublime y bajo de la condición humana, lo que de cierta forma los hacía más literarios y realistas.

Al analizar, en el periódico *Patria*, la obra del artista plástico cubano Juan J. Peoli, menciona el retrato que hiciera este de José Antonio Páez, el cual, por cierto, se exhibe hoy en la Galería Nacional de Washington y, al parecer, una copia del mismo se encontraba en la propia oficina de Martí. El criterio sobre Páez, en este escrito, es más generalizador y sugerente: “el más pujante y original acaso de los héroes de la independencia de América”.¹²³

Esta originalidad de Páez que destaca Martí es consustancial al valor estético de este personaje y a la imagen grotesca que proyecta su figura, pues, vista su existencia de manera global, se percibe en ella una confluencia de elementos contrapuestos, donde prima lo contradictorio y lo sorprendente. Tanto la descripción física, como el cuadro de sus acciones facilitan el estudio de Páez-personaje épico desde la perspectiva de lo grotesco.¹²⁴

Páez es el hombre que se inicia en la guerra luchando para el ejército español y termina la misma como caudillo patriota y como jefe militar que expulsa a España de Venezuela. Martí nos narra como el héroe pidió una noche que trajesen a un cura de un pueblo lejano para jurar ante él

¹²³ José Martí: “Juan J. Peoli”, *OC*, t. 5, p. 281.

¹²⁴ Asumo en este punto que la originalidad que observaba Martí en la figura de Páez está relacionada con su ambivalencia, con el contraste entre su fuerza militar y su caída como hombre al aferrarse al poder. Estos rasgos me facilitan un estudio desde la perspectiva de lo grotesco, un recurso estético que desde su acepción más profunda facilita un análisis de la imagen literaria que lleva en sí misma lo sublime y lo feo, lo alto y lo bajo, lo poético y lo prosaico.

fidelidad eterna a Bolívar,¹²⁵ sin embargo, él mismo es quien no reconoce después el mando de Bolívar, se titula presidente de Venezuela y pone por tierra la idea de la Gran Colombia. Páez estaba en contra de la lucha fratricida y veía como único objetivo de la guerra la salida del colonialismo español, mas tampoco pudo ser consecuente en este sentido, y llegó a pelear contra otros venezolanos por mantener su *status quo* en la presidencia. Aunque Martí resalta una y otra vez en sus retratos que no se desbocó en el error, incluso fue capaz de salirse de la tiranía de su propio yo y del poder que obtuvo con la lanza.

En las semblanzas históricas de Martí sobre Páez, sobre todo en las escritas para *El Partido Liberal* y para *La Nación*, se establece, en cierta manera, una estructuración grotesca, un movimiento narrativo que va de lo elevado hacia lo bajo provocando en el lector una impresión de claroscuro. De la visualidad de las pompas fúnebres del caudillo y de su imagen fina y marcial en el exilio se cae abruptamente a la pobreza de la niñez, al salvajismo de los esteros y la imagen del héroe semidesnudo andando con su tropa de hombres que rozan con la delincuencia, y poco a poco se van narrando insólitas proezas hasta finalmente retornar a la descripción sublimada del héroe, aunque en la misma línea final del retrato Martí equilibra lo alto y lo bajo a través de tres relampagueantes focalizaciones de personajes: “Suena el cañón, de minuto en minuto, Sherman baja los ojos, Sheridan echa delante la cabeza. Resuena al caer el ataúd en la lancha. Lloro en el muelle un negro colombiano”.¹²⁶

¹²⁵ José Martí: “Un héroe americano”, ob. cit., p. 219.

¹²⁶ José Martí: “Páez”, *El Partido Liberal*, ob. cit. En otras narraciones de Martí aparece igualmente estas imágenes contrastantes que tensan lo alto y lo bajo de manera grotesca. Por ejemplo en su Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos, Martí describe como en el momento en que se leía la sentencia de muerte a Pilar Masabó en un consejo de

En relación a la descripción física, la figura de Páez aparece reiteradamente asociado a su bestia, incluso al héroe en su tiempo se le llamó centauro,¹²⁷ que es una típica imagen grotesca de la cultura grecolatina.¹²⁸ Páez desde joven, como peón de hato, amaestraba caballos salvajes, era capaz de cabalgar a lomo pelado y usar las crines como riendas, incluso Martí dice que gustaba de sentarse “en un cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán”.¹²⁹ Ya en la guerra actuaba con sus enemigos como si estuviera en un amplio rodeo de hombres.¹³⁰ Su complementación y dependencia con el caballo era tal que en el combate de la Mata de la Miel al caer moribundo el suyo exclamó: “¡A vengar a mi caballo!” y volvió según narra Martí con una manada de potros españoles sin jinetes.¹³¹

Por momentos, el héroe toma rasgos femeninos, pues Martí dice que lloraba visiblemente, mientras el combate

guerra, hay un hombre no lejos de ahí que pela una caña. Ver José Martí: *OC*, t. 19, p. 228.

¹²⁷ (...) venimos de esa tierra en que nació el intrépido centauro, el hombre de la casaca roja: de ancho corazón, de mirada centelleante, que murió entre nosotros hace algunos años, José Antonio Páez. Ver José Martí: “Un *voyage* a Venezuela”, *OC*, t. 19, p. 155.

¹²⁸ Aunque el término “grotesco” surge en la segunda mitad del siglo XV y es nombre de un tipo de ornamentación, pronto pasó a ser un adjetivo estético y se considera que la imagen grotesca está presente en la mitología y el arte arcaico de todos los pueblos, incluso en el arte preclásico de los griegos y los romanos. Por tanto los centauros por su mixtura de hombre y bestia entran perfectamente en la imagería de lo grotesco.

¹²⁹ José Martí: “Un héroe americano”, *ob. cit.*, p. 214.

¹³⁰ (...) allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales, Id.

¹³¹ Ver José Martí: “Un héroe americano”, *ob. cit.*, p. 219.

era más recio,¹³² aunque sus lágrimas, al parecer, eran a causa de la propia ira desatada; a ojos de Martí, los bigotes de Páez adquirirían forma de alacranes y su nariz olía a guerra, el resto del retrato es más naturalista que grotesco pues escribe el cubano que los ojos eran “muy anchos y apartados, y el pelo hosco y rizado”.¹³³

Por otro lado, utiliza en la semblanza del caudillo a un personaje de mujer con ímpetu de hombre, es decir, una esposa que se impone a su marido como ser social, mostrándose con valor y seguridad demoledora, especie de salvaguarda de la honra de su pareja. Tal es el caso de la Olmedilla que le dice a su marido, oficial de Páez: “Prefiero verte revolver en tu sangre antes que humillado y prisionero”.¹³⁴

Estas mujeres que en las guerras de nuestro continente agitan la honra de los hombres cercanos a ellas y lo lanzan a la lucha o le demuestran que pueden acompañarlos son recurrentes en la obra martiana. Cuando Martí habla de Ercilla, por ejemplo, pone a un mismo nivel a Caupolicán y a Glaura,¹³⁵ aunque también está el caso de Fresia quien no reconoce a su esposo y le llama “mujercita” cuando el héroe araucano es obligado por los españoles a sentarse sobre una estaca de madera. Sublimación similar da Martí a la madre de Calixto García quien no acepta saber que su hijo

¹³² Con la cabeza descubierta de respeto, con el alma movida de horror, con el corazón quemado de la vergüenza, con lágrimas en los ojos como las que lloraba el llanero Páez al arremeter, es como puede, y no de otro modo, poner el pie un cubano en el camino de la Chorrera, en José Martí: “Un español”, *OC*, t. 4, p. 390.

¹³³ José Martí: “Conversación con un hombre de la guerra”, *OC*, t. 4, p. 459.

¹³⁴ José Martí: “Un héroe americano”, *ob. cit.*, p. 213.

¹³⁵ (...) generoso Ercilla, que nos tiene obligados y atónitos con la grandeza de su Caupolicán y de su Glaura. José Martí: “El Centenario de Calderón”, *OC*, t. 15, p. 125.

cayó preso hasta que le dicen que antes de ser capturado se disparó en la cabeza. Lo mismo podríamos decir de Mariana Grajales, tan admirada por Martí o de mujeres bien humildes que topara o conociera de oídas el Apóstol en los campamentos mambises al llegar a Cuba como el caso de Rosa Moreno que ya envejecida para la guerra de 1895 mandó a su hijo único de dieciséis años diciéndole “allá murió tu padre: ya yo no puedo ir: tú ve”.¹³⁶

De vuelta al retrato de Páez, se puede observar cómo aparece, además, en estas semblanzas históricas de Martí sobre el héroe venezolano, lo demoníaco o diablesco que es intrínseco a la imagen grotesca. El personaje del diablo fluctúa entre el tono de rebajamiento, cercano al humor, como los diablos que guían maliciosamente a Virgilio y a Dante en los cantos 20 y 21 del *Infierno*, los que conociera Epistemón, el personaje de Rabelais, al narrar su viaje a ultratumba o los que describe Quevedo en sus *Sueños*. En otras ocasiones el personaje diablesco se carga de tenebrismo e inteligencia como el Satán de Milton en *El Paraíso Perdido* o el Mefistófeles de Goethe. Con esa mezcla de tenebrismo y humor aparece Páez convertido en diablo en el retrato martiano. Era el momento en que el héroe venezolano cambiaba del ejército realista al patriótico. Había agrupado una pequeña tropa de veinte hombres que fueron muriendo hasta quedar él solo. Luego le quitan la espada, lo cargan de grillos, pero a través de un ardid convence al cerbero para que lo libere. Sale del pueblo, busca caballo y lanza, y aprovechando la oscuridad, retorna al pueblo y ante la pregunta del guardia de ¿quién vive? El contesta ¡El demonio! Y da voces y órdenes como si mandara una tropa de hombres, a puro miedo se hace de la posta de guardia y luego aterroriza al propio alcalde que dormía, y para terminar su

¹³⁶ José Martí: “Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos”, *OC*, t. 19, p. 243.

diablura libera a ciento quince presos y abre otra cárcel llena de mujeres como para festejar su aventura.¹³⁷

En esa vida semisalvaje de Páez en los esteros irrumpe el grotesco de forma imprevista, pues no solo se lucha con el enemigo español sino con la propia naturaleza de pantano y selva. Martí describe un cuadro como de Ugolino americano, de un padre e hijo vencidos por la maleza; semejante a los motivos de la futura narrativa latinoamericana, piénsese en *La vorágine*, *Las Cartas de la selva* o *Los pasos perdidos*. Y describe Martí: “Al salir a un yagual, descubren a un hombre acuclillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en la tierra: tiene a sus pies, mondados, los huesos de su propio hijo”.¹³⁸

Los españoles, a manera de escarmiento, se cebaban con los cuerpos de los patriotas capturados, pero en medio del naturalismo cruel Martí equilibra grotescamente sus imágenes al encontrar lo bello y simbólico en las carnes torturadas de los hombres de Páez: “De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula o clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite: un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido”.¹³⁹

La locura, por su carácter irracional, es otro de los motivos eminentemente grotescos que Martí utiliza en la caracterización del caudillo. El cubano Domingo Ruiz, antes referido, que conociera personalmente al general, le cuenta

¹³⁷ Ver José Martí: “Un héroe americano”, ob. cit., p. 215.

¹³⁸ José Martí: “Un héroe americano”, ob. cit., p. 217.

¹³⁹ Id. La segunda estrofa del poema “Dos Milagros” guarda cierta similitud con esta imagen que va de la crudeza naturalista a la belleza simbólica: “Por tierra, en un estero, / Estaba un sicomoro; / Le da un rayo de sol, y del madero / Muerto, sale volando un ave de oro”. José Martí: “Dos Milagros”, OC, t. 18, p. 309.

al Apóstol cómo Páez “era un hombre de arranques”,¹⁴⁰ y un tanto basado en esto, Martí relata una serie de comportamientos del jefe militar que rozan con la locura, por lo improviso e irracional de sus decisiones y que paradójicamente le dieron gran éxito como jefe de hombres.

Ejemplo de ello es la manera en que se hizo del servicio de los indios venezolanos para la independencia de la nación. Eran considerados los indios malos soldados pues todavía en el siglo xix se asustaban por el sonido de la fusilería y mucho más por el de artillería. Sin embargo Páez, en especial a los indios de Canabiche, les da de tomar aguardiente antes del combate, los impresiona con palabras, y éstos, transfigurados, se cortaban la lengua con sus flechas para no gritar de miedo y morían abrazados al cañón sin abandonar el puesto de combate.¹⁴¹

Cuando tenían que moverse de noche por los esteros, Páez ordenaba a sus hombres que gritasen desenfrenadamente para ahuyentar a los caimanes y, según Martí, en ocasiones andaba Páez hasta tres días con las carnes muertas de su tropa para que los buitres no delatasen al enemigo el número de sus bajas ni el sitio de sus campamentos pues muchos hombres morían de la propia extenuación y hambre de la marcha.

Sus arranques locos lo llevaron a ser un gran estratega de la nocturnidad como cuando supo que el jefe español Morillo lo había rodeado para aniquilarlo. Páez, con el favor de la noche cerrada, ató cueros secos a la cola de cuatro caballos. Cuenta Martí que empezó a soltar un tiroteo enorme al aire y soltó a los caballos sin jinetes contra el

¹⁴⁰ José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 18”, OC, t. 21, p. 407.

¹⁴¹ Ver José Martí: “Un héroe americano”, ob. cit., pp. 216-218. En el texto que se extiende desde este párrafo hasta el de la nota 145 el autor hace varias referencias a la obra citada.

campo español, que “presos del pánico” escaparon con sus tiendas.

Otra noche los españoles lograron dar con ellos y Páez ordenó a sus hombres que se desnudaran y entraran a la ciénaga, era preferible morir a manos de un caimán que de un español. El enemigo siguió a Páez y a sus hombres con barcas, pero su tropa desnuda tomó las barcas y ganó el combate nocturno.

Martí repite esa imagen del guerrero desnudo, cuando cuenta que en 1818 el caudillo pretendía vadear el Apure y tomar las cañoneras españolas de Caplé, horas antes había visto a Bolívar por primera vez. El héroe ordena a sus hombres que se desnuden y entren al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca. Martí logra en la narración de este episodio una síntesis poética sorprendente y dice “nadan con una mano, y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, ¡de la cubierta a la gloria!”

Pero esos arranques locos de Páez a veces rozaban con lo terrible y en el combate de la Mata de la Miel gritó: “¡al que no me traiga un muerto, lo paso por las armas!”. Y narra Martí que cuando veía Páez que el viento golpeaba a la espalda del enemigo era capaz el caudillo de incendiar la sabana, “y en medio del fuego espantoso, —dice Martí— entre columnas de humo y lenguas de llamas”, cargar catorce veces la caballería para rematar al adversario.

Martí, en sus semblanzas históricas, le da a Páez connotaciones homéricas. Detalla hiperbólicamente su fuerza en el combate cuerpo contra cuerpo como cualquier héroe de *La Ilíada*, además de otras destrezas físicas que ilustra pintorescamente. Era el caudillo capaz de desmontar a treinta jinetes en un encuentro, clavar de un saetazo al puerco montés, domar un potro de solo mirarlo fijo, volcar un toro de un tirón de cola. En el combate de las Queseras con ciento

cincuenta hombres hirió a seis mil, al extremo que al terminar “se le había embotado al asta el filo”. Lo hiperbólico hace que Páez, en este mismo combate de las Queseras, tome rasgos de Josué, el lugarteniente hebreo que conquistara la Tierra Prometida,¹⁴² que en este caso es Nuestra América, al hacer que el sol parara su curso para terminar con la muerte y derrota total de su adversario.¹⁴³ Es Páez, además, una especie de guerreo medieval, la lanza y el caballo son como prolongaciones de su cuerpo y Martí expone más de una vez como su combate era contra el hombre armado, no contra el desarmado, dándole cierta ética de novela de caballería.¹⁴⁴ Pero al mismo tiempo, y esto es lo que le da una connotación de realismo grotesco¹⁴⁵ a las

¹⁴² Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón; Y tú, luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo y la luna se paró, Hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está escrito esto en el libro de Jaser? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero. (Libro de Josué, capítulo 10, versículos 12 y 13, Santa Biblia, Reina-Valera 1960).

¹⁴³ (...) y con poco más de cien, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, ¡clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza!, *OC*, t. 8, p. 214.

¹⁴⁴ (...) el no humillará jamás a un bravo, ni se ensañará contra el vencido, *OC*, t. 8, p. 216.

¹⁴⁵ A pesar que lo grotesco implica muchas veces un imposible, una exageración extrema que frisa a veces en lo monstruoso, presenta, sin embargo, una vinculación directa con lo real, de hecho, el autor grotesco hiperboliza a grado extremo aspectos de la realidad para hacerlos más visibles al receptor y así su crítica, sátira, alabanza o análisis alcanzan mayor fuerza expresiva. La categoría de realismo grotesco fue enunciada por Mijaíl Bajtín. Ver: *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. en el contexto de François Rabelais*, pp. 23-24 (tercera reimpresión), Alianza Editorial, Madrid, 1990.

semblanzas históricas del caudillo, Martí describe a un Páez lleno de errores humanos, fruto del siempre pernicioso exceso de poder, y que vivió la más absoluta miseria en los esteros de Venezuela, disputándose con la lanza el cuero de la bestia que acababa de morir para poder vestirse, un Páez que llegó a estar descalzo, maltratado de vestido con “calzas de bayeta roídas hasta media pierna” y que lo convierte a la par de personaje histórico, en un excelente personaje literario para el lector americano.



David Leyva González (Cienfuegos, 1981).

Investigador auxiliar del Centro de Estudios Martianos y coordinador académico del *Anuario* del propio centro desde el 2015. Jefe del Departamento de Literatura, a partir de marzo de 2017. Premio internacional de ensayo de la revista *Temas* (2009). Premio de ensayo Alejo Carpentier (2010). Ha recibido en dos ocasiones el Premio de la Crítica Literaria (2010 y 2016). Ha publicado los libros *Virgilio Piñera o la libertad de lo grotesco* (2010 y 2011); *La sinuosa imagen grotesca en José Martí* (2014); *Notas de un poeta al pie de los cuadros* (2016) y *José Martí, los tiranos y seis novelas terribles* (2018). Realizó la selección, prólogo y notas de la *Órbita de Virgilio Piñera* (2011). Correo: davidley2@nauta.cu

Las imágenes de la naturaleza y el valor dignidad en el relato “Tres héroes”¹⁴⁶

Yisel Bernárdez Martínez

*El corazón se llena de ternura al pensar
en esos gigantescos fundadores.¹⁴⁷*

La idea platónica de que lo bello es difícil de alcanzar y de su fuerza indirecta para moralizar mediante las imágenes, se encuentra presente en el universo de *La Edad de Oro*.

El imaginario poético martiano facilita la formulación de un sistema de valores expresados con la originalidad proveniente de lo más hondo del espíritu, lo cual implica la creación de una manera de nombrar especialmente significativa que logra inventar una realidad donde el lenguaje cotidiano suele ser obstáculo que impide llegar a lo que se intuye antes de la palabra.

En la escritura de Martí, los tres héroes de la emancipación americana Bolívar, Hidalgo y San Martín son contruidos como símbolos de la dignidad humana, y manifiestan una armonía entre la frescura del aire americano y su afán heroico. La imaginación martiana invoca la

¹⁴⁶ Ver, especialmente, *Acerca de La Edad de Oro*, selección y prólogo de Salvador Arias, CEM, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1989. Ese material contiene numerosos trabajos investigativos que posibilitan un estudio integral de los textos de *La Edad de Oro*.

¹⁴⁷ José Martí: *La Edad de Oro*, p. 22, CEM, La Habana, 2004.

heroicidad pasada como expresión de permanente beldad y aspiración gloriosa.

La prevalencia de esa ensoñación épica donde se aprecia la lucha homérica de tres hombres que alzan la América sobre sus hombros, se contrapone con las imágenes cotidianas de la existencia que predominan en otros relatos y cuentos de *La Edad de Oro* donde, por ejemplo, las imágenes de la muñeca negra de Piedad, la estrella azul adonde quiere ir Nené cuando muera, el caballo y el sable de Bebé,¹⁴⁸ connotan valores que se ofrecen mediante el juego, la alegría, la risa del niño, expresados con una poesía, encarnada en la vida con su luz verdadera, para reflejar la rutina íntima de lo humano con la mirada infantil y la fantasía de la verdad, pero donde la acción heroica no hace su aparición como destino crucial con imágenes de irrupción que expresan categóricamente su concepción del hombre y, simultáneamente, el fenómeno histórico americano con un espíritu más ígneo y radical.

En ese relato las imágenes de la llama del Perú, el elefante, la luz, el caballo y el águila se cargan de valor y se humanizan para mostrarnos el carácter legítimo que le aporta la naturaleza a ciertas acciones instintivas, lo cual pudiera demostrar que hay actitudes naturales que superan la dignidad impuesta desde lo racional.

Así, el crecimiento espiritual de los héroes desde raíces libertarias sólidas, se ofrece a través de símbolos de la naturaleza. La imagen dolorosa de la llama que "...se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le

¹⁴⁸ En *La Edad de Oro* hay cuentos martianos que revelan valores trascendentales para la formación de la conducta humana, desde imágenes diarias de la vida, que a simple vista pudieran parecer superficiales, pero que dentro de la existencia superan, mediante la experiencia cotidiana, esa mera realidad física para llegar a otra realidad superior, la del espíritu.

pone más carga de la que puede soportar",¹⁴⁹ plantea un es-
toicismo trágico y definitorio para revelarnos con su muerte
las analogías entre vida-dignidad-libertad-justicia, nacidas
de las fuerzas internas y trascendentes de la naturaleza.



¹⁴⁹ José Martí: *La Edad de Oro*, ob. cit., p. 16.

La actitud del elefante que "...no quiere tener hijos cuando vive preso...";¹⁵⁰ manifiesta que solo se es justo en la medida en que se haga lo que impone el deber, aunque para ello se llegue por la vía del dolor. Actitud evidenciada a través de los valores legítimos que impone la naturaleza, relacionados con la intimidad y recogimiento del ser que prefiere inmolarse en pos de cierta redención, fundada en la convicción y en el sentimiento, en el anhelo de una trascendencia ética pero que anhela la eternidad y rechaza la supervivencia meramente utilitaria, a la cual se apegan los seres que eligen solo la temporalidad.

Estas dos imágenes de libertad reflejan la creencia martiana de que por el arte se penetra al aliento de la vida misma como esencia que salva gradualmente lo positivo y puede llegar hasta lo maravilloso, mediante una consecución de acciones que van llevando hacia una raíz de libertad. El gesto natural de estos animales contiene ya destellos de lo humano y en esa medida apuntan hacia lo artístico y hacia el bien en la escala de los seres hacia la perfección, tema recurrente en el texto martiano.¹⁵¹

La llama y el elefante se rebelan y hacen desaparecer la realidad física impuesta para dar lugar a la heroicidad que brota desde la fortaleza que posee el influjo de la vida íntima y rompe los cercos de la vida externa, de ahí que la libertad como fuerza interna en la llama y el elefante propician una acción exterior violenta hacia sí mismos, en la cual late una actitud de progreso no lineal, pero implícita en una negación rotunda hacia la fijación de una vida estancada que un destino histórico trata de imponer, pero escamoteado, al exaltar con la acción libertadora, los valores

¹⁵⁰ Id.

¹⁵¹ Ver Fryda Schultz de Mantovani: "La Edad de Oro de José Martí", en *Acerca de la Edad de Oro*, ob. cit., p. 107.

de la vida como resorte digno de la existencia en momentos definitorios.

Sin embargo, las analogías que unen a la llama y al elefante en su afán de libertad, no impiden apreciar que las vías de liberación asumidas, mantienen cierta diversidad, que responden a su naturaleza intrínseca. La aparente fragilidad de la llama, pues su virtud fundamental se concentra en su fuerza interna, nos conmueve y hechiza, mostrándonos el poder esencialmente ambiguo y raro de la naturaleza que puede alertar o enseñarnos lo esencial de la existencia de maneras diversas. Así, puede sentirse el acto de la llama como una imagen permeada de silencio y desinterés, o sea, vivir dignamente emerge como un concepto esencial que te distancia de todo lo demás, e incluso, si es preciso, de la propia vida. Esa visión muda, pero con una fuerte intención comunicativa, “de echarse en la tierra y morir”, contiene el dramatismo ante la imposibilidad de soportar la rudeza o el exceso de carga que le impone el indio cuando hace uso del poder, pues se ve, a través de esa imagen sintética y a la vez angustiada y desgarrada, la palidez y el silencio de la muerte que ejerce una función espiritual que la autolibera de la opresión.

Sin embargo, el acto de rebelarse sucede con matices diferentes en el elefante, pues se manifiesta, aparentemente, menos radical, porque él no desaparece, sino que niega la continuidad que garantiza cualquier proyección futura como otra forma de morir, esa actitud de “no querer tener hijos cuando vive preso” plantea una mayor resistencia moral en el tiempo, avalada por la solidez y fuerza física que posee el elefante en su aspecto externo. Late una represalia implícita, paciente en ese acto, debido a que el elefante es cuerpo también para satisfacer el deseo y promesa de fecundidad, su solidez y fuerza biológica lo liga a la tierra, pero se rebela al no emplear estas fuerzas e impone a su destino una

condición efímera, limitada, al no garantizar su descendencia. De pronto sentimos que se entabla una batalla épica que transita desde lo íntimo con esa determinación estoica, hasta la realidad física impuesta a la cual no se le quiere entregar fuentes de vida de donde emanen la germinación, el crecer, haciendo prevalecer la justicia del ser.

De esa manera, en el relato se expresa la idea martiana de un orden donde priman los vínculos entre naturaleza, historia y espíritu. Así, como las imágenes de la naturaleza, encarnadas en la llama del Perú y en el elefante con su fuerza, logran trasladarnos a los estremecimientos originales del alma, también la luz alcanza elevadas dimensiones simbólicas. La luz y su fuente, el sol, representan imágenes morales, asociadas con libertad y tierra redimida.¹⁵²

Cuando Martí establece una relación de equivalencia entre la cantidad de decoro y la proporción de luz que debe existir en el mundo, se siente el dinamismo interior que siempre lo acompañó y le hizo concebir el acto de emanar luz como actividad donde se vislumbran haces de esperanza que trascienden lo mundano y resuelve un equilibrio como forma de justicia suprema, encauzada por el sacrificio inmolador que conlleva a un tipo de dignidad histórica, reflejada en los hombres que tienen en sí el decoro de muchos hombres.

La luz se nos muestra como imagen terrenal y, a la vez, como destino de los tres héroes que “con la cólera privada de la razón” se rebelan contra el sometimiento que imponen otros hombres a la vida, para asumir el compromiso con la historia, cuyo contenido de dolor y deber los obligará

¹⁵² Iván A. Schulman, en su libro *Símbolo y color en la obra de José Martí*, realiza un minucioso análisis sobre la significación de la luz y el sol como símbolos esenciales de la obra martiana. También aborda los posibles significados de las imágenes del caballo y el águila, los cuales han sido analizados inicialmente en esta ponencia.

a transitar por un camino permeado de complejidades y en consonancia fiel, por lo tanto, con una realidad física y espiritual contradictoria, pero que llevará a un encuentro con el espíritu de la sinceridad que añora la libertad, no como mera circunstancia histórica, sino apreciada como realidad esencial del universo.

El héroe, al encarnar con sentido profético la existencia, y contener en sí esa energía solar que le aporta cierta originalidad compuesta por un mundo de visiones que surgen en medio de la realidad encerrada en su presente, representa los valores sagrados del mundo, mientras que a su vez, su luz, valorada por otros hombres de sobrenatural lo conduce a la soledad interior que arde en su propio fuego.

Sin embargo, esa luz, ya sea expresada a través de imágenes como el sol, el cielo, el fuego, el volcán y la lava, en dependencia de matices personales, entraña una concepción positiva y optimista de la vida, inspirada por la decisión heroica de consagrarse al perfeccionamiento y a la exaltación del género humano.

En el relato se aprecia cómo la posesión por el héroe de sus valores legítimos en el apogeo de las fuerzas y tensiones del mundo y de él mismo, termina colocándolo por siempre en la línea divisoria de la experiencia meramente cotidiana y lo trascendente; solo el anhelo de ir hacia delante en complicidad y lealtad con el futuro, y el desespere desenfrenado de inspiración, liberan al héroe de las presiones temporales y lo redimen históricamente de sus errores, marcados estos, en ocasiones con insistencia perturbadora, por los hombres más comunes que ignoran el valor de la acción levantada y heroica que lo abalanza hacia su destino.

En el desbordamiento intrínseco por ser, en la formación del sí mismo como un constante experimento que se renueva sin fin, en una marcha obsesiva hacia delante,

hallamos las manchas del sol que impiden la rectitud de “la perfección”, exigida, en ocasiones, por “los desagradecidos” debido a la incapacidad de comprender los símbolos de luz que solo brinda la naturaleza en la plenitud de su creación, pero no despojados totalmente del hálito mundanal, sino atrapados por momentos, en la inmediatez cotidiana e íntima de lo humano que puede expresarse en los instintos pasionales y en las miserias más desoladoras que habitan en los hombres, para así evidenciarnos que la luz, en su significado espiritual, mantiene a la sombra como el contrario a vencer eternamente.

La constelación de símbolos que denotan la majestuosidad y altura moral de los tres héroes, pone como centro ético la lucha entre el decoro esencial, evidenciado en las leyes de la luz, porque el poeta les atribuye como resorte espiritual a la dignidad humana, y la sordidez como todo lo pegado al suelo, en vuelo detenido opuesto a los impulsos vitales y redencionistas de la humanidad.

Martí, al definir y alabar con imágenes extraídas de la naturaleza a tres héroes que conforman su mundo moral,¹⁵³ parece devolver simbólicamente a la América su libertad y su fuerza naciente, percibida en una turbulencia de energías que hierven y solo encuentran desahogo en la acción. De ahí que al hablar de cada uno de los guerreros, creemos oír galopar a los caballos conducidos por los jinetes libertadores. Al decir Martí de Bolívar que “(..) Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo”,¹⁵⁴

¹⁵³ Ver Fina García Marruz: “La Edad de Oro”, en Cintio Vitier y Fina García Marruz: *Temas martianos I*, Biblioteca Nacional José Martí, Colección Cubana, La Habana, 1969. También Cintio Vitier en varios de sus escritos realiza estudios sobre los hombres que conforman el mundo moral de Martí.

¹⁵⁴ José Martí: *La Edad de Oro*, ob. cit., p. 17.

recarga la imagen con la urgencia de la acción que entraña el ideal heroico, inspirado en cumplir con un compromiso de justicia social que apunta hacia un destino histórico.

Esa imagen sintética revela de súbito aspectos de la personalidad de Bolívar; invocadora de la idea de la libertad, expresada unas veces mediante acciones que penetran en el fondo de lo ígneo, volcánico y hasta abrupto, sin renunciar a la espontaneidad que impone con su estilo una huella de fragancia y novedad americana, construyendo poéticamente su singularidad de luchador.

La presencia del caballo en el relato como símbolo martiano, sin despojarlo totalmente de su significado primigenio de irrupción desenfrenada, desbocada, que parece absorber la vida ofrecida en una imagen de acción inmediata que proyecta la esencia de la personalidad de Bolívar; también posee matices que eliminan cualquier vestigio de linealidad. La idea anterior equivale a que se sienta de manera diferente, el acto de montar a caballo del cura Hidalgo "(...) El cura montó a caballo con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón..."¹⁵⁵ pues en él Martí coloca una aureola que colma el heroísmo en su contenido físico y espiritual y acepta el sacrificio como martirio redentor. Obsérvese que al hablar de ese héroe las imágenes se dulcifican y adquieren un tono más íntimo.

De ahí que cuando se refiere al sacerdote mexicano, aparezca con mayor énfasis la imagen del héroe compasivo, capaz de fundir lo racional con el demonio interior que lo empuja a la persecución infatigable de un ideal, estableciendo así analogías necesarias entre la armonía y la libertad, y de esa manera crea Martí, un tipo de dignidad, de matices místicos ajustada al libertador sacerdote. Al sentarse

¹⁵⁵ *Ibíd.*, p. 19.

junto a los indios "...como un hermano viejo y enseñarles las artes finas...";¹⁵⁶ se aprecia la formación moral mediante la utilidad y la belleza, encarnada en lo poético de la vida.

Dentro de la imagen del caballo se incluye el símbolo de la espuela, como el impulso que alza, aunque hiere o causa dolor de momento, idea arrebatada que enaltece, que nos trae juntos, en su paralelismo, el cuadro pictórico de Bolívar e Hidalgo en sus rasgos comunes, y las riendas o el freno como imagen moral que nos presenta la razón como vía de ordenamiento, adquirida mediante la educación y la dignificación del hombre, especialmente la del indio. Cuando el cura Hidalgo "...avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla los recibiría en su casa como amigos";¹⁵⁷ hacía prevalecer la profundidad contenida en la relación entre el heroísmo y la moderación en medio de la dinámica más violenta y donde la intensidad del sacrificio aumenta, lo cual aporta matices diferentes con respecto a Bolívar, evidenciando la riqueza individual de estos dos grandes hombres.

Sin embargo, Martí dice de San Martín que "...su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire";¹⁵⁸ para expresar una imagen donde resplandecen las aptitudes del héroe y con esa fuerza emancipadora subyace una negación a aceptar las amarras españolas. De esa manera, el caballo emerge como fuerte alusión a la libertad, como el animal que hay que desembridar, y "...al levantar un escuadrón de caballería...";¹⁵⁹ se siente el tropel como

¹⁵⁶ Id.

¹⁵⁷ José Martí: *La Edad de Oro*, ob. cit., p. 20.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 21.

¹⁵⁹ Id.

imagen concentrada de la realidad, y a la vez trascendente y anunciadora de otra realidad superior para la América.

Por otra parte, debemos observar los aspectos que distinguen al héroe argentino, “(..) Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila”.¹⁶⁰ Al asociarlo con el acero y resumir su savia de carácter en la mirada de águila que poseía y que nadie desobedecía, se perciben la autoridad donde subyace la proeza histórica, marcada por un profundo acento de bondad y limpieza moral, pero sin olvidar que hasta lo grande necesita, en ocasiones, de un filo cortante que suele desgarrar para imponer lo esencial. De esta manera, hasta el camino de la justicia se encuentra plagado de durezas y laceraciones que necesitan vencerse, sobre todo cuando se habla de conquistar una justicia histórica, de brote universal.

La mirada del guerrero, de “veedor sutil”, que ha sido capaz de ver e imaginar con tanta precisión las circunstancias, los acontecimientos y los hombres en su accionar, se nos antoja vidente, sintetizadora, de raptó súbito que logra vencer en la batalla diaria a las fuerzas hostiles. La mirada de águila en este contexto, implica ver, desde las mayores alturas largamente, sin perder el carácter hondo y penetrante que hace al héroe alzarse, actuar e imponerse en medio del torbellino de pasiones y de la indignación que continuamente sacude y aprisiona a los grandes hombres. Así, la resistencia tenaz, contenida y hermética de San Martín propició que “...donde estaba siguió siendo libre la América”.¹⁶¹

Esa imagen visionaria obedece a un sentido de idealismo y perfección como una fuerza inspiradora vinculada al

¹⁶⁰ Id.

¹⁶¹ Id.

futuro, yendo a lo esencial con temple anímico, casi imperterbable, poderosa en ese contrapunto de naturalidad y misterio, fuerza y altura para ofrecer una realidad espiritual, que la dignidad del visionario puede rozar con cierta soberbia, paralela con la nobleza moral que encarna todo lo alto. Así, la mirada de águila del libertador del Sur, es apreciada como signo luminoso que divisa la belleza, el bien y el sacrificio en las más desoladoras batallas, sin dejar de avizorar los peligros que se ciernen con el triunfo.

Ese símbolo combina el carácter ideal y etéreo con el dinamismo que le acompaña. La mirada del guerrero argentino contiene el anhelo de ir hacia las esferas celestiales, pero siente que debe velar para que el peso de la humanidad no aplaste sus aspiraciones y padezca de un idealismo malgastado. La combinación del acero con el águila obedece a cierto hermetismo que le sirve como defensa e impone su vigor y solidez, que proyecta para proteger y extender su naturaleza ideal y ascendente, mediante el pensamiento y el raciocinio, como el contenido implícito de esa imagen, inspiradora en la búsqueda de la perfección con orgullosa nobleza.

Como puede apreciarse, las representaciones empleadas por el escritor permiten diferenciar la personalidad de cada héroe para no perder la riqueza de la individualidad; los ojos, la palabra, y una actitud esencial que los define, es como entrega Martí la visión física y moral con rapidez y vigor admirables,¹⁶² para revelar auténticamente que las ansias de libertad y redención, los une definitivamente en la historia, más allá de lo interesante de sus diferencias.

¹⁶² Salvador Arias: "Martí como escritor para niños", en *Acerca de la Edad de Oro*, ob. cit., p. 268.

Bolívar, Hidalgo y San Martín se mueven plásticamente en la narración histórica como símbolos de la dignidad americana, acompañados de imágenes, también pictóricas, de un fondo americano de indios y cordilleras, héroes desconocidos en acción por una causa justa, escenario sobre el cual actúan los tres héroes que lucharon y padecieron por legar una patria americana libre que aprendiera a enarbolar su propia verdad. El tema heroico de la gesta americana incluido en una revista escrita para niños, pudiera parecer excesivo, sino tuviera contenido esa sustancia dulce y fuerte que emana de los clásicos y sobre todo de la influencia homérica que lega el arte de construir imágenes para dar a conocer los nombres y acontecimientos, penetrando en los hombres y su destino.

Esa elocuencia de símbolos empleados en el relato muestra la dignidad como fuerza enaltecadora de las tradiciones espirituales que constituyen, en la escala de valores humanos, núcleo creador para las raíces libertadoras de los héroes de la América, además de expresar en su contenido imágenes de plenitud, que por su naturaleza, se oponen a los hombres incapaces de izar ideales redencionistas.

Las imágenes utilizadas por Martí destacan las ideas de libertad y dignidad, específicamente en tres de sus aspectos: la del ser humano, la de los pueblos y la del pensamiento.¹⁶³

La lección moral mostrada, desde el inicio del relato, mediante las actitudes instintivas que asumen ciertos animales cuando se les intenta anular su libertad, y luego, las semblanzas de Bolívar, Hidalgo y San Martín, cargadas de luz solar, con sus variaciones que incitan a respetar

¹⁶³ Mirta Aguirre: "José Martí: La Edad de Oro", *Cuba Socialista*, tercera época, (20): pp. 123-129, La Habana, abril de 1963.

características propias, pues aparecen ante el lector, diversos como seres individuales, pero semejantes en esencias que revelan la unidad del todo; demuestran que la dignidad humana como savia fundamental, singulariza a los hombres y los hace trascender temporalmente y redimir sus propias circunstancias históricas.



Yisel Bernárdes Martínez (La Habana, 1975).

Doctora en Ciencias Pedagógicas. Formó parte del equipo que trabaja en la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí.

Bolívar como héroe americano

Lourdes Ocampo Andina

El primer artículo de José Martí centrado en Simón Bolívar se publica en *El Federalista*, el 8 de diciembre de 1876, a propósito de la entrada en México de Porfirio Díaz. Constituye un llamado al respeto y a la defensa de la libertad ciudadana. En él cita en extenso el discurso pronunciado por Bolívar al Congreso de Colombia, el 3 de octubre de 1821, y acentúa las ideas:

Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional.
Y porque no puede haber República donde el pueblo no esté seguro del ejercicio de sus propias facultades.
Buen ciudadano.¹⁶⁴

Subraya la civilidad de Bolívar quien, a pesar de declararse guerrero, proclama que las armas no habrían de servir en tiempo de paz; su gloria militar deja paso al ejercicio civil de la presidencia: no era ya Libertador sino ciudadano, porque del primero emana guerra —recuérdese años más tarde que le diría a Máximo Gómez: “General una república no se gobierna como un campamento”—.¹⁶⁵

Los fragmentos escogidos por Martí destacan cómo Bolívar, quien con su espada conquistó la independencia y

¹⁶⁴ José Martí: *El Federalista*, OCEC, t. 2, p. 293.

¹⁶⁵ José Martí: “Carta a Máximo Gómez”, *Epistolario José Martí*, t. 1, p. 280, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993.

soberanía americana, había decidido y reconocido públicamente que se sometería a la voluntad ciudadana, “al peso formidable de la magistratura”.¹⁶⁶ O sea que no pedía cuentas al pueblo, sino que estaba dispuesto a rendirlas y a entregarse a la ley en beneficio de las nacientes repúblicas; a la vez clamaba por la integración latinoamericana. No obstante, acto seguido, se reconocía como hijo de la guerra. Entonces viene el resaltado martiano: “Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional”.¹⁶⁷

El escrito del Apóstol tiene un destinatario implícito: el general Porfirio Díaz. Observemos su estrategia: implícitamente compara a Porfirio Díaz con Simón Bolívar, con el objetivo de lograr en el auditorio un ambiente favorable para que le escuche, para que se sienta halagado, para que sus ideas no estén en su boca de extranjero pobre y joven, sino que fueran refrendadas por “el hombre águila y rayo, el que abatió montes, humilló continentes, rindió pueblos y unió ríos”.¹⁶⁸ Culmina diciendo que las circunstancias son favorables y se corresponden con los hechos mexicanos (toma de posesión de Porfirio Díaz).

Martí presenta a Bolívar en ese artículo como el paradigma del héroe americano, que fue exactamente lo que la patria necesitaba que fuese en cada momento, supeditado a ella y no viceversa; pero ya deja la teluricidad que le atribuirá cada vez que lo mencione. Águila y rayo dos símbolos muy utilizados en la obra martiana, pero a su vez es quien se ha enfrentado a la naturaleza americana y quien somete continentes.

La otra aparición de ese paradigma se encuentra en *Patria y libertad*, drama indio que simboliza rebeldía y la

¹⁶⁶ José Martí: *El Federalista*, ob. cit., p. 293.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 294.

¹⁶⁸ *Id.*

América oprimida: “No! Lejos de la patria que oprimieron, / A los déspotas hoy echemos fuera / Y el áureo sol del genio de Bolívar / Que no se ponga nunca en nuestra América!”¹⁶⁹

José Martí convierte al Simón Bolívar histórico en un personaje mítico; para ello escoge algunos hitos biográficos¹⁷⁰ que resemantiza con el objetivo de transformarlo en héroe cultural decimonónico. Entre esos hitos se encuentra la actuación de Bolívar en el llamado terremoto de San Jacinto, acaecido en 1812.¹⁷¹

El temblor había ocurrido un Jueves Santo, se decía entonces que era un castigo divino por ir en contra de la metrópoli. Según el propio Bolívar:

El día del terremoto yo llegué corriendo hasta aquí (Plaza de San Jacinto) en mangas de camisa porque acaba de dormir la siesta; por cierto que no encontré otra cosa que un lamentable hacinamiento de ruinas... En el acto me puse a la obra de salvar víctimas, encarándome sobre los escombros y gateando en dirección a los sitios de donde salían quejidos o voces de auxilio. Me hallaba en esta tarea, cuando de manos a boca con el furibundo españolizante José Domingo Díaz, el que no hace más que verme y echarse a comentar con su acostumbrada sorna: //—¿Qué tal, Bolívar? Parece que la Naturaleza se pone del lado de los españoles... //—Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca... —le respondí iracundo!¹⁷²

¹⁶⁹ José Martí: *Patria y libertad*, OCEC, t. 5, p. 133.

¹⁷⁰ Entre los hitos biográficos que escoge está la actuación de Bolívar tras el terremoto de San Jacinto, que será analizado en estas páginas.

¹⁷¹ El nacimiento simbólico de Bolívar es reiterado en los discursos de 1881, 1883, 1889, 1893.

¹⁷² Citado por Idalecio Liévano Aguirre: *Bolívar*, p. 41, Ediciones de cultura hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1983.

José Martí sitúa el nacimiento de Bolívar en el terremoto de San Jacinto,¹⁷³ como símbolo de la destrucción del mundo colonial hispano, seguido por la emergencia de un territorio virgen, sin un sistema político, que el que nace va a fundar; es la regresión al caos y la posterior creación de un mundo.

Martí subvierte el significado del Bolívar, símbolo e impulsor de la liberación de América que tiene un nacimiento divino, pues nace de las entrañas del continente americano. El pasaje sugiere otras significaciones: el terremoto, movimiento telúrico, representa el caos y del caos surge la figura cuya función es instaurar el nuevo orden, la armonía universal. El caos a su vez tiene como referente la metrópoli española, el orden que se desea imponer es la modernidad, la inserción de América en el mundo, y Bolívar, el Libertador, debía imponer el orden alterado por la conquista.

Las biografías de Simón Bolívar sitúan su nacimiento heroico en el Monte Sacro romano, basándose en una carta del propio Bolívar a su maestro Simón Rodríguez, en la que expresa:

¿Se acuerda Ud. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener.¹⁷⁴

La identidad latinoamericana es diversa y aunque haya sido, y sea, expresada como una suma de culturas nacionales,

¹⁷³ En uno de sus apuntes Martí escribe: “Entre terremotos San Mateo”, lugar donde se ubicaba la hacienda de Simón Bolívar, dejando claro que toda la vida de Bolívar estaba entre terremotos.

¹⁷⁴ “Carta que envía Simón Bolívar a su maestro Don Simón Rodríguez”, Pati-vilca, 19 de enero de 1824, Archivo del Libertador, Caracas, Sección O Leary, tomo 45, fols. 289-290, estante C, cuerpo 2, tramo IV.

no siempre el arquetipo se corresponde con la realidad de las minorías que integran el todo. La diferenciación de esa sumatoria cultural es uno de los problemas actuales de las investigaciones. José Martí, sin obviar la heterogeneidad que constituye la cultura continental, incluye en su discurso y en la conformación de un arquetipo heroico las voces de la otredad, coexistiendo con las culturas “oficiales” de las repúblicas latinoamericanas. A esto se deben los valores polisémicos de los símbolos utilizados en la conformación del héroe, que muestran la concepción martiana de la cultura. Hay una síntesis en la presentación del héroe, pero no transculturación ni mezcla, sino una avenencia de culturas no antagónicas, diferentes.

Martí reescribe este pasaje constantemente en su obra, a través de los años las significaciones se modifican y enriquecen. En 1881 pronuncia un discurso en el Club de Comercio de Caracas, allí hace una primera mención; se encuentra también la idea en un fragmento en el Cuaderno de apuntes conocido como el número 4. El episodio se reitera en el discurso pronunciado en el Delmónico's con motivo del centenario del héroe, en 1883; en los trabajos sobre “Heredia”, de 1889, de “Antonio Bachiller y Morales”, y en el artículo publicado en *Patria* “La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana”. En esos trabajos los fragmentos donde se hace mención al Libertador están expresados por medio de un sistema simbólico, cuyas imágenes y significaciones son propias de hispanoamérica.

El espacio concebido por Martí para el nacimiento de Simón Bolívar, se representa mediante tres planos verticales: uno superior, uno intermedio y otro inferior, ctónico.¹⁷⁵ La figura del héroe participa de los tres planos: nace de las entrañas de la tierra —nivel inferior—, habita en el intermedio,

¹⁷⁵ En la mitología este término hace referencia a la tierra, a la pertenencia a esta y al inframundo, también suele referirse a las fuerzas interiores del hombre.

pero concentra en sí los valores del mundo superior, celeste. El paladín actúa como lo que se ha dado en llamar “árbol del mundo”, que comunica los niveles o planos, y que es su representación misma.

La exposición del terremoto y la irrupción de Simón Bolívar dentro del discurso —entiéndase discurso como un texto mayor que contiene al fragmento— tiene una función metafórica.¹⁷⁶ En el fragmento la escena se perciben tres tiempos: el anterior al terremoto simbolizando la dominación española; uno breve, el terremoto, como las guerras de liberación, que destruyen el mundo, y uno posterior: las repúblicas que se fundan tras las guerras.¹⁷⁷

Poéticamente, el movimiento telúrico elimina la organización colonial del mundo americano y simboliza el origen de las repúblicas, su nacimiento, en el cual los sistemas políticos no se han instaurado. El viejo mundo desaparece y el mundo paradisíaco del origen¹⁷⁸ se establecerá, sobre el cual instaurará la república “con todos y para el bien de todos”. Lo que pone de relieve no es solo el terremoto como fin del mundo colonial, sino el comienzo de las nuevas repúblicas

¹⁷⁶ La poética martiana está fundamentada en los principios filosóficos de la armonía universal, común entre los poetas-filósofos alemanes del xviii y xix. “Lo natural y lo espiritual, lo interno y lo externo del alma, son siempre uno y lo mismo, solo y poseído de diferentes grados. Según esta visión metafísica del mundo, cada objeto de la naturaleza es símbolo de una realidad espiritual del alma humana o de cada uno de sus actos”. (Carlos Javier Morales: *La poética de José Martí en su contexto*, Editorial Verbum, Madrid, 1993, p. 341) la visión telúrica con la cual está presentado el héroe nace de ver en cada objeto de la naturaleza una correspondencia con cada acción espiritual. Ver el capítulo referido al símbolo en Martí, en este trabajo.

¹⁷⁷ Ver Mircea Eliade: *Mito y realidad*, p. 26, Editorial Labor, España.

¹⁷⁸ Cuando se menciona el origen, se está hablando de un origen poético, en el cual no hay nada, por lo que se precisa construir el mundo. En este caso la referencia es a un mundo sin política.

bajo el liderazgo espiritual de Bolívar; al tiempo sitúa a Martí como un continuador:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia.¹⁷⁹

La presencia de Simón Bolívar y la descripción de los efectos del terremoto ocurren en el espacio ciudadano. La ciudad es el lugar donde tiene lugar una paulatina identificación de los individuos con el entorno, ahí se levantan los signos de la civilización que los habita. Las ciudades virreinales poseen los símbolos coloniales, entre ellos se destaca el templo —lugar en el que aparece el Bolívar martiano dentro del discurso— como centro de poder y de dominación cultural y lingüística. El terremoto simboliza una purificación de la ciudad, la muerte de los viejos tiempos y la llegada de los nuevos. El hombre y su entorno se reconstruyen mutuamente. La reconstrucción de la ciudad ocurre ahora bajo los signos de la modernidad de las nuevas repúblicas, encarnada en los ideales integracionistas de Bolívar.

El fragmento de la primera versión del discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas (1881), dice:

Parecíame aquel polvo el de la horrenda ruina—y veía desplomarse a la señorial Caracas, a la gentil Barquisimeto, a aquella Guaira que atrás dejaba a

¹⁷⁹ José Martí: “Los Códigos Nuevos”, *OCEC*, t. 5, p. 89.

Mérida florida; y lamentos—como con alas salían de entre las piedras de San Jacinto—que se abrían—y teñido en sangre veía un pilar inhiesto, y por entre las grietas de la hambrienta tierra, veía senos de fuego, y rastreando por aquellos muros, cual si se propusiese retar desde lo más alto de la catástrofe tremenda a la Naturaleza; veía al fin a nuestro padre común, enjuto de ira el rostro, crispando la elegante mano, como para empuñar en ella todo el fuego de la tierra;—que no parece sino que para que tan alta criatura fuese dada a luz, hubiera sido necesario que la tierra toda sufriese extraordinario dolor de alumbramiento.—¹⁸⁰

El fragmento describe una escena catastrófica, de un terremoto.¹⁸¹ La perspectiva¹⁸² desde la cual se describe el acon-

¹⁸⁰ José Martí: Fragmentos del discurso pronunciado en el Club del Comercio, *OC*, t. 7, p. 290 y *OCEC*, t. 8, p. 48.

¹⁸¹ José O. Jiménez fundamenta la presencia de los terremotos en la obra martiana en la filosofía, dice en *La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí*, pp. 224-225, Pre-textos, Valencia, 1993 “Si la naturaleza se supone que sea intrínsecamente perfecta y cabal, los terremotos—como cualquier otro de los múltiples fenómenos catastróficos de aquella: las erupciones volcánicas, los huracanes y las tormentas, las inundaciones, la misma ferocidad animal—no pueden ser sino contemplados como el resultado de una trágicamente fuerza irónica, desestabilizadora, que introduce—con la subitaneidad que a la ironía le atribuía ya Kierkegard—la fragmentación y la desarticulación, la ruptura de las perfectas formas originarias, y la más absoluta “desarmonía” en ese mismo mundo natural. Y en este, para la imaginación romántica, no pueden tener cabida tales monstruosas disonancias (y si ocurren, hay que buscarles su oscuro secreto o razón)”.

¹⁸² Tomamos el concepto de perspectiva de Boris Uspienski, en Salvador Redonet Cook (compilador): “Estudio del punto de vista: forma espacial y temporal”, *Selección de lecturas de investigación crítico-literarias*, t. 2, p. 357, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000. “La perspectiva es, en general, un sistema para la representación de tres o

tecimiento es la del hablante, que observa desde lejos y se va acercando, sin involucrarse, hasta centrarse en la figura principal, Simón Bolívar.¹⁸³ La escena se enuncia con una oración atributiva, cuyo verbo con función copulativa, “parecía”, indica que el texto siguiente va a estar mediado por la visión del hablante.¹⁸⁴ Es una oración que proporciona un matiz de duda, de incertidumbre. En este caso, el copretérito no solo indica un alejamiento de la realidad temporal, sino también de la realidad o factualidad del evento.¹⁸⁵ A través de este tipo oracional el autor enuncia que expresará su opinión, y se transporta desde la realidad objetiva

cuatro dimensiones espaciales por medio de procedimientos artísticos, específicos de cada tipo de arte. En la perspectiva lineal, por ejemplo, el punto de referencia es la posición del sujeto que describe. En las artes visuales encontramos la transposición del espacio real y multidimensional a la superficie bidimensional del cuadro. En la cual el punto de orientación es la posición del artista. En la literatura se obtiene el mismo efecto gracias a las relaciones temporales y espaciales de tipo verbal, entre el sujeto que describe (autor) y el acontecimiento descrito”.

¹⁸³ Aunque no estamos en presencia de un relato (cuento) ni de una novela, sino de un discurso, adoptamos las categorías del análisis literario de estos géneros, que nos son útiles en el análisis de este fragmento, específicamente para valorar la ubicación espacial.

¹⁸⁴ Para Gili y Gaya “Cuando el que habla estima que su juicio corresponde a una realidad, formula su pensamiento con una oración afirmativa o negativa con el verbo en indicativo. Si, por el contrario, cree que el juicio es solo mental, sin atreverse a considerarlo coincidente con una realidad objetiva, lo expresa como posible, probable o dudoso (...) No hallamos (...) en el terreno de los juicios problemáticos de la Lógica, pero insistimos en que no se trata de su valor lógico, sino de la actitud subjetiva ante ellos”, en *Curso superior de sintaxis española*, Editorial Pueblo y Educación, 1975.

¹⁸⁵ Para Ángela Tulio, en *Manual de gramática del español*, “El copretérito no solo puede indicar u alejamiento en el sentido temporal sino también en el de la realidad o factualidad del evento”, Colección Editorial Universidad, Buenos Aires, 1997.

hacia otra verosimilitud, hacia un mundo probable y fabuloso: el del imaginario cultural hispanoamericano.

En la descripción, el hablante se sitúa alejado del personaje porque el uso del copretérito indica un alejamiento entre el hablante y la realidad contada. Por otra parte, se comienza con una descripción panorámica de un espacio abarcador que va centrándose paulatinamente en un punto: la figura de Bolívar lo acompaña, sin fundirse con él, porque el hablante se aleja temporalmente del héroe para situarlo en otro tiempo, lejano y ejemplar.

En el párrafo la primera de las estructuras: “veía desplegarse a la señorial Caracas, a la gentil Barquisimeto, a aquella Guaira que atrás dejaba a Mérida florida”, contiene una visión panorámica del espacio América y, particularmente, Venezuela. Se refiere al terremoto en líneas generales, como el desplome de las ciudades, que en el plano mítico corresponde al desplome de un mundo anterior a Simón Bolívar, al caos instaurado por la colonización que este eliminaría. Las ciudades representan la civilización impuesta por la metrópoli, son el centro de las relaciones sociales en la historia continental. La conquista trajo como consecuencia la destrucción de las ciudades de las civilizaciones autóctonas, y en el mismo espacio tuvo lugar la reconstrucción citadina bajo los códigos de la cultura vencedora.

La descripción se realiza en tres niveles espaciales con respecto al hablante, representados cada uno en una estructura sintáctica: superior, intermedio —hablante-personaje—, e inferior. El punto de vista se sitúa en un espectador que contempla una escena, y permanece en el mismo plano del personaje, con lo que Martí participa, como asistente, a la creación de un mito, y enuncia la posibilidad —al estar ambos en el mismo plano— de encarnar el mito, hecho que reiterará en 1893, y que le va a servir de base para la campaña política de llevar la independencia a Cuba.

La descripción del primer nivel espacial —representada en la segunda de las estructuras anafóricas— corresponde al cielo. El punto de vista se acerca, paulatinamente, al personaje, el hablante, situado en el nivel intermedio, mira hacia lo alto: “lamentos—como con alas salían de entre las piedras de San Jacinto—que se abrían”, es la mención al efecto humano del terremoto. Luego de la ruptura de la armonía, del orden establecido, sobrevive el caos, el dolor simbolizado en los lamentos.

El dolor es una categoría importante dentro de la poética martiana, tiene un valor positivo, porque constituye “la única arma de que dispone el hombre para contrarrestar las fuerzas del mal, las fuerzas destructoras de esa armonía cósmica”.¹⁸⁶

El dolor no es solamente un acto de generosidad cosmológica que vierte sus frutos sobre el resto del mundo. Su valor sacrificial permite a este mártir viviente alcanzar una purificación progresiva y acceder así a una perfección cada vez mayor, que conlleva en última instancia, la máxima felicidad, tanto para el individuo que sufre como para la totalidad del universo”.¹⁸⁷ Resulta simbólico que nazca de las ruinas de un templo, sitio sagrado para la cultura cristiana, pues las ruinas de una iglesia simbolizan la ruptura de las viejas relaciones con la institución, las viejas relaciones católicas, y la creación de nuevas relaciones basadas en la ética cristiana.

¹⁸⁶ Carlos Javier Morales: *La poética de José Martí en su contexto*, p. 46, Editorial Verbum, Madrid, 1994. Esta categoría, referida en la obra martiana, ha sido estudiada ampliamente por varios autores, como el citado y José Olivio Jiménez.

¹⁸⁷ *Ibíd.*, p. 48.

En un plano intermedio —tercera de las estructuras— en el cual está situado el hablante: “teñido en sangre veía un pilar inhiesto”, puede leerse una insinuación a los sacrificios ancestrales: a la naturaleza le han sido sacrificados los hombres: suplica porque regrese el orden en medio del caos, alude al dolor de la concepción y prefigura la aparición posterior de la figura de Bolívar, que está en un nivel intermedio, el de la tierra, y por tanto del hablante. Comienza la oración gramatical con un complemento circunstancial que indica modo: “teñido en sangre”, la prioridad no es el pilar, sino su característica: oculto por la sangre, cubierto por ella, la primera mención significa “ocultamiento del original”, “máscara”, pero la sangre sobre un pilar por un lado recuerda los sacrificios humanos de las culturas ancestrales de los indios, y por otro el altar; como alusión a la cultura cristiana, occidental, y particularmente en fe cristiana; porque el pilar es un sostén, generalmente sobre él se colocan las estatuas de vírgenes o santos dentro de las iglesias; sin embargo, también puede prefigurar la figura de Bolívar y, junto a él, de los ideales independentistas y patrióticos, que en medio de la tragedia del terremoto quedan en pie. Funciona la expresión como una anticipación en el discurso. Coexisten discursos culturales diferentes, sin oposición, como síntesis identitaria.

La próxima oración, cuarta estructura anafórica, “por entre las grietas de la hambrienta tierra, veía senos de fuego”, el hablante se ha acercado a la escena, y sitúa su descripción en el nivel ctónico, subterráneo, abarcando así todos los espacios. El elemento priorizado que ocupa el primer puesto en la oración gramatical es un complemento circunstancial que indica lugar; se describe el espacio, como protagonista de la acción. Se habla de las grietas de la “hambrienta tierra”; refiriéndose a las culturas indígenas,

la tierra (la naturaleza) pide sacrificios del hombre, porque la armonía del universo ha sido rota. La ruptura simboliza el desequilibrio entre lo que España propone para América y lo que América quiere y necesita. España ha sometido a la América, los criollos e indígenas se han subordinado, pero también rebelado, y han comenzado las luchas independentistas, y con ellas el orden establecido por la colonización se ha quebrado y se necesita restaurar el nuevo orden; el terremoto expresa telúricamente la ruptura. La tierra tiene hambre de justicia, del sacrificio enunciado antes con el pilar ensangrentado, comienza a expresarse paulatinamente la redención, con el nacimiento del redentor: “veía senos de fuego” uno de los elementos vitales: el fuego es calor y luz, pero también es símbolo del hogar, y el hogar mismo es la energía vital, telúrica utilizada en función del nacimiento del héroe, que es creado con fuego, fuerza purificadora y sanadora, representante del hogar y la familia.

Es luego de esta descripción del espacio, que presenta a Simón Bolívar en plena analogía con la naturaleza, en la última de las estructuras anafóricas: “rastreado por aquellos muros, cual si se propusiese retar desde lo más alto de la catástrofe tremenda a la Naturaleza, veía al fin a nuestro Padre común, enjuto de ira el rostro, crispando la elegante mano, como para empuñar en ella todo el fuego de la tierra”, y culmina con el nacimiento del héroe, salido de lo más profundo del continente americano.

Las cinco estructuras, portadoras de significados diferentes, describen los espacios. La primera contiene una visión panorámica, e incluye a los tres niveles que se describen. La última funciona como una síntesis, en la que Bolívar participa de dichos niveles: retando desde lo más alto, el cielo, nivel superior; el propio Bolívar, el nivel intermedio, y por último el fuego de la tierra. Se presenta a Bolívar como

“Padre común”, en semejanza con una deidad, pues para la cultura occidental, el Padre de todos los hombres, es el Creador, es Dios, el Redentor, el Hijo de Dios; así que reúne en la figura de Bolívar, al menos en este pasaje, al creador y al redentor.

En primera instancia, dice que Bolívar “parece retar a la naturaleza”; pero luego aclara que ha absorbido la energía de la tierra; por tanto, se ha convertido en parte de ella: “Crispando la elegante mano como para empuñar en ella el fuego de la tierra”. La energía telúrica restaura el orden universal.

A modo de corolario finaliza el fragmento con un resumen de la idea: “para que tan alta criatura fuese dada a luz, hubiera sido necesario que la tierra toda sufriese extraordinario dolor de alumbramiento”. El terremoto se transforma en símbolo del parto de una mujer, pero a su vez la tierra es la mujer; está hiperbolizado el nacimiento del héroe. Así Bolívar adquiere una connotación semidivina; pero a diferencia de los héroes clásicos, la paternidad o maternidad no se da directamente de un dios o una diosa sino de la misma tierra, considerada la Madre Tierra, lo que está en función de la identidad continental y de presentar a Bolívar como héroe americano, que nace de las entrañas mismas del continente, y no comparado con la gloria de los héroes clásicos como César, en el Monte Sacro romano.

Cualquier hombre puede ser héroe, solo es preciso que se junten las fuerzas naturales y que se den las condiciones necesarias para que surjan los héroes, lo que está en consonancia con su pensamiento y accionar a favor de la independencia de Cuba, y de su deseo de ser reconocido como líder del movimiento revolucionario para cohesionar fuerzas. Es su objetivo demostrar, implícitamente, que son las

condiciones las que crean al héroe, y que el héroe ha de resumir las esencias propias del continente sin que medien antagonismos.

Dos años después reitera la misma idea del nacimiento simbólico de Bolívar, en el discurso que pronuncia en el Delmónico's con motivo del centenario del nacimiento del héroe:

Quién que le ve surgir, en la hora espantosa del terremoto de Caracas, de entre las grietas humeantes de la Iglesia desmoronada de San Jacinto, resplándeciéndole en el rostro el Sol que en aquella hora faltó en el cielo,—desnudo el pecho endeble, enseñando a la Naturaleza, sacudida en daño de la República sus puños cerrados, olvida al mancebo radioso que, silencioso como todos los nativos, aparecía a modo de pedestal, sobre las ruinas, como si hubiese sido necesario, para un hijo tal de la tierra, que se abrieran los senos maternos de tan tremendo y fragoroso modo.¹⁸⁸

Este fragmento, dentro de la pieza oratoria, representa un cuadro imaginado por el hablante, que relata el nacimiento simbólico de Bolívar. La descripción se realiza por medio de una oración principal, interrumpida, que funciona como una apelación directa al receptor. Las subordinadas son las que ofrecen los detalles del nacimiento. La estructura sintáctica del párrafo es singular: una oración principal,

¹⁸⁸ José Martí: "Fragmentos del discurso sobre Bolívar, pronunciado por José Martí, el 24 de julio de 1883", *De la Historia a las Letras, Bolívar por Martí. Antología crítica*, introducción, selección y notas de Lourdes Ocampo Andina, CEM, p. 68, Ediciones Boloña, La Habana, 2012.

interrogativa, interrumpida por varias subordinadas. La descripción se da desde el plano superior al inferior. En primer término aparece la descripción generalizada de la instantánea, pero luego se procede a una descripción de los tres planos que presenta el cuadro, descripción que tiene lugar en el segundo nivel de subordinación, estructura que guarda relación con el ejemplo anterior.

La oración principal —que inicia con “quién”— es un llamado explícito al receptor. El discurso se interrumpe para transmitir la información que se propone el hablante: “que le ve surgir, en la hora espantosa del terremoto de Caracas, de entre las grietas humeantes de la Iglesia desmoronada de San Jacinto”, con ella caracteriza el espacio: oscuro, tenebroso, ruinoso, contrapuesto al héroe que otra subordinada presentará: “Resplandeciéndole en el rostro el Sol”, el héroe concentra en sí la energía telúrica, el astro ha bajado de su lugar habitual —el cielo— “que en aquella hora faltó en el cielo”, para encarnarse en Bolívar.

La luz se concentra en el rostro, la descripción desciende “al desnudo pecho endeble”, y a los “puños cerrados”, que concentran la ira, reflejo de la trascendencia histórica del terremoto; “la naturaleza sacudida en daño de la República”, significación que subvierte el hablante al hacerlo nacer del propio terremoto.

En la descripción, que ocurre en el segundo nivel de subordinación, se presenta el plano superior, correspondiente al cielo, que se identifica con la cabeza de Bolívar; el segundo plano, el pecho desnudo, asume la fuerza de la tierra, y del hombre que se muestra en todo su esplendor, y por último el nivel ctónico, simbolizado en los puños crispados resumen las fuerzas telúricas. No hay una sobrevaloración de ninguno de los planos, sino que todos se comunican por medio de la figura de Bolívar, que actúa

como vaso comunicante entre ambos, y como síntesis de las fuerzas tanto del cielo, como de la tierra, y las telúricas. Es esta una declaración de la transformación de héroe histórico en héroe cultural, realizada por medio de símbolos universales, entendibles y con igual valor en todas las culturas.

Culmina la descripción con la valoración de la escena:

Olvida al mancebo radioso que, silencioso como todos los nativos, aparecía a modo de pedestal, sobre las ruinas, como si hubiere sido necesario, para un hijo tal de la tierra, que se abrieran los senos maternos de tan tremendo y fragoroso modo.

En la valoración reitera la significación de: “que irradia luz”, “hombre solar”, superior al resto de los mortales; sin embargo, en las palabras que siguen lo equipara a los nacidos en América, por un rasgo común: el silencio, con un valor simbólico: es el silencio del oprimido, que no puede alzar la voz hasta tanto no recupere o logre su libertad. Aparece como un pedestal, lo que lo ubica, otra vez, por encima del común de los mortales, como un héroe cultural, indicador del camino, y reitera la idea del nacimiento telúrico de Bolívar.

A continuación aparece otra idea vinculada con el sol: “como constelación nueva en el Espacio Americano brilló así su figura constantemente”, o sea, alude a un “panteón” de héroes americanos, ya glorificados, que están en el cielo de América, en el “espacio americano”. Es curioso notar cómo Martí separa al cielo europeo con sus dioses viejos del cielo americano “nuevo”, y ese panteón es el que está contribuyendo a forjar como parte de la identidad latinoamericana.

Las descripciones anteriores datan de los años 1881 y 1883; hasta 1889 no encontramos la idea reiterada, en el artículo “Antonio Bachiller y Morales”, del *Avisador Hispanoamericano*, (Nueva York, 24 de enero de 1889): “El continente que despertó llamando a guerra con el terremoto”, sin alusión directa a la figura de Simón Bolívar, y en el discurso “Heredia”, pronunciado en Hardman Hall, en Nueva York, el 30 de noviembre de 1889: “desmelenado y en pie sobre las ruinas del templo de San Jacinto, el creador Bolívar. Reventaba la cólera de América, y daba a luz, entre los escombros encendidos, al que habría de vengarla.”

En la primera descripción vemos que ya no es Bolívar quien nace del terremoto para la independencia, sino la América toda: es una transposición de igualdad entre América y Bolívar, en la que Bolívar es América, una personificación del continente en la figura del héroe.¹⁸⁹

En la segunda, se presenta a Bolívar “desmelenado y en pie”, así da la imagen de un hombre sin tiempo ni afeites, cercano a la estética del hombre acultural, o sea “primigenio” y en pie hace alusión a la virilidad. La descripción del nacimiento simbólico del héroe se condensa en una sola frase: “reventaba la cólera de América, y daba a luz, entre los escombros encendidos, al que había de vengarla”. La frase comienza con “reventaba”; como alusión a un nacimiento sorpresa, la cólera traducida como energía y fuerza vital para restaurar el caos existente provoca el terremoto, y de ella nace el héroe que habría de instaurar el equilibrio.

En 1893, Martí reseña “La Fiesta de Bolívar en la Sociedad Hispanoamericana”, en *Patria*, dedicado a la propaganda revolucionaria, el artículo fundamenta y valida la

¹⁸⁹ Es posible determinar esto en el contexto de la obra martiana.

actividad política del Partido Revolucionario Cubano y contribuye a fomentar y organizar la contienda libertaria de Cuba, y a unir a la emigración cubana. El mito bolivariano alcanza aquí su mayor expresión, pues ya Bolívar ha pasado de héroe meramente telúrico a héroe cultural; de un héroe que encarna a América, a la América encarnada en un hombre, en un guía para la redención:

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre y fue Bolívar. No es que los hombres hacen a los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía: venía hirviendo de siglos: chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar¹⁹⁰

Comienza el texto con una reflexión sobre la identidad tierra-héroe, héroe-pueblo. El elemento “pueblo”, que no se ha encontrado en las anteriores presentaciones del nacimiento simbólico de Bolívar, se incorpora aquí, pues como

¹⁹⁰ José Martí: “La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria hispanoamericana”, *De la Historia a las Letras*, ob. cit., p. 97.

se dijo, se publica en un periódico de propaganda política, funciona como una identificación-actualización de la gesta libertaria americana con las de las Antillas aún no liberadas, en la que el hablante se identifica a su vez con el héroe.

La descripción del espacio se amplía, el hablante mantiene una visión panorámica: está situado en la lejanía, tanto en el espacio como en el tiempo, y reflexiona sobre lo que ve. Estructura su descripción en dos tiempos: el del terremoto mismo, y el nacimiento, el primer tiempo prepara al segundo, es consecuencia de este. El primer elemento del párrafo es telúrico: "La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre y fue Bolívar." Hay un primer cambio conceptual, con respecto a las anteriores menciones del nacimiento, pues el héroe no es ya un "hijo" de la tierra, sino que es la encarnación de esta en el continente americano. Condensa así su interés en pos de la identidad latinoamericana.

Luego de ubicar espacialmente la escena, lo hace en el tiempo, en la época del terremoto, presentado como un estremecimiento desde "las entrañas hasta las cumbres", menciona el efecto por la causa, una metonimia, y personifica a la tierra misma, pues la "estremece", significando su humanización, y más adelante refuerza la significación cuando habla de las "entrañas", que es el interior, lo más profundo del ser humano; lo que está en el centro, anatómicamente, los órganos vitales, pero también lo más profundo de la tierra, lo que está en el interior de esta, y evoca el momento del nacimiento, del parto de la mujer. Comienza con el artículo "la" que le da un matiz o género femenino al continente, y con este le dota de la posibilidad de parir hijos.

Estamos en presencia de oraciones coordinadas, en la que los verbos que se coordinan son “estremecerse”, “hacerse” y “ser”; evocando el momento de la concepción y el parto: estremecerse: que es una descripción del parto, las contracciones de la mujer se analogan a las de la tierra en su movimiento sísmico; hacerse, es la encarnación continental en el hombre, y ser, es la ya identificación total entre el hombre y la tierra, o sea, el estremecimiento, que, traducido simbólicamente como parto, provoca el nacimiento del ser: “y fue Bolívar”; ese “fue” es polisémico: y nació Bolívar, hay un tránsito que evoca el momento de la concepción: estremecimiento, instante del parto, y otro, se hizo hombre, segundo momento que evoca la personificación de América. Por su parte, la América, mujer, se estremeció —parió con el terremoto a un hombre, hecho de ella misma, y ese hombre fue Bolívar— considerado ya uno de los más grandes héroes de América hispana.

Luego de la presentación del nacimiento simbólico del héroe, telúrico y divino, se pasa a la conformación de un tercer elemento definitorio: su carácter humano —ya enunciado antes con: “y fue Bolívar”— asumido como pueblo americano, y se identifica el momento histórico preciso que posibilitó el nacimiento del héroe. Bolívar nace no solo de las fuerzas del continente, de esa energía telúrica, sino también de la sangre y las luchas anteriores de los pueblos americanos de la historia,¹⁹¹ pues la historia se simboliza en los muertos que se revuelven en las entrañas de la tierra, y provocan el terremoto. Bolívar tiene a la vez

¹⁹¹ Para percibir el significado total de estas líneas, es preciso tener en cuenta que el texto es una reseña de una velada, en la cual el autor ha pronunciado un discurso donde explica cuáles son las causas históricas que han propiciado el levantamiento.

esencia divina, telúrica y de pueblo, y esta última actúa como definitoria.

Luego de la descripción y fundamentación simbólica del terremoto, hay un segundo tiempo: el nacimiento del héroe, que primero se enuncia con la presencia de los soldados: “comienzan (...) a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse de banderas los volcanes”. En estas expresiones encontramos reiteraciones de la presencia del elemento pueblo, como definidor del carácter simbólico, telúrico y cultural en la conformación del héroe americano.

Es un discurso abarcador, que incluye, como destinatario implícito, no solo a los lectores de *Patria*, sino a todos los oprimidos por la metrópoli española; el ejército americano, compuesto por diferentes estratos sociales, está en lo alto de las montañas, en los Andes, y su triunfo se encuentra en las banderas ubicadas en lo alto de los volcanes, pero entre el ejército identificado con las montañas se divisa una más alta que va a ser del guía: “entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar”, notemos aquí de nuevo la significación inicial de lo “solar”, con que se cierra este párrafo, dotándolo de una coherencia externa y una estructura circular.

En la construcción de Simón Bolívar como personaje literario y mitológico, encontró el modelo que sintetizaba los valores, historia y aspiraciones de los latinoamericanos. Creó una figura con cuyas características podían identificarse los hombres desde el Río Bravo hasta la Patagonia, lo identificó con el sol, elemento simbólico autóctono, lo situó en lo alto de las montañas de Los Andes, y nació de las entrañas de la tierra. Fue el héroe que impulsó la emancipación de Cuba y Puerto Rico aún colonias de España, con cuyos ideales comulgaba, y que llevó a un nivel superior al proclamar una unidad espiritual, no política, de hecho

existente, sin obviar las diferencias. Fue el modelo a seguir en sus planes libertarios.



Lourdes Ocampo Andina (La Habana, 1978).

Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Investigadora auxiliar, editora y profesora. Forma parte del equipo que trabaja en la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí. Como docente ha impartido conferencias en universidades de Cuba, Argentina, España, México y Venezuela.

Correo: lourdesocampo@nauta.cu

Cultura para la independencia

Cultura, valores e identidad en el pensamiento martiano: claves para una educación para la emancipación

Lisette Mendoza Portales

Pensar hoy sobre una realidad mejor para el ser humano, cuando el mundo enfrenta una crisis estructural del sistema de dominación imperialista que impacta no solo el seno natural de la vida en el planeta sino hasta los mejores resultados de la espiritualidad humana, exige tratar de descubrir en la herencia recibida, en *términos de pensamiento y creación cultural*,¹⁹² aquellas ideas y concepciones que ayuden a construir una mirada más humanizadora en la que hombres y mujeres encuentren el verdadero sendero de la emancipación y realización humanas.

Es por ello que resulta recurrente la idea de volver al pensamiento de José Martí, en el que se contiene una profunda *concepción cultural-axiológica e identitaria* que permite apreciar su inserción y continuación del ideal conformado por la tradición de pensamiento cubano desde su esencial enriquecimiento y que, al mismo tiempo, conlleva profundas advertencias en torno al papel de la cultura y la necesidad de la defensa de las identidades para este, nuestro

¹⁹² En este texto los destaques en cursiva corresponden a la autora. En caso contrario se indica de ser necesario.

tiempo. Y es que no puede olvidarse que “de él aprendimos el infinito valor y la fuerza de las ideas”.¹⁹³

De ahí, la importancia de seguir el sendero de dicha reflexión en la búsqueda y penetración en una sutil y controvertida relación en el mundo contemporáneo: *cultura-valores e identidad*, que ya Martí, en el contexto del siglo xix cubano y latinoamericano, ayudó a conformar desde su extraordinaria contribución a la delineación del ser del cubano y latinoamericano, desde una visión de la *liberación* frente a la imposición de modelos hegemónicos consustanciales a la *dominación*.

El pensamiento martiano, sustentado en una profunda concepción cultural, es portador de un universo en el que se aprecia nítidamente el *nexo cultura-valores-identidad* que deviene enfoque esencial en el análisis de los problemas más acuciantes de su tiempo, trátase de la situación de su patria oprimida, de su visión de los pueblos originarios o del futuro de Nuestra América, de su apreciación del desarrollo de Estados Unidos o su mirada a lo creado por la humanidad y su identificación de los aportes de hombres y pueblos diversos.

Su contribución al desarrollo de la cultura cubana y latinoamericana, al código de valores que identifica a la Revolución Cubana en su espíritu y realizaciones, así como a la construcción de la identidad cubana y latinoamericana es innegable, lo es no solo mirando al pasado sino, sobre todo, mirando al futuro.

Se convierte en una necesidad entonces, el acercamiento a su pensamiento, de tal modo que permita hallar algunas claves que aporta para un presente en el que solo puede apostarse a *una lectura del mundo desde la cultura, los valores y la defensa de las identidades*. Ello adquiere validez, particularmente, en los momentos actuales en los que se decide

¹⁹³ Fidel Castro Ruz: *Discurso clausura de la Conferencia internacional Por el equilibrio del mundo*, periódico *Granma*, p. 5, La Habana, 30 de enero 2003.

una vez más el destino de los pueblos latinoamericanos y cubano, por cuanto están en peligro la independencia y soberanía y el propio derecho a ser y a defenderse.

Se trata de *una aproximación a la relación cultura-valores-identidad* —ya vista anteriormente en los términos iniciales—¹⁹⁴ como eje esencial en la aprehensión martiana de una realidad que anticipaba el peligro de la dominación imperialista y que hoy confirma el papel que sin dudas tiene en la lucha de los pueblos por escoger y defender su propio camino. No por casualidad se ha señalado que “un límite crítico del poder imperialista es de naturaleza cultural y se ubica en el punto donde se sufre la dominación”.¹⁹⁵

Hallar algunas claves para el presente...

La sociedad contemporánea, que a inicios de un nuevo siglo ofrece más interrogantes que soluciones, coloca ante el ser humano el inmenso reto de su supervivencia y junto a ello, el de la defensa y preservación de todo lo creado durante milenios. Resulta una necesidad conjugar el análisis científico con una concepción humanista, como condición necesaria del perfeccionamiento del proceso de formación de las nuevas generaciones que desempeñarán un papel fundamental en el desarrollo futuro de la humanidad.

Y es que las exigencias sociales hoy son muy elevadas, por cuanto se requiere contribuir a formar de mujeres y hombres, seres humanos que logren la obtención de sólidos conocimientos científico-técnicos y habilidades prácticas que, al mismo tiempo, sean portadores de una amplia plataforma cultural, y que cultiven su espiritualidad y posean honda sensibilidad. Ello, por un lado, les permitirá insertarse

¹⁹⁴ Se retoma el análisis realizado por la autora en *Cultura y valores en José Martí*, Editorial Pueblo y Educación, 2008, en cuanto a algunas dimensiones de las concepciones cultural y axiológica martianas.

¹⁹⁵ Gowan, Houtart y otros: “¿Qué imperialismo?”, revista *Temas*, pp. 33-34, La Habana, 2003.

en un mundo altamente competitivo sin ser ajenos a los grandes problemas y conflictos que lo caracterizan.

Así adquiere importancia la aproximación, desde un enfoque integral, a una singular relación que tiene un lugar significativo, tanto en la reflexión teórica, como honda connotación en el desarrollo social actual: *cultura-identidad-valores-educación*. El examen de tal problemática supone, desde este punto de vista, considerar ante todo, su actualidad y vigencia, así como los desafíos que encierra, no solo en el sentido de la compleja relación que se establece sino en cada uno de los componentes que la integran.

De igual forma, a juicio de esta autora es válido llegar al fondo del asunto tomando como *referente histórico-cultural imprescindible* el pensamiento de José Martí, por cuanto, desde la esencial aprehensión de la realidad de su tiempo y espacio, nos ha legado un instrumento enriquecedor del quehacer teórico-práctico del presente y futuro de nuestra nación.

Un examen riguroso del pensamiento martiano, en cualquiera de sus dimensiones, requiere del acercamiento al ser humano atendiendo no solo las condiciones en que se insertó la formación y desarrollo de su personalidad, sino los conflictos y desafíos que tuvo que enfrentar a lo largo de su vida.

Es por ello que se torna imprescindible ahondar en *su formación cultural* en tanto en ella se integran de forma armónica componentes disímiles, que van desde lo histórico, político hasta lo propiamente científico, literario, artístico, pedagógico, en un proceso irreplicable de síntesis, lo que sirvió de fundamento inapreciable a la extraordinaria obra realizada en la vida. Quiere esto decir que en la obra política e intelectual martiana se expresa siempre la impronta del compromiso.

Entre las condicionantes de su quehacer se encuentran los diversos “espacios-tiempos” en los que se inserta su existencia: Cuba, España, América Latina, Estados Unidos. No

es menos cierto que, al ahondar en ellos, pueden hallarse nuevos contornos, especialmente en el orden cultural, ya estudiados por algunos.¹⁹⁶ Así aparecen La Habana, Madrid o Zaragoza, México, Venezuela, Guatemala o Nueva York... Y es que todos y cada uno de estos escenarios devinieron fuente de conocimientos, sentimientos, actuaciones; todos y cada uno de ellos se convirtieron, a su vez, en verdaderos desafíos para el joven o adulto, el emigrado o el revolucionario, el periodista o el maestro... en fin, para el ser humano. Desde la política, la filosofía, la ciencia o el arte se nos presenta un amplio panorama cultural en desarrollo que indudablemente sirvió de fuente nutriente en la conformación de la plataforma cultural que poseería José Martí. Al mismo tiempo, ello permite apreciar los horizontes que se fueron dibujando en ese singular proceso de asunción y asimilación crítica que acompañaría todo su quehacer creativo.

De lo que se trata entonces es de penetrar en esa compleja zona del ser de José Martí que representa *su cultura, en tanto fundamento de su código de valores y su concepción identitaria*, de su proyección práctica y espiritual ante los graves problemas que asumió como suyos y la colosal tarea que llevó a cabo, en el tiempo en que vivió. Aun cuando este estudio no pueda lograr la profundidad requerida por cada uno de estos aspectos, lo que no puede estar ausente es el reconocimiento de su presencia e influencia.¹⁹⁷

¹⁹⁶ Autores como Juan Marinello, Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar, Iván Schulman, Paul Estrade han profundizado en lo que representaron España, Europa, Estados Unidos... en la formación y desarrollo de la plataforma cultural martiana y sus extraordinarias manifestaciones en la obra cultural desarrollada.

¹⁹⁷ Desde el punto de vista metodológico resulta necesario atender a las condicionantes y desafíos enfrentados por el hombre José Martí, a las raíces y horizontes que sustentan su formación y creación cultural, así como los fundamentos y dimensiones de su extraordinario código de valores. Así el investigador podrá comprender la naturaleza,

Y es que atendiendo al *sustrato cultural de su pensamiento* puede comprenderse su profunda y multidimensional mirada al fenómeno de la cultura. Aunque en el pensamiento martiano “no hay una teoría explícita de la cultura”,¹⁹⁸ es por sí mismo síntesis indiscutible de una tradición histórico-cultural, pues todo su pensamiento contiene una profunda concepción cultural, que le confiere universalidad y humanismo.

Como se ha dicho, hay en Martí “un entendimiento maravilloso del valor de la cultura y de la vida”,¹⁹⁹ solo develando la naturaleza y esencia de la comprensión de la cultura en Martí, podemos descubrir el enigma de un pensamiento, que trascendiendo su espacio y su tiempo, tiene aún mucho que decir en el complejo mundo de hoy.

De igual forma no puede olvidarse que el acercamiento de Martí a la cultura en gran medida pasa por su *estudio de la historia patria y universal* desde sus tiempos de estudiante, en los que se acercó a las antiguas culturas y las reseñó en sus *Cuadernos de Apuntes*,²⁰⁰ especialmente, los primeros.

esencia y alcance de su profunda concepción cultural —axiológica e identitaria—. Ver, entre otros, de Roberto Fernández Retamar: *Algunas consideraciones sobre la cultura en José Martí*, 2000; de Rolando González Patricio: *José Martí y la comunicación transcultural*, 2000 y *José Martí y la dialéctica del desarrollo cultural*, 2002; de Armando Hart: “José Martí, Apóstol de nuestra América”, en *Perfiles*, 2002; de Olivia Miranda: *José Martí. La revolución como hecho cultural*, 2007; de Rigoberto Pupo, *Humanismo y valores en José Martí*, 2007; de un colectivo de autores, *José Martí. Valoración múltiple*, 2007; de la autora, *Cultura y valores en José Martí*, 2008.

¹⁹⁸ Roberto Fernández Retamar: “Algunas consideraciones sobre la cultura en José Martí”, revista *Honda* (1), La Habana, 2000.

¹⁹⁹ Juan Marinello: “Once ensayos martianos”, p. 50, Comisión Nacional de la Unesco, 1964.

²⁰⁰ De particular interés resultan los *Cuadernos de Apuntes*, los cuales tienen un lugar peculiar en la obra martiana, sobre todo por lo íntima

Ello le reportó desde esos tiempos iniciales, la comprensión de lo que representa lo anterior en el desarrollo de la sociedad, especialmente para el estudio de los elementos de la sociedad de hoy. Igualmente, aparece vinculada a sus concepciones culturales *la comprensión martiana de la política*, en tanto desde una tradición teórico-práctica revolucionaria asumió esta como fenómeno social complejo, desde una visión multicualitativa.²⁰¹ Por eso, sus diversos acercamientos a una de las expresiones de la actividad humana más cercana a su quehacer teórico-práctico.

Así, en su extraordinaria concepción de la cultura se apunta, entre otras muchas, a cuestiones que no solo tienen absoluta vigencia para el presente, dados los problemas y contradicciones que enfrenta el mundo, particularmente la realidad latinoamericana, sino que, al mismo tiempo, contienen *claves esenciales* para la comprensión y actuación en el complejo contexto social cubano actual. Pueden mencionarse entonces sus apreciaciones en torno a:

- La concepción cultural de la naturaleza a la que se acercó desde una visión humanista, distante de lo que la llamada racionalidad moderna instauró, al concebirla “sagrada, consoladora y una”²⁰² al comprender que

que aparece la reflexión en tanto se incluyen y combinan diversos géneros, expresiones, ideas, intuiciones, anotaciones, comentarios, anticipaciones, inquietudes...que permiten trazar un plano —como lo han hecho diversos estudiosos— de los nexos y relaciones entre circunstancias, formación de concepciones y la producción de determinados textos en el conjunto de toda su obra asociados a momentos esenciales de sus trayectoria humana, política y creadora en general.

²⁰¹ Miguel Limia: *Individuo y sociedad en José Martí*, p. 12, Editorial Academia, La Habana, 1998.

²⁰² José Martí: “Libros Nuevos. Conceptos y teorías de la Física Moderna”, *La América*, Nueva York, abril 1884, OCEC, t. 19, p. 128.

inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre, y que este no se halla completo, ni se revela a sí mismo sino en su íntima relación con la naturaleza.²⁰³ De la misma manera que comprendió que la felicidad de los hombres y de los pueblos —como le dijera a Máximo Gómez en carta del 20 de abril de 1894²⁰⁴ está en el conocimiento de la naturaleza, supo que esta cuando es perseguida se vuelve hacia el hombre “y como el tigre al cazador, de un golpe de grifo lo desfibra y aplasta”.²⁰⁵ Verdadera lección anticipadora para nuestros días, en los que se aprecian ya, tristemente, los resultados nefastos del irracional tratamiento al medio ambiente —desde la otra cara del desarrollo científico y tecnológico²⁰⁶— que pone en peligro la propia existencia de la humanidad, con lo que se ha definido como única salida una actuación responsable en defensa del planeta y consiguientemente, la potenciación de una cultura planetaria.

- El condicionamiento histórico-social del hecho cultural, en el cual se expresa la relación historia, política y cultura. Una de las cuestiones que revela el carácter objetivo de su interpretación del problema está planteada en su análisis sobre las condicionantes epocales y la comprensión de su papel determinante en el desarrollo de la cultura, el arte y la creación.

²⁰³ José Martí: “Muerte de Emerson”, *La Opinión Nacional*, Nueva York, 6 mayo de 1882, *OCEC*, t. 9, p. 308.

²⁰⁴ José Martí: “Carta a Máximo Gómez, 20 de abril de 1894”, *Epistolario de José Martí* (5 t.), t. 4, p. 121, CEM, La Habana, 1993.

²⁰⁵ José Martí: “Cartas de Martí. Los héroes del Polo”, *La Nación*, Nueva York, 28 de febrero [1884], *OCEC*, t. 17, p. 179.

²⁰⁶ Carlos Delgado: *Hacia un nuevo saber. La bioética en la revolución contemporánea del saber*, p. 25, Publicaciones Acuario, Centro Félix Varela, La Habana, 2007.

- Las condiciones de existencia de los hombres y su reflejo en las ideas, lo que aplica notablemente en sus análisis de destacadas figuras, en sus retratos de “hombres”. Así afirmaba en 1887 sobre Beecher: “Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión”.²⁰⁷ Sencilla manera de observar la determinante y a la vez sutil relación existente entre las condicionantes epocales y la manera en que son reflejadas por las diferentes expresiones de la producción espiritual.
- La relación entre la época y la producción espiritual, en la medida en que valoró la impronta que deja la época en la obra creadora, portadora de virtudes y defectos, que no se pueden atribuir solo a la capacidad creadora de las individualidades, sino que responden también a las limitaciones o progresos de un momento histórico dado. Por otra parte, al comprender la relación entre la época y sus realizaciones, descubre en estas el nexo profundo entre lo material y lo ideal en la creación, lo cual expone de manera asombrosa, por la síntesis lograda al captar lo esencial cuando habla de la arquitectura en sus “Escenas neoyorquinas” de 1884: “Las edades de pelea alzaron castillos; las de sombra, conventos”.²⁰⁸
- La cuestión de las clases sociales. Aunque este ha resultado un aspecto polémico puede afirmarse que fue reflejando y penetrando en la existencia de las clases, sus manifestaciones culturales y la naturaleza de sus

²⁰⁷ José Martí: “Cartas de José Martí. Henry Ward Beecher”, *La Nación*, Nueva York, 13 de marzo de 1887, *OCEC*, t. 25, p. 179.

²⁰⁸ José Martí: “Escenas neoyorquinas”. Anuario del Centro de Estudios Martianos, t. 5, p. 17, La Habana, 1982.

luchas. Baste un somero acercamiento a sus “Escenas norteamericanas” para poder apreciarlo.

- El problema de la colonización cultural, cuando observa y subraya uno de los peores vicios que, en gran medida, se han desplegado en el mundo contemporáneo. Ya Martí valoraba que “de los Estados Unidos se van las herederas a Inglaterra, a casarse con los lores; ningún galán neoyorquino se cree bautizado en elegancia si no bebe agua de Londres; a la Londres se pinta y escribe, se viste y pasea, se come y se bebe, mientras Emerson piensa, Lincoln muere, y los capitanes de azul de guerra y ojos claros miran al mar, y triunfan”²⁰⁹ y juzgaba con severidad el desdén que por la grandeza propia, tienen algunos.
- La relación entre la cultura material y espiritual, aspecto que ha resultado polémico, dadas las diversas interpretaciones realizadas en las cuales en muchos casos se ha hiperbolizado una de ambas aristas; pero hoy cada vez más —como lo haría Martí en su momento— se tienden a fusionar y a entender en su profunda interrelación. Se revela *el carácter dialéctico de su interpretación de la relación entre la cultura material y espiritual* al descubrir detrás de las realizaciones materiales un contenido espiritual. Como un maravilloso mensaje para niños y jóvenes ¿y por qué no, para hombres y mujeres? le decía a su María: “Mucha tienda, poca alma”²¹⁰ Nos llega hoy como un mensaje esencial en la interpretación de la relación entre lo natural y lo artificial, entre la elegancia y la ostentación,

²⁰⁹ José Martí: “Placeres y problemas de septiembre”, New York, septiembre 19 de 1885, OCEC, t. 23, p. 14.

²¹⁰ José Martí: *Testamento pedagógico. A mi María*. Testamentos. Edición Crítica, p. 60, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

entre lo verdadero y la falsedad, aristas esenciales para un acercamiento auténtico al fenómeno de la cultura y especialmente, de la educación.

- El reconocimiento de la creación cultural universal. Como se ha valorado muchas veces, por especialistas diversos, en su pensamiento no solo está presente lo latinoamericano o hispanoamericano, lo árabe, lo asiático, es decir, una mirada no solo desde el aporte de antiguas culturas, no europeas, sino desde el subdesarrollo, desde la periferia, desde “la parte más lacera de este mundo”,²¹¹ pero con la convicción de que en estos pueblos viejos y nuevos, existía un caudal increíble de sabiduría, de trabajo, de creación... existía una obra material y espiritual realizada y por realizar... Cuando valora a los anamitas o la América de los indios, lo hace desde lo que aportan en *sus identidades*, en sus diferencias, en su diversidad... capaces de crear maravillas como Tenochtitlán, Uxmal, Chichén Itzá, el Gran Buda de Hanoi o la pagoda de Angkor... comparables con las más importantes creaciones modernas. Por sobre todo, Martí no hace ese análisis, solamente, mirando al pasado sino al porvenir, lo cual constituye su confirmación de la confianza en la capacidad creadora de los pueblos.
- El proceso de la creación para el ser humano, como condición de su existencia y realización, como proceso ininterrumpido en el que nos reconocemos “¡antes serán los árboles dosel de la tierra y el cielo pavimento de los hombres, que renunciará el espíritu humano a sus placeres de creación, abarcamiento de los espíritus ajenos,

²¹¹ Fidel Castro Ruz: Encuentro Internacional de intercambio sobre los problemas del mundo contemporáneo, *Cuba Socialista*, p. 119, La Habana, 30 de diciembre de 1987.

pesquisa de lo desconocido, y ejercicio permanente y altivo de si propio!”. Por eso, su reconocimiento de *la creación cultural en Nuestra América*, lo que requería de una postura radical en función de la defensa de lo autóctono, de lo verdadero y permanente, sin perder de vista la asunción de lo mejor de lo universal... frente a ideas falsas y extranjerizantes. La polémica entre la civilización y la barbarie —como ya se ha estudiado— tuvo en Martí un preclaro defensor del cultivo y desarrollo libre de las potencialidades humanas. Ellas resultaban condiciones típicas de los pueblos nuevos que conformaban el continente americano, considerando, a su vez, que a la luz de un fecundo proceso de germinación, florecerían con toda la riqueza que le es consustancial. “Cuando descanse al fin de sus convulsiones—necesarias todas, pero de término seguro—la América que habla castellano—¡qué semillero de maravillas no va a salir a la luz del sol!”²¹² Salta a la luz, la comprensión de la importancia del momento del desarrollo en que nos encontrábamos.

- El lugar y papel que ocupaba la creación cultural en el proceso de emancipación de nuestros pueblos del yugo colonial y de cualquier otra forma de dominación, así comprende *la creación cultural como instrumento de lucha*. Precisamente por esa claridad y proyección, el pensamiento martiano ocupa un lugar excepcional en la batalla de ideas que libra nuestro pueblo, en tanto, no solo nos señala el camino, sino que nos advierte de la necesidad de combatir lo formal, de descubrir en nuestro legado histórico los fundamentos de nuestro proyecto, de encontrar el verdadero sentido de las

²¹² José Martí: “El libro de un cubano”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, OCEC, t. 18, p. 29.

acciones que emprendemos, de conjugar los esfuerzos, de hallar los nexos reales entre política y cultura, entre arte e historia.

- El combate contra la imitación... que consideró tan dañina en el arte, como en la vida, manifestación degradante de la imperfección humana, “no hay imitación que no sea vil”.²¹³ Es tan auténtica su posición frente a toda copia o imitación, que se refleja no solo en su original obra humana, política y artística sino que lo plasma en documentos personales de hondo carácter afectivo. No es posible olvidar su sentida dedicatoria al *Ismaelillo* cuando le advierte “Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, díles que te amo demasiado para profanarte así”.²¹⁴ Sencilla manera de decirle al fruto de su vida, que el amor no tolera falsedades.
- Es por eso que, al profundizar en el problema de la autenticidad de la creación, llega a descubrir en las tendencias a la imitación, raíces profundas en *las deficiencias de la educación artificial* recibida “Sacar de sí el mensaje natural es la obra del artista, y ver con sus propios ojos, que es fuerza a que aún los hombres de sumo valer suelen llegar tarde en la vida, por lo falso y ajeno de la educación artificial con que los vendan”.²¹⁵ No pueden olvidarse, al respecto, sus profundas valoraciones en torno a *la educación*, especialmente aquellas que se orientan al carácter de la educación en correspondencia

²¹³ José Martí: “Cartas de Martí”, *La Nación*, New York, 19 de enero de 1883, ob. cit., p. 24.

²¹⁴ José Martí: “[Edición príncipe de *Ismaelillo*]”, Nueva York, 1882, OCEC, t. 14, p. 17.

²¹⁵ José Martí: “Joaquín Tejada. El pintor cubano y su cuadro *La lista de la lotería*”, *Patria*, 8 de diciembre de 1894, OC, t. 5, p. 287.

con las características y necesidades reales de los pueblos, rechazando toda tendencia a potenciar lo que resulte falso y ajeno, por cuanto al final, ello redundará negativamente en el accionar individual y social, idea que adquiere honda significación en la realización actual de los proyectos educativos.

- La sutil y esencial relación de lo universal y lo particular en la cultura, lo cual supone el enfrentamiento del problema de la originalidad. Esto tiene su expresión en la problemática acerca de la relación entre los valores universales y propios, presente en la evolución de las ideas en América Latina.²¹⁶ Sin dudas es hoy una de las cuestiones más importantes en el enfoque filosófico del problema de la cultura y asume significación práctica, en tanto nos remite al problema de la dominación cultural; se produce el fenómeno de la imposición de modelos culturales atendiendo a la informatización de la sociedad, que se generan desde los centros de poder y responde a tendencias hegemónicas, en el contexto de la sociedad contemporánea.

Es por ello que la profundización en este *complejo problema de la cultura* no desde discursos emancipatorios abstractos sino *desde un pensamiento humanista de vocación universal* como el de José Martí, nos ofrece importantes criterios, juicios, valoraciones que devienen claves esenciales en el enfrentamiento al problema de la cultura de la dominación. Su calidad de pensamiento liberador se la da la propia sustancia transformadora que lo nutre a partir de una conciencia clara del papel de la lucha revolucionaria como legítima expresión de lo mejor de una nación y de un continente, en términos de cultura y política.

²¹⁶ José Ramón Fabelo Corzo: *Retos al pensamiento en una época de tránsito*, p. 106, Editorial Academia, La Habana, 1996.

Al mismo tiempo, esa cuestión de lo universal y lo particular no deja de tener gran significado en el contexto nacional, en el proceso de elaboración tanto de la política como de la propia identidad, como expresión de la relación entre la unidad y la diversidad. La primera advertencia al analizar este aspecto, en la concepción martiana de la cultura, debe estar orientada a *la interpretación adecuada de la presencia de lo universal*, en tanto comprende la cultura como elaboración elevada de la humanidad. Así, concibe el aporte realizado por las distintas civilizaciones y períodos del desarrollo de la sociedad a través de la creación material y espiritual de los hombres, en la construcción de un resultado esencial, tangible e impercedero: la obra humana.

Lo creado por la humanidad, como herencia admirada y su identificación de los aportes de hombres y pueblos diversos, conforma un sustrato esencial en todo el pensamiento y la proyección individual y social de un hombre como Martí. Ello se expresaría tanto en el plano político, social, religioso, ético, como en el psicológico, sociológico, en fin, humano. Sin embargo, “esa herencia, no importa su dimensión o prestigio, no es aceptada acríticamente por Martí”.²¹⁷ Ello no es expresión de una incorporación ecléctica y edulcorada sino de una verdadera y exigente *asimilación crítica* de todo lo creado.

Eso solo es posible desde la asunción de lo propio como fundamento de la verdadera valoración de lo que ha sido creado por el otro, vasto universo humano; como se afirma: “En el pensamiento de José Martí, la temprana vocación de autoctonía condiciona su valoración de la otredad”.²¹⁸

²¹⁷ Roberto Fernández Retamar: “Algunas consideraciones sobre la cultura en José Martí”, revista *Honda*, (1): p. 21, La Habana, 2000.

²¹⁸ Rolando González Patricio: “José Martí y la comunicación transcultural”, revista *Honda*, (1): p. 36, La Habana, 2000.

De esta manera, el reconocimiento de la presencia de lo humano universal en la concepción martiana de la cultura es un punto esencial que nos permite adentrarnos en su comprensión de la relación con lo particular y propio.

La segunda advertencia está dada por la necesidad de entender lo que representa *el concepto de lo propio* en Martí. Desde sus escritos de la década del setenta y principios de los ochenta, en su decisivo recorrido y estancias en diversos países de América Latina, fundamentalmente México, Guatemala y Venezuela se puede apreciar la profundización *el problema de la identidad latinoamericana*.

En esa comprensión se revela un respeto elevado por las mejores tradiciones creadas a lo largo de una rica y compleja historia, donde el quehacer colectivo y el propio de las individualidades han ido dejando su impronta como un legado imperecedero para las sucesivas generaciones. Al mismo tiempo, una convicción de lo que representa la voz del otro, de los débiles, de los oprimidos...que ha sido acallada por los modelos culturales impuestos desde la fuerza del poder. Ello quedaría registrado en su paradigmático ensayo "Nuestra América", aparecido el 30 de enero de 1891, en el que no solo resuelve la falsa contradicción entre civilización y barbarie a favor del desarrollo natural de nuestros pueblos y hombres, sino que de forma sintetizada expresa su juicio ante el problema de la relación de lo universal y lo particular.

No por conocida y analizada resulta menos significativa su frase: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".²¹⁹ Sobresale su orgullo, su elevada concepción de nuestras repúblicas, capacitadas por los resultados de su creación material

²¹⁹ José Martí: "Nuestra América", *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, *OC*, t. 6, p. 18.

y espiritual alcanzados históricamente, es decir, desde una producción cultural propia, para incorporar en ellas al mundo, sobreentendiendo con este concepto, lo mejor creado por la humanidad. Ello nos releva de una interpretación errónea, pues en Martí no hay hiperbolización ni absolutización de lo americano sino una proeza de rescate y hallazgo de lo que nos identifica y de nuestra contribución al concierto cultural universal.

Esa cuestión, en Martí, se resuelve de manera interrelacionada con *la cuestión de la independencia*, que constituía un problema de esencia, es decir, de fondo, de contenido y no un mero cambio de formas. Para comprender la cuestión del desarrollo cultural americano, en su independencia y nexos con el resto del mundo, había que contar con el pasado histórico, con los aciertos y errores, había que hacer un balance de lo alcanzado, sin dejar de considerar las mezquinas posiciones de gobernantes o letrados artificiales que renegaban de sus ancestros. Comprende que está naciendo en América el hombre real, que sustituirá a la mascarada heredada de la conquista y dominación europea. Ese hombre real, indio, negro, mestizo, campesino, el pueblo natural empezaba a pensar desde América y a buscar soluciones propias. Hoy se hace visible a los ojos del mundo *los otrora olvidados de siempre*.

Se ha dibujado por Martí —siguiendo el espíritu bolivariano— una figura que nos acompañará en nuestra existencia como continente, como concierto de naciones que aportan a la humanidad toda su alma e intento, la de *los pueblos latinoamericanos*. Lo más significativo es que lo hace no solo atendiendo a las raíces, es decir, al pasado común doloroso, sino mirando al futuro de la América trabajadora, de la América nueva. El siglo xxi descubre la presencia viva de Bolívar y Martí en sus combates renovados.

A más de unos cien años de haberse escrito esa pieza antológica, que resume el discurso identitario y emancipatorio latinoamericano, siguen trazándonos el camino de la independencia y del desarrollo a nuestros pueblos que todavía hoy no se conocen suficientemente y que son permanentemente divididos por el gigante que pretende dominarnos.

Si en la concepción cultural martiana Nuestra América ocupa un espacio privilegiado, no puede negarse el lugar excepcional que le otorga a Cuba, por cuanto, en su calidad de profundo conocedor y admirador de la cultura cubana ofrece significativas valoraciones de las más importantes realizaciones en este plano. Su profundo estudio de la historia patria y su acercamiento a la esencia del cubano le permite develar la sustancia y espíritu de una cultura en formación, a la que su verbo y su obrar van a fertilizar con savia nutriente y fundacional. No hay, entonces, acercamiento a la cultura cubana, en cualquiera de sus aristas: saberes, creación, ciencia, arte, literatura, instituciones, protagonistas... que no tome como rasero el compromiso supremo con la patria.

Resultan legítimos los criterios martianos en torno al problema de la cultura, desde la aprehensión multidimensional de dicho fenómeno complejo; es que "La concepción de la cultura que Martí va conformando a lo largo de su quehacer, no hay que olvidarlo, parte precisamente de ese afán de alcanzar una visión totalizadora del hombre y la sociedad, por ello este concepto aparece en sus textos en su concepción más amplia... pues incluye junto a la cultura artístico literaria, aspectos tan significativos como la cultura del trabajo, la cultura científico-técnica, de los sentimientos, etcétera".²²⁰

²²⁰ Olivia Miranda: *José Martí. La Revolución como hecho cultural*, p. 193, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2007.

Es precisamente *la integralidad el rasgo distintivo de la concepción martiana de la cultura*, la que brota de su visión amplia de la realidad, de su interpretación revolucionaria de tiempo y espacio, de su afán transformador, de su confianza en el ser humano...y se plasma en su proyecto emancipador de pueblos y hombres. Con ello se revela el lugar que le confiere a *la cultura como visión totalizadora de la sociedad*, con lo cual el pensamiento martiano aporta un camino original, desde su experiencia práctica en el ámbito hispanoamericano y norteamericano, en su indagación y conocimiento de la sociedad.

Sustentada en su concepción cultural se erige la *axiología o concepción de los valores* en el pensamiento martiano, en la que se descubren, asimismo, claves para el complejo problema del desarrollo de *la cultura de los sentimientos* por la que sin dudas pasa el problema de *la educación en valores*, desafío insoslayable de nuestra sociedad.

El contradictorio decurso histórico de la humanidad y los caracteres propios del mundo contemporáneo, con los consustanciales y ascendentes procesos de mundialización e interdependencia que lo tipifican hoy, como premisas esenciales en un acercamiento necesario, no nos permiten asumir de modo simplista y reduccionista el fenómeno de la cultura.²²¹ Aunque, desde una comprensión integral e integradora de la cultura, teniendo en cuenta su condición de sistema multifuncional, no nos limitamos en este examen a una mera identificación de la misma con los valores, sí resaltamos esta arista en virtud del objetivo planteado.

De igual manera, constituiría una prueba de desconocimiento del espíritu y la letra de la multidimensional

²²¹ Ver el lúcido ensayo de Omar González Jiménez "Paradojas de la globalización: aún estamos vivos", *Cuba Socialista*, 3.ª época, (12), La Habana, 1999.

comprensión martiana de la cultura, pretender hallar solo aquello que la relaciona con los valores. Sin embargo, resulta altamente válida y necesaria para nuestro presente la indagación en torno a dicha arista sobre todo por lo que de contribución conlleva a la difícil tarea que tiene ante sí la sociedad cubana actual en el enfrentamiento, junto al resto de la humanidad, a dramáticos desafíos.

Asimismo, pudiera considerarse para su examen, entre otras, algunas cuestiones necesarias. *El lugar de lo axiológico en dicho pensamiento dada su esencial naturaleza político-social.*²²² Martí es ante todo un pensador político-social siendo *el contenido* de dicho pensamiento *un proyecto de liberación nacional y transformación socio-económica, política, estético-cultural y ética para Cuba y América Latina* que ha quedado plasmado en toda su obra.

Tanto en el sentido del pensar como en el del quehacer, a través de diversas formas de expresión, desde el discurso revolucionario, el documento partidista, el artículo periodístico, la obra literaria (drama, novela, poesía, relato) la crítica literaria y artística, los juicios filosóficos, las ideas pedagógicas, la correspondencia, los apuntes, los fragmentos... solo comprendiendo la entrañable relación contenido-forma. En tan grandiosa creación podrá interpretarse tal obra como expresión de la amplitud y profundidad de un pensamiento universal, esencial y anticipador, en el cual lo axiológico deviene fibra constituyente y orientación renovadora.

²²² Con lo cual las múltiples facetas como periodista, escritor, filósofo, crítico, pedagogo... quedan subordinadas a su vertiente esencial. Por ello, cualquier acercamiento al pensamiento martiano, a su entraña, a su naturaleza íntima, no puede pretender escindirlo, separarlo, encasillarlo. Los verdaderos estudiosos de Martí lo saben y no lo han pretendido jamás, aun cuando se hayan aproximado a los diferentes problemas, temas...

El necesario rigor en el examen de lo axiológico en el pensamiento martiano desde el punto de vista histórico. Se trata de abordar dicho componente ideológico igual que cualquier otro problema siguiendo un riguroso estudio histórico-comparativo, atendiendo al proceso de formación y desarrollo de un pensamiento que pleno y maduro estaba en posibilidades de seguir desarrollándose bajo el ideal independentista. Ello permite comprender no solo la formación de conceptos y concepciones, el tratamiento particular dado en cada etapa sino el lugar y significación que alcanza en su pensamiento. Este estudio ha permitido apreciar y fundamentar la presencia de una verdadera axiología en el pensamiento martiano.

El fundamento filosófico de la axiología martiana lo constituye su concepción acerca del hombre, la subjetividad y la actividad humana. Así, su profunda reflexión acerca del hombre desde sus múltiples acercamientos, atendiendo a las diversas determinaciones conceptuales que incluyen desde la naturaleza humana, esencia, concepto... hasta la proyección de su peculiarísima escala humana llegando a captar las complejas dimensiones de la obra humana y en consecuencia, su real y verdadera trascendencia. Con ello Martí, al colocar como centro de atención el inmenso caudal espiritual del hombre descubre su universo valorativo. Por ello *la concepción del hombre y sus valores*²²³ constituyen aspectos inseparables; polos de una misma relación, en un pensamiento fundacional.

El análisis de la axiología en José Martí supone el tránsito por diferentes aspectos y momentos en su pensamiento: desde su

²²³ Ver R. Pupo: "Humanismo y valores en José Martí", en *El Ensayo como búsqueda*, Universidad Popular de la Chontalpa, México, 2007, y de la autora: "El hombre y los valores en José Martí", *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, 33-34. 2004, formato digital publicado en Internet.

comprensión acerca de “la utilidad de la virtud”²²⁴ su código valorativo, el que contiene no solo sus extraordinarias apreciaciones de los distintos valores²²⁵ la jerarquía que establece a partir de la significación que atribuye a estos²²⁶ en el perfeccionamiento humano hasta... el delicadísimo problema de la “formación” de valores²²⁷ con lo cual se revela todo el potencial educativo en su pensamiento.

La axiología martiana constituye sin dudas, expresión esencial de un pensamiento devenido programa transformador e inscrito en una concepción cultural extraordinariamente significativa. Ella no solo causa asombro por su carácter anticipador y fundacional como exponente de lo mejor de la creación latinoamericana, sino por la universalidad alcanzada, todo lo cual le ha otorgado real trascendencia y excepcional vigencia en el nuevo siglo.

Cultura-axiología deviene entonces una esencial relación en el pensamiento martiano que se proyecta, en toda su grandeza y magnitud, en un verdadero programa de transformación social e individual, en el que se contemplan las diversas esferas de la vida humana, y se le otorga un lugar especial a todo aquello que eleve al hombre, que lo convierta en un ser útil y mejor.²²⁸

²²⁴ José Martí: “[Edición príncipe de *Ismaelillo*]”, ob. cit.

²²⁵ Aparece en su pensamiento un amplio espectro valorativo que sugiere el reflejo de los múltiples fines humanos a partir de una extraordinaria sensibilidad.

²²⁶ Se reconoce por los estudiosos la existencia de una tríada esencial de valores en su pensamiento: el bien, la belleza y la verdad. Asimismo, el patriotismo ocupa —como se ha señalado— un lugar esencial.

²²⁷ Ello viene dado porque ofrece un verdadero método con enorme significación para la labor educacional.

²²⁸ Rigoberto Pupo: “José Martí, autoconciencia, trascendencia y contemporaneidad”, *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (30), p. 24, La Habana, 1995.

Dicho programa, válido para Cuba y para América Latina, para el siglo xix y para el xxi, descansa en una trascendente comprensión de los problemas más importantes de su tiempo y de esta zona del mundo, y se proyecta en toda su significación en la medida en que es expresión suprema del profundo humanismo que caracteriza su pensamiento.

La concepción martiana de los valores está presente en toda su obra, atendiendo a las diversas maneras en que esta se manifiesta, aun cuando algunas “zonas” constituyan expresiones más plenas.

Pueden recordarse: el *Ismaelillo*, portador entre otros de un verdadero código de valores; las *Cartas a María Mantilla*, fuente de profundas reflexiones en torno al significado de los valores espirituales; *La Edad de Oro*, propuesta axiológica que contiene no solo el universo valorativo martiano sino el método de formación de valores que se asienta en un principio sustancial de su reflexión pedagógica: la unidad esencial y necesaria entre lo instructivo y lo educativo, entre el intelecto y los sentimientos. Así lo declara en *Educación Popular* en sus *Juicios sobre Educación*: “el pueblo más feliz es el que tenga mejor educado a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos”.²²⁹

Ello resulta una “clave” insoslayable que aporta a la labor educacional de nuestros días. Así, en esa joya de la literatura para niños, se descubre el modo de hacer, de despertar el sentimiento a partir del conocimiento, de potenciar la búsqueda y cultivar la sensibilidad... en fin, ofrece a la cultura latinoamericana y al mundo, un paradigma educativo, con extraordinaria validez más de cien años después de creada y sin igual similar en la misma. Convergentes reflexiones pueden provocarnos los discursos revolucionarios o la poesía.

²²⁹ José Martí: “Educación Popular. Juicios. Educación”, OC, t. 19, p. 375.

La multidimensionalidad que alcanza la axiología martiana, dado su profundo sentido cultural e ideológico impide que se reduzca a una de las diversas facetas, aun cuando no puede obviarse la significación de lo ético en dicha concepción. Sin dudas, se ha hiperbolizado en ocasiones, desechándose las múltiples interrelaciones a partir de la presencia de lo político, lo estético, lo científico-gnoseológico, etc. Una adecuada comprensión de la naturaleza íntima de su pensamiento y del lugar del componente axiológico en él, permite “aprehender” por ejemplo el carácter eticista que adquiere la política o el nexo indestructible entre lo ético y lo estético en dicho pensamiento, siguiendo la tradición del pensamiento cubano, o el código valorativo –que contiene y que deviene sustrato insoslayable para el complejo proceso de la educación de la personalidad.

Así se puede comprender como *axiología y educación* devienen, a su vez, una unidad en su *pensamiento*, la cual descansa en la idea de que *cada ser humano lleva en sí un hombre ideal*²³⁰ y que esta solo se revela, se manifiesta en la medida en que se lleva a cabo una cuidadosa labor para que “surja al sol todo el oro de su naturaleza”.²³¹ Presente entonces la virtud-valor como regulador de la conducta humana y de forma particular como fin que orienta la preciosa tarea de formar hombres. El ideal preside y dirige la actuación del educador, es supraobjetivo.

Lo axiológico no es solo el núcleo de la cosmovisión sino sustancia propia de su pensamiento pedagógico, vórtice insoslayable en todo su quehacer diverso, dignificado como lo que fue, un fundador. Ello, en el ámbito de la educación contempla desde el conocimiento profundo de los sistemas de

²³⁰ José Martí: “Músicos, poetas y pintores”, *La Edad de Oro*, Nueva York, 1889, OC, t. 18, p. 390.

²³¹ José Martí: “Nueva York en otoño”, *La Nación*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886, OCEC, t. 24, p. 249.

educación imperantes en su tiempo, en nuestras tierras y en otras...hasta la proyección del ideal educativo para el hombre latinoamericano. Esencial acercamiento a la real contradicción entre el ser y el deber ser que nutrió continuamente su pensamiento, que lo alejó de falsos reflejos y le confirió objetividad al examen de su realidad.

No puede, asimismo, olvidarse el profundo nexo de tales *concepciones culturales, axiológicas y educativas* con sus diversos acercamientos a un problema extraordinariamente controvertido hoy, el de *las identidades*, más que identidad,²³² dada el alcance que adquiere en el entramado del complejo mundo actual.

Desde la presencia de lo que hoy reconocemos como *niveles de la identidad*, entre los que se encuentran: *lo individual, lo familiar, lo local, lo regional, lo cultural, lo nacional, lo universal* en tanto hay en Martí un interés especial por esta cuestión desde la penetración en la identidad humana, en tanto individuo, hombre, mujer, existencia, esencia, vida, muerte, trascendencia... en lo relativo a la identidad del cubano y latinoamericano... hasta lo que él denomina identidad del espíritu humano.²³³ Representativa deviene esta idea: "No tienen aquí la *patria* propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable

²³² Ello deviene un tema consustancial a nuestra existencia y devenir, pero su aprehensión resulta extremadamente compleja, en tanto conlleva "imprecisión y ambigüedad del objeto de estudio", al decir de una rigurosa investigadora (Isabel Monal: "Identidad entre inercia y dinámica. El acecho de la razón identitaria. Filosofía y Sociedad", editorial Félix Varela, La Habana, 2001, p. 544). De ahí su presencia en la filosofía, antropología, lógica, psicología en los estudios socio-culturales y propiamente, en la teoría de la cultura. Como expresión de un fenómeno social complejo se descubre su importancia en el contexto de la sociedad contemporánea no solo en el orden de lo social-cultural sino atendiendo a la connotación étnico-política que adquiere desde el sistema de dominación imperialista.

²³³ José Martí: "Cuaderno de apuntes no. 7" (1881), OC, t. 21, p. 198.

de sus hijos; no tienen aquí el círculo de *familia*, que conserva al hombre en la fuerza de sí con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de la agonía, no tienen aquí el *pueblo* nativo, cuya estimación ayuda a vivir y cuya censura es temida”.²³⁴

Punto de arranque de su acercamiento minucioso a la *identidad individual* radica en su comprensión de la *esencia humana*, que sabe permanente en tanto condición única que coloca al ser humano como ser natural, resultado de la naturaleza y al mismo tiempo como ser histórico. Sin embargo, eso imperecedero en el hombre, no evade su inserción en el tiempo y en el espacio, no esquiva lo histórico, sino descubre en realidad lo que hace al hombre un ser libre y creador. “No me importan las estaciones del camino humano, que se levantan y destruyen con arreglo a las conveniencias de los vivientes sino el vapor—acomodable, pero libre, que echa a andar el tren por ellos”²³⁵ y su capacidad para “elevarse como sin esfuerzo, y a la mirada natural, a la más grande altura”.²³⁶

Su acercamiento a tales problemas en lo que respecta a nuestros pueblos, reconociendo las identidades que la conforman, constituye una de sus más importantes contribuciones a la construcción de lo que hoy suele llamarse *identidad latinoamericana*.²³⁷ Así comprendería el profundo nexo cultura-identidad que brota del estudio y admiración por la creación en América Latina desde los aportes de los pueblos

²³⁴ José Martí: “Nueva York en otoño”, ob. cit., p. 246.

²³⁵ José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 6” (1881), *OC*, t. 21, p. 186.

²³⁶ *Ibíd.*, p. 183.

²³⁷ Ver Rolando González Patricio: “José Martí y la comunicación transcultural”, ob. cit. y Mayra Beatriz Martínez: “Identidad cultural en los textos de viaje martianos. Ya no podemos ser el pueblo de hojas...”, *Honda* (9), 2003.

originarios hasta su presente. Así señalaría: “Los aztecas, que tuvieron una mitología no menos bella que la griega y un Netzahualcóyotl no menos profundo que Platón”²³⁸ o cuando valora: “Con Guaicaipuro, Paramaconi, con Hatuey hemos de estar, y no con las llamas que los quemaron, ni con las cuerdas que los ataron, ni con los aceros que los degollaron, ni con los perros que los mordieron”.²³⁹

Asimismo, si comprendemos como *valores de la identidad*: aquellos significados que adquieren los elementos, objetos y procesos para los grupos, comunidades y naciones, en tanto los identifican en el orden económico, étnico, lingüístico, sociocultural, y reafirman el sentido de individualidad o pertenencia a estos. Los conforman los elementos naturales (árbol, flor, ave), los objetos creados por el hombre (instituciones, legislación...), procesos socioculturales (bandera, himno, escudo, comidas, formas de vestir, tradiciones y costumbres, formas de ser...), el patrimonio material (arquitectura, técnica, tecnología, monumentos históricos, obras de arte... así como el llamado patrimonio inmaterial (lengua, filosofía, historia, religión, música, danza, literatura)²⁴⁰ podemos descubrir en Martí valiosos acercamientos a una cuestión de honda trascendencia en el mundo de hoy.

Así vio el ser latinoamericano proveniente de “nuestros pueblos, donde las rosas huelen y las mujeres aman, renuevan en cada niño la poesía”²⁴¹ porque comprendió que “lo que acontece en la América española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi

²³⁸ José Martí: “Indios”, Fragmento no. 35, OC, t. 22, p. 28.

²³⁹ *Ibid.*, p. 27.

²⁴⁰ Lissette Mendoza Portales: “Formación humanista e interdisciplinaria del profesional de la educación”, p. 11, (resultado de investigación, ISPEJV 2002).

²⁴¹ José Martí: “Correspondencia particular para *El Partido Liberal*”, Nueva York, 26 de junio [de 1886], OCEC, t. 24, p. 71.

simultánea decisión de entrar con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores... Se está en un alba y como en los umbrales de una vida luminosa".²⁴²

Y al caracterizar el ser del cubano lo aprecia tendente a las alturas, en tierra de nido de águilas y clamando por el abandono de lo ajeno asumido, exhorta al enraizamiento en lo propio, cuando advierte: "Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos".²⁴³ Así le escribía al poeta bayamés José Joaquín Palma en 1878: "Nobles son, pues, tus musas: patria, verdad, amores".²⁴⁴

Su preocupación por los diversos aspectos y facetas de la educación que conforma una extraordinaria propuesta para Nuestra América incluye desde: el papel de la escuela; las características de la clase, su variedad y sistematicidad; el estudio, la lectura, la labor del maestro en general y de la maestra en particular; la actividad pedagógica y el método; las materias principales a estudiar y sus características, los rasgos de los diferentes niveles: desde la enseñanza elemental hasta la Universidad; las diversas disciplinas: Artes y Oficios, Mecánica, Electricidad, Medicina, Derecho, Filosofía, Historia de la Filosofía, Literatura, Historia... la relación entre la instrucción y la agricultura, la escuela y el taller; el significado y las múltiples dimensiones del trabajo; la penetración de las leyes de la naturaleza como manera de resolver los problemas sociales; el problema de la creatividad y la atmósfera necesaria para lograrla; el problema de la educación de la mujer; la educación fuera de la patria y la cuestión

²⁴² José Martí: "Respeto a Nuestra América", *OC*, t. 6, p. 24.

²⁴³ José Martí: "A José Joaquín Palma", 1878, *OC*, t. 5, p. 95.

²⁴⁴ *Ibíd.*, p. 96.

de la identidad y muchos otros, hasta las finalidades de la educación, expresadas de muchas formas, conocidas por nosotros y que se resume en “preparar al hombre para la vida”²⁴⁵ lo cual para él cobra sentido cuando la educación “habilita a los hombres para obtener con desahogo y honradez los medio de vida indispensables en el tiempo en que existen, sin rebajar por eso las aspiraciones delicadas, superiores y espirituales de la mejor parte del ser humano”.²⁴⁶ Mensaje ineludible para el mundo de hoy.

Con ello revela la verdadera esencia axiológica de la educación: aspiraciones superiores, que tomando “al hombre como resumen del mundo viviente, lo coloque a tono con su tiempo en condiciones de que flote sobre él”.²⁴⁷ Valores que conlleven como fines a alcanzar el perfeccionamiento continuo del ser humano y se dibuja en toda su validez el nexo indestructible entre axiología y educación en el método de formar valores que proyecta para alcanzar un fin esencial: “el pueblo más feliz”;²⁴⁸ la tarea: “una campaña de ternura y de ciencia”;²⁴⁹ el camino: “la educación de los sentimientos junto al pensamiento”;²⁵⁰ la clave: la educación de los sentimientos.

Y su asunción supone comprender la hondura y fragilidad que encierra cada paso dado en este sendero que es la propia

²⁴⁵ José Martí: “Escuela de Electricidad”, *La América*, Nueva York, noviembre de 1883, *OCEC*, t. 18, p. 228.

²⁴⁶ José Martí: “Reforma esencial en el programa de las Universidades americanas”, *La América*, Nueva York, enero de 1884, *OCEC*, t. 19, p. 38.

²⁴⁷ José Martí: “Escuela de Electricidad”, ob. cit., t. 18, p. 228.

²⁴⁸ José Martí: “Educación popular. Juicios. Educación”, *OC*, t. 19, p. 375.

²⁴⁹ José Martí: “Maestros Ambulantes”, *La América*, Nueva York, mayo de 1884, *OCEC*, t. 19, p. 188.

²⁵⁰ José Martí: “Educación popular. Juicios. Educación”, *OC*, t. 19, p. 375.

vida; porque como observa: “hay que dar al niño, hombros para que sustente el peso que la vida le eche encima—no peso ajeno, que oprima sus hombros; así cómo andará?”²⁵¹

Señala entonces desde sus propios cimientos la naturaleza del proceso de formación de valores, desde su fundamento, el sentimiento, referido a las etapas más tempranas del desarrollo del hombre “deben cultivarse en la infancia preferiblemente los sentimientos de independencia y dignidad”.²⁵² Con ello nos descubre lo profundo del enigma del mundo espiritual y al mismo tiempo el riesgo que se corre al no actuar con acierto en esta fase singular de la formación humana.

¿Por qué el sentimiento de independencia? Porque con ello no solo advierte lo que representa desde esta etapa la conformación de un ser autónomo, que sea capaz de juzgar por sí solo, que actúe libremente sobre la base de comprender su lugar en el mundo, sino que al mismo tiempo se está pre-figurando una actuación que se extiende más allá de la actuación del individuo y que cristaliza en el pueblo.

¿Por qué el sentimiento de dignidad? Porque con ello nos descubre lo que hace al hombre un ser superior, lo que nos explica que el hombre más humilde de la Tierra puede ser la expresión suprema de la especie, de la condición humana, porque un hombre y su obra pueden ser el resumen de la maravilla y, sobre todo, porque desde pequeño el ser humano debe captar la paradoja que encierra la existencia humana: las tendencias encontradas de la virtud y el vicio. Frente a la debilidad y la flaqueza se erigen entonces la fortaleza y la entrega.

²⁵¹ José Martí: “Apuntes para libros”, *Escritos sobre Educación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

²⁵² José Martí: “Boletín”, *Revista Universal*, México, 13 de mayo de 1875, OCEC, t. 2, p. 41.

Confluyen así *independencia y dignidad* como sentimientos-valores-cualidades que en un excepcional código de valores servirán de sustento al patriotismo, dado su lugar especial. En su admirable penetración en este último se contiene un mensaje que señala el camino de ese complejo proceso de educación en valores, porque Martí nos ofrece un método singular para la realización de esa delicadísima labor, nos ha legado un modelo, un paradigma para los educadores latinoamericanos, plasmado de forma excepcional en esa verdadera joya que es *La Edad de Oro*, real propuesta axiológica martiana, cuyo contenido esencial está presente en todas sus reflexiones en torno a la educación.

Martí nos descubre la honda e insoslayable relación entre *conocimiento-sentimiento-valor*. Solo se admira lo que se conoce, solo se ama lo que se admira, solo se está comprometido con lo que se ama. Por ese camino hemos de transitar: cultivar los sentimientos a partir del desarrollo del conocimiento, solo entonces se asumirá el compromiso. Axiología y educación en una verdad esencial como las que caben en el ala de un colibrí²⁵³: “fe en la utilidad de la virtud”.²⁵⁴

El esencial y fundador pensamiento martiano, visión integradora de una época peculiar y de un inabarcable y plural continente con perfiles distintivos en el planeta, manifiesta su verdadera significación en tanto síntesis del emancipador siglo xix y punto de partida de una genuina renovación en la medida en que penetra en la problemática del ser humano.

Con ello Martí proporciona a la cultura y pensamientos cubanos una hermosa y sustancial concepción del hombre y los valores que sintetiza el esfuerzo y la entrega de los fundadores de la nación cubana y prepara el sendero de la

²⁵³ José Martí: “Maestros Ambulantes”...ob. cit., t. 19, p. 184.

²⁵⁴ José Martí: “[Edición príncipe de *Ismaelillo*]”, ob. cit.

asimilación del ideal social superior, que como conquista del intelecto y del sentimiento humanos, se convirtió en instrumento esencial en el proceso de continuidad en la batalla de nuestro pueblo, por la reafirmación de su identidad como nación independiente y en la obtención de valores universales para el ser humano.

Resulta entonces válido para la educación de nuestros días y del mañana, un pensamiento que, en virtud de su excepcional contenido, expresión del más alto humanismo, portador de un maravilloso código de valores trasciende se convierte en presencia incuestionable en nuestro quehacer.

Y es que Martí desde su profunda concepción del hombre como *ser irrepitable* y creador, desde su universo valorativo excepcional, nos llama a los educadores, ante los inmensos desafíos que el siglo xxi impone al desarrollo espiritual del hombre, a:

- descubrir el inmenso caudal espiritual del ser humano
- profundizar en el proceso de desarrollo del ser humano
- advertir las esenciales diferencias entre las etapas recorridas por el hombre a lo largo de su desarrollo(desde la infancia) y a actuar en correspondencia con ellas
- comprender el papel de lo afectivo junto al desarrollo del intelecto en el proceso de educación del hombre
- considerar los sentimientos principales a cultivar desde las edades tempranas: independencia y dignidad
- asegurar a “cada hombre el ejercicio de sí propio”²⁵⁵
- sentir que “no hay pena que no pueda consolar ni crimen que no pueda redimir el gusto de ser útil”²⁵⁶

²⁵⁵ José Martí: “Botes de papel”, *La América*, Nueva York, noviembre de 1883, OCEC, t. 18, p. 216.

²⁵⁶ José Martí: “Las fiestas de graduación en los Estados Unidos”, *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, OC, t. 12, p. 299.

- entender el valor del patriotismo como la levadura mejor de todas las virtudes humanas²⁵⁷
- saber que “quien quiera pueblo ha de habituar a los hombres a crear”²⁵⁸
- “ensayarse como ciudadano de república por ser cosa difícil, desde la niñez”²⁵⁹
- comprender que “las reformas solo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos”²⁶⁰

¿Podría haber sido de otro modo? Tratándose de aquel que pensó y sintió que “solo va al alma, lo que nace del alma”.²⁶¹

Es por ello que puede considerarse que *la relación cultura, valores e identidad* deviene premisa esencial para *una educación para la independencia*, ideal educativo al que debemos aspirar en un mundo marcado por la dominación, en tanto se comprende:

- la cultura y valores como disposiciones del ser humano
- la cultura como toda la obra humana y condición que iguala a los hombres
- la cultura como fundamento de los valores y los valores como expresión de la cultura
- la identidad en sus diversos niveles y significados
- la identidad latinoamericana en su diversidad y construcción permanente

²⁵⁷ José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 18”, *OC*, t. 21, p. 377.

²⁵⁸ José Martí: “La Escuela de Artes y Oficios de Honduras”, *La América*, Nueva York, junio de 1884, *OCEC*, t. 19, p. 222.

²⁵⁹ José Martí: “Las fiestas de graduación en los Estados Unidos”, *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, *OC*, ob. cit., t. 12, p. 305.

²⁶⁰ José Martí: “Nueva York en otoño”, *La Nación*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886, *OCEC*, t. 24, p. 245.

²⁶¹ José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 3”, *OC*, t. 21, p. 110.

- la educación como coraza, preparación para la vida, vía de realización como la vía esencial para la formación cultural, axiológica e identitaria

De la misma forma que podemos considerar a José Martí fundador de una axiología latinoamericana, se inscribe entre los educadores más insignes de esta parte del mundo. Por eso, para nosotros es sencillamente el Maestro. La indagación en ese pensamiento universal nos permite acercarnos a una profunda y coherente concepción del hombre que tomará dimensión significativa —al no ser un fin en sí misma— en su propuesta de transformación socio-cultural y ética con valor paradigmático, aún en nuestro tiempo.

Solo un hombre como José Martí dotado de profunda sensibilidad, de una singular capacidad de observación y captación de los conflictos humanos y de los problemas epocales, cuyo rasgo distintivo como individualidad es *la coherencia* en la actuación, es decir, entre *el ser, el decir y el hacer*, pudo ser capaz de elaborar un pensamiento en el que se manifiesta una profunda y articulada *concepción cultural-axiológica e identitaria*, válida para su tiempo y espacio, en la que se contienen hondas anticipaciones para el siglo que compartimos y que plantea elevados desafíos a la humanidad.

Ella, justamente, es la que permite comprender en qué consiste el enigma del *humanismo martiano*, sustento raigal de su concepción de *una educación para la independencia del ser latinoamericano y cubano* cuya esencia radica en: *la comprensión exacta de los problemas y conflictos de su tiempo, la concepción integral de la realidad social desde la aplicación de un enfoque dialéctico, la búsqueda de soluciones propias, la apreciación extraordinaria de la realidad hombre y confianza en sus capacidades y potencialidades, el diseño y defensa de un código de valores humanistas enraizados en lo mejor de la tradición cultural*

cubana y la proyección de una patria libre e independiente y de una república con todos y para el bien de todos.

Ahondar en un pensamiento que devino síntesis de la mejor tradición cultural del siglo xix cubano y punto de partida de la asunción de lo mejor universal, posteriormente, constituye un desafío hoy. No por gusto está presente en las más altas conquistas de la Revolución Cubana y sigue guiando el camino en la compleja y contradictoria realización del único y auténtico proyecto social humanista en nuestro suelo: el socialismo. Porque nos advirtió: “Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturcidos del golpe nos detenemos examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se sereneste mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. ¡El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!”²⁶²



Lisette Mendoza Portales (28 de julio, 1952).

Profesora e investigadora. Profesora titular y doctora en Ciencias Filosóficas. Es miembro de la Junta Directiva de la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas (SCIF) y dirige la sección de Filosofía de la Educación. Es miembro del Club Martiano de Filosofía de la Sociedad Cultural José Martí (SCJM) y ha sido por varios años su vicepresidenta. Ha publicado libros como *Unamuno, el filósofo* (1983); *Cultura y valores en José Martí* (2008) y *Cultura y valores aproximaciones a un desafío* (2009). También tiene

²⁶² José Martí: “Maestros Ambulantes”, ob. cit., t. 19, p. 187.

artículos en revistas como parte de colectivos de autores, entre ellos: “Humanismo e interdisciplinariedad: una determinación categorial” (2005); “Filosofía y literatura; una historia para contar” (2007); “Martí y las Humanidades: claves esenciales ante los desafíos de hoy” (2007); “Martí y la cultura: una visión temprana de la dominación imperialista” (2009); “¿Una educación para la independencia? Apuntes para un debate a propósito del Bicentenario” (2011); “Venezuela: humanismo y emancipación” (2013); “¿Filosofía de la Educación en José Martí? Un acercamiento” (2014); “Filosofía de la educación hoy. Una mirada desde Cuba” (2015); “Leer es otra manera de crecer” (2018); “¿Humanidades hoy? Acerca de la crisis y sus desafíos” (2018). Correo: clissettemp@ceniai.inf.cu

Experiencias de la primera independencia de la América española en las concepciones educativas de José Martí

María Caridad Pacheco González

Los próceres de la primera independencia de la América española fueron, en su mayoría, hombres de pensamiento y acción. No pocos de ellos se ocuparon de entronizar, junto a las proclamas y otros documentos fundacionales, reformas en los planes de enseñanza, proyectos de instrucción pública y la creación de instituciones culturales de corte progresista y utilitarista. Aunque el principal interés de los gobiernos residía en la instauración de una estructura política y jurídica estable en las naciones recién liberadas, uno de los temas de peculiar relevancia en sus agendas políticas se relacionaba con la instrucción de los habitantes; fundamentalmente la formación de una conciencia americana, la enseñanza científica, la educación laica, la libertad de pensamiento, la educación patriótica y la actualización de los métodos de enseñanza. No obstante el esfuerzo, no fue mucho lo que se pudo avanzar en materia educacional después de conquistada la independencia, en medio de luchas políticas intestinas, la lógica inestabilidad que estas provocaron y la falta de unidad de las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Los principales gobernantes de las naciones recién liberadas consideraban la educación de las masas como una de

las más esenciales responsabilidades del Estado, sustentada en los principios liberales que preconizaban sus revoluciones.

Uno de los problemas fundamentales que concitan la atención y el debate entre los pensadores criollos de finales del siglo xviii y principios del xix es la educación, que en el contexto de modernización de Hispanoamérica, requería ser despojada de una tendencia excesivamente verbal o literaria, sin contenido práctico, basada en argumentos de autoridad más que en la razón crítica, por lo cual los movimientos de emancipación de la América del Sur coinciden en otorgarle a la educación un rol preponderante en las transformaciones sociopolíticas y económicas de sus pueblos. Ejemplo de ello es el movimiento insurgente en Ecuador encabezado por Javier Eugenio Espejo (1747-1795)²⁶³, quien colocaba en el centro de las reivindicaciones la que se relacionaba con la cultura. En el primer número de las *Primicias de la cultura de Quito*, Espejo apuntaba:

Estamos en el ángulo más remoto y oscuro de la tierra, a donde apenas llegan unos pocos rayos de refracción desprendidos de la inmensa luz que baña a regiones privilegiadas; nos faltan libros, instrumentos, medios y maestros que nos indiquen los

²⁶³ Eugenio Espejo fue precursor de la independencia de Ecuador y uno de los mayores impulsores de la educación en su país. Encarnación del mestizaje por su origen indio y africano. Es representación también de una simbiosis cultural que encarna lo más valioso del pensamiento europeo de su época, incluido el uso de la lengua castellana en defensa de la autóctona de nuestro continente frente al colonialismo español, y el compromiso político y social con los sectores indígenas y criollos. Ver *Pensamiento pedagógico de los grandes educadores de los países del convenio Andres Bello. Antología*, edición especial de Editorial Voluntad SA, Santafé de Bogotá, Colombia, 1995.

elementos de las facultades y no enseñen el método de aprenderlos.²⁶⁴

Con ansias de renovación y unificación del pensamiento, muchos intelectuales, especialmente educadores de los territorios coloniales de la América española, se relacionan entre sí a través del aula, el epistolario, la prensa y los libros. Esos contactos otorgan a la revolución de independencia una corriente de unidad y patriotismo insuperables, que de algún modo impregna a la corriente separatista que surge en Cuba.

No puede obviarse que Rafael María de Mendive (1821-1886)²⁶⁵ educó a Martí en la tradición de pensamiento

²⁶⁴ Mariano Picón-Salas: *De la conquista a la independencia*, p. 225, Colección Popular Fondo de Cultura Económica, México, [1975].

²⁶⁵ Rafael María de Mendive estudió Derecho y Filosofía, además, fue periodista y poeta. En 1865 pasó a dirigir la Escuela de Instrucción Primaria Superior Municipal de Varones, en la cual ingresa el joven Martí. En el mismo inmueble se hallaba su vivienda. Acogió a Martí como a un hijo y devendría figura tutelar para el adolescente que años después recordaría el ambiente liberal que imperaba en aquella institución escolar, donde él y sus condiscípulos portarían durante una semana un brazalete de luto por la muerte de Abraham Lincoln, desafiando el poder colonial español. Mendive se vio obligado a solicitar autorización para abrir un colegio privado de primera y segunda enseñanza en la casa donde vivía. De este modo comenzó a funcionar el Colegio San Pablo, de efímera existencia. Supo avizorar en su alumno una genialidad prematura que, unida a un vínculo afectivo entrañable, le indujo a obtener de don Mariano Martí, padre del Apóstol, su consentimiento para costearle los estudios hasta el grado de bachiller. Admirado por sus alumnos como educador y hombre de bien, dejó una profunda y perdurable huella en Martí, quien, en 1871, antes de su partida al destierro, reveló que gracias a su maestro había tenido fuerzas para sufrir y sentirse verdaderamente hombre. Años más tarde, en carta publicada en *El Porvenir*, dejó constancia de las cualidades que hicieron de Mendive su padre espiritual: "Y ¿cómo quiere que en algunas líneas diga todo lo bueno y nuevo que pudiera yo decir de aquel enamorado

concebido para crear una nación nueva, independiente y culta, lo cual se puede percibir en la crónica que el Apóstol escribió sobre su maestro en 1891 a solicitud del director de *El Porvenir*, en la cual recuerda a su maestro inmerso en conspiraciones revolucionarias, al tiempo que se ocupaba en convertir el hogar en centro de reuniones literarias y de fervor patriótico.²⁶⁶ Mendive, fuertemente influenciado por la pedagogía y el pensamiento antiescolástico y liberador del padre José Agustín Caballero,²⁶⁷ de Félix Varela²⁶⁸ y sobre todo, por el discípulo de estos, José de la Luz y Caballero,²⁶⁹ dio a conocer a sus alumnos del Colegio San Pablo los

de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino verdades de su corazón o sobre penas de la patria?”, en José Martí: *OC*, 1975, t. 5, p. 250.

²⁶⁶ José Martí: *OC*, t. 5, pp. 250-252.

²⁶⁷ José Agustín Caballero (1771-1825). Preconizó reformas educativas, así como la separación de las ciencias y la filosofía del tutelaje teológico —no obstante su sacerdocio—; la introducción de experiencias físicas en la enseñanza, etc. A través de ordenanzas dispuso la creación de escuelas gratuitas para niños desvalidos. En Gaspar Jorge García Galló: *Bosquejo histórico de la educación en Cuba*, p. 27, Editorial de Libros para la Educación, La Habana, 1978.

²⁶⁸ Félix Varela Morales (1788-1823). Reemplazó a José Agustín Caballero en la cátedra de filosofía del Seminario San Carlos de La Habana. Sustentó una ética fundamentada en el conocimiento y la virtud. Al crear una escuela pedagógica cubana en el siglo xix, influyó en los métodos y estilos de enseñanza de los más prestigiosos maestros cubanos, entre los cuales se cuenta Rafael María de Mendive.

²⁶⁹ José de la Luz y Caballero (1800-1862). Fundador del colegio El Salvador; educó y preparó a la juventud cubana de la época para conducir a Cuba hacia los caminos del progreso y la emancipación. Hacía énfasis en la unidad indisoluble que debía existir entre ciencia y patriotismo; estimaba que la moral era la principal fuerza propulsora de la sociedad. En Isabel Monal y Olivia Miranda: *Pensamiento Cubano. Siglo xix*, t. 1, pp. 13-26, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

periódicos que llegaban a la Isla “ocultos (escondidos) como crímenes”²⁷⁰ del Sur del continente. Por ello, a Martí, desde época muy temprana, no le resultaban desconocidas algunas de las más ilustres figuras de la primera independencia de la América española como Simón Bolívar y Andrés Bello, quienes hicieron aportes sustanciales a una pedagogía latinoamericana.

En materia educacional, ese modelo pedagógico tiene como pivotes fundacionales a Simón Rodríguez (1771-1854), pedagogo y educador original de tipo roussonian, admirado maestro del Libertador; a José María Vargas (1786-1854), rector de la Universidad Central de Venezuela y reformador de la enseñanza científica, y a Simón Bolívar, quien introdujo los métodos de Pestalozzi²⁷¹ y Lancaster²⁷² en sus proyectos educacionales, los cuales apuntaban a elevar la cultura y el bienestar de los pueblos, y también a formar una conciencia americana.

Simón Rodríguez se pronunció contra el escolasticismo, la enseñanza memorística y los castigos corporales por los docentes; abogó por el aprendizaje del castellano y algunas

²⁷⁰ José Martí: Fragmento del discurso pronunciado en el Club del Comercio, *OC*, t. 7, p. 287 y *OCEC*, t. 8, p. 29.

²⁷¹ Heinrich Pestalozzi (1746-1827). Educador suizo, discípulo de Rousseau que construyó su obra a partir de esbozos y múltiples ensayos de lo que llamó “educación de la humanidad”. Se preocupó por instruir a los pobres como filántropo e industrial. Según su sistema, debía haber tantas escuelas como tipos de hombres en un orden social, cuyo mejoramiento dependía de la buena voluntad de los poderosos.

²⁷² Joseph Lancaster (1778-1838). Educador inglés, se esforzó por implantar el sistema monitorial para que la instrucción elemental llegara a un gran número de niños y jóvenes, a fin de suplir la penuria de maestros o mejorar sus salarios, mediante la colaboración de alumnos aventajados que impartiesen docencia a otros más atrasados, auxiliados por notas de clases tomadas de sus maestros.

lenguas aborígenes. En este último caso para poder conversar y entenderse con los indígenas; se interesó de forma muy especial por la instrucción de los sectores populares. Por otra parte, José M. Vargas, médico de profesión y presidente de la República venezolana entre 1835 y 1836, fue esencialmente un educador y un convencido de la formación integral como orientación primordial de la acción docente. Los puntos centrales de su interés descansaron en la cátedra universitaria y la presidencia de la Dirección General de Instrucción Pública, que ejerció entre 1839 y 1892.²⁷³

Las ideas educativas del Libertador estuvieron orientadas a priorizar la educación sobre las acciones bélicas, por ello consideraba la profesión de maestro como la más apreciada de la humanidad. En 1810 Bolívar somete al Congreso de Angostura el proyecto de lo que él llamó *Poder moral*, el cual asigna la tarea de cuidar que tanto niñas como niños recibieran conocimientos, entre otros, de gramática y aritmética, y que “se les inspire ideas y sentimientos de honor y probidad, amor a la patria, a las leyes y al trabajo”.²⁷⁴ En 1825 advierte: “La nación será sabia, virtuosa, guerrera si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares”.²⁷⁵ No pocos textos dedicó a la educación como formadora integral del hombre, no como mera aportadora de conocimientos, único camino para preservar la sucesión de los derechos, la libertad y la independencia de Hispanoamérica.

²⁷³ *Pensamiento pedagógico de los grandes educadores de los países del convenio Andres Bello. Antología*, t. 1, pp. 576, 628, edición especial de Editorial Voluntad SA, Santafé de Bogotá, Colombia, 1995.

²⁷⁴ Simón Bolívar: “Poder moral”, sección Tercera, “Atribuciones de la Cámara de Educación”, artículo 7º, *Pensamiento pedagógico...* ob. cit., p. 616.

²⁷⁵ *Ibíd.*, p. 620.

La educación sustentada en principios liberales fue entronizada en la región después de su independencia. A modo de ejemplo, Manuel Belgrano (1770-1820), iniciador en Argentina de la revolución de Mayo, fue impulsor de la educación en su país, en el que introdujo importantes reformas en los planes de estudio y fundó varias escuelas. También el argentino Bernardino Rivadavia (1780-1845) dispuso la organización de la segunda enseñanza y fue responsable del establecimiento de un colegio de ciencias naturales y otro de ciencias morales; igualmente introdujo la enseñanza de inglés, francés, dibujo, filosofía, matemática y física, así como de una asignatura dedicada a la agricultura.²⁷⁶

Martí se nutre de la tradición pedagógica nacional para encaminar el *deber ser* en su doctrina de los valores que comienza con la filosofía electiva de la libertad de pensar, para continuar con la concepción de *en qué pensar* y contribuir a la formación de hombres de pensamiento y acción. De ese modo las concepciones educativas de Martí se vinculan a las doctrinas docentes de los más grandes educadores americanos como Andrés Bello, en un proceso de síntesis-asimilación-superación, en tanto la educación para Martí no solo debe aspirar a reformas efímeras sino a la transformación radical de nuestros pueblos.²⁷⁷

Martí declaró de manera rotunda su admiración por el educador Andrés Bello cuando dijo: “Y al elegir, de entre los grandes de América, los fundadores—le elijo a él”.²⁷⁸ En

²⁷⁶ Enrique Sosa Rodríguez y Félix Penabad Alejandrina: *Historia de la educación en Cuba*, t. 6, pp. 8-9. Editorial Pueblo y Educación, La Habana.

²⁷⁷ Manuel Pedro González y S. Schulman: *José Martí, esquema ideológico*, p. 365, Editorial Cultura, México, 1961.

²⁷⁸ José Martí: “En el centenario de Andrés Bello”, *OC*, t. 7, p. 216.

esa apreciación admirativa coincidía con Bolívar quien confesó: “Yo conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto (...)”.²⁷⁹



²⁷⁹ Andrés Bello: *Valoración Múltiple*, selección a cargo de Manuel Gayol Mecías, p. 746, Casa de las Américas, La Habana, 1989.

El elegido de Martí se había ganado tal reputación no solo por su esmerada erudición, su participación en el proceso de la independencia venezolana, sus aportes a los estudios sobre derecho internacional y su perdurable obra sobre Gramática de la lengua castellana, sino también por sus esenciales contribuciones desde la rectoría de la Universidad de Chile, donde desplegó una intensa actividad docente en la cual concedió primordial destaque a la formación ciudadana de los educandos por sobre la acumulación de conocimientos, en lo cual hay evidentes coincidencias con las concepciones martianas.

Inspirado en las ideas bolivarianas y de otros próceres de la primera independencia de Hispanoamérica, cobra relevancia para Martí conocer e investigar no solo la naturaleza de las formas políticas de nuestros pueblos, sino también el tipo de educación que debían recibir nuestros jóvenes para transformar las estructuras económicas dependientes y lograr la integración continental como vía para evitar los peligros potenciales de absorción por parte del imperialismo norteamericano.

La escuela desempeñaba en ese contexto un papel preponderante en la conformación de los estados nacionales. Surge así un movimiento educacional latinoamericano cuya idea central era la modificación de la escuela pública. En él participa de forma destacada el intelectual argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)²⁸⁰, quien

²⁸⁰ Domingo Faustino Sarmiento. Escritor, educador y estadista argentino. Alcanzó una gran cultura de forma autodidacta y se dedicó a estudiar las más modernas experiencias pedagógicas de su época. Amigo y admirador del célebre educador norteamericano Horacio Mann, le solicitó el envío de profesores para la formación de maestros argentinos. El hecho de la introducción de maestros extranjeros ha sido muy criticado, pero hay que entender la presión que en su momento histórico debió afrontar debido a la falta de personal docente y la necesidad urgente de ofrecer educación a los niños sin escuela. También abrió jardines de la infancia; creó escuelas primarias

encontraba las causas de los problemas de las recién liberadas repúblicas en el sur del continente en la falta de civilización, que él identificaba con la cultura proveniente de Norteamérica y Europa. En el campo de la educación, ante la falta de escolarización y la escasez de escuelas y maestros, no encontró otra vía de solución que la introducción de docentes norteamericanos, los que afrontaron dificultades lógicas para transmitir las tradiciones culturales del país.

Ante esa realidad, Martí configura un sujeto *nuestroamericano* que, al optar por lo natural, debe partir de la independencia de la herencia cultural europea. Ello no significa en modo alguno dejar de reconocer la inevitabilidad del enlace cultural entre América y Europa, nunca ignorado ni rechazado por él. También precisa valorar las raíces indígenas de la cultura e historia latinoamericanas, y en consecuencia, enarbolar la autoctonía de la América indígena y la originalidad de una civilización que otros aquilataron de barbarie. Esa es la razón por la que postulara en su ensayo “Nuestra América”: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.²⁸¹

Por tanto, en el período anterior de lo que hoy conocemos como posmodernidad, se inscribe la crítica de Martí a

en cárceles y cuarteles; realizó importantes reformas en los niveles secundario, técnico, profesional y superior; multiplicó las escuelas y el número de docentes, y creó escuelas normales y bibliotecas populares en todo el país. Escribió importantes obras relacionadas con la pedagogía. En 1875 emitió una ley mediante la cual creó el Consejo Nacional de Educación. Estableció la enseñanza primaria obligatoria y los Consejos Escolares de elección popular. Esa ley y el Congreso Pedagógico de 1882 fueron algunos de las realizaciones de su gobierno. En Enrique Sosa Rodríguez y Félix Penabad Alejandrina, ob. cit., t. 8, pp. 12, 17; Julio Ramos: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*, pp. 99-100, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

²⁸¹ José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, p. 17.

la delimitación y diferenciación de los proyectos educativos que conoce y analiza en su tránsito por países del subcontinente. En ellos ocurrían importantes reformas articuladas funcionalmente al proyecto de creación de estados capitalistas, que participaban del comercio internacional a través de la exportación de materias primas semielaboradas y de la importación de productos manufacturados.

Consecuentemente, en el centro de las formulaciones martianas acerca de la educación estuvo la defensa de nuestra identidad cultural, como afirmación de su soberanía y libertad desde la esfera económica hasta la cultural, sin cabida para localismos estrechos ni asimilaciones miméticas del acervo universal. El modelo humano, educado y formado en nuestros pueblos a partir de su propia realidad en un proceso de asimilación creadora de lo universal, debía dar sentido al destino integrador de Nuestra América y a una concepción del desarrollo que se afirma precisamente en nuestras condiciones históricas.

Martí adquirió el conocimiento sobre la realidad americana, su historia, su cultura y tradición de pensamiento humanista desde su niñez en Cuba, hasta su madurez en Estados Unidos, pero obedece de una forma muy peculiar a las impresiones recibidas durante sus estancias en México, Guatemala y Venezuela. Esa experiencia fue una fuente básica para la conformación del concepto “Nuestra América”, como elemento indispensable de su obra, e influye de modo trascendente en su quehacer intelectual, fundamentalmente en sus concepciones sobre la educación.

México (1875-1876)

Cuando Martí llega a México en 1875, encuentra un país regido por un gobierno que intentaba consolidar la libertad y el progreso después de su victoria en la contienda

contra los invasores europeos. Igualmente, topa con una profunda revolución que significó la Reforma encabezada por Benito Juárez, cuya posición en lo político y lo social, de un raigal nacionalismo democrático, lo convierte en representante de los sectores populares, particularmente mestizos, que irrumpieron con inusitada fuerza en la historia mexicana de la segunda mitad del siglo xix.

Ningún aspecto de la realidad mexicana ni del rico pasado prehispánico quedó fuera del conocimiento del agudo observador. Allí valoró el drama existencial del indio en toda su extensión y complejidad, así como su incorporación a la vida social como parte de las reformas que aplicaba el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada. Apreció las condiciones en que contendía la incipiente clase obrera (huelgas, conflictos patronales, concientización, etc.), y las tendencias en que se debatía la burguesía liberal entre los partidarios de Lerdo de Tejada que preconizaban un capitalismo agrícola, opuesto a la penetración exterior, y los seguidores de Porfirio Díaz, que aspiraban a un desarrollo industrial y financiero impulsado por el capital foráneo.²⁸²

En lo económico, México se enfrentaba a la urgente necesidad de cambio con una industria incipiente que no satisfacía los requerimientos nacionales, mientras las mercancías extranjeras inundaban los mercados y la imitación no proporcionaba los elementos imprescindibles para revelar y desarrollar las fuerzas nuevas. La agricultura era débil y las minas no eran un ramo de desarrollo justo y estable para la nación.²⁸³ Las experiencias en tierra mexicana proporcionaron elementos directos a Martí para formular

²⁸² Israel Escalona Chávez: *El latinoamericanismo martiano: una aproximación a sus raíces*, Colección Santiago de Cuba, p. 7, Editado e impreso por Publicigraf, Ciudad de La Habana, 1994.

²⁸³ José Martí: *OC*, t. 6, pp. 309-312, 334-337, 348-349.

sus juicios educativos y construir un proyecto cultural liberador para toda América Latina.

En aquella época, la corriente positivista trazó en México una meta de orden y progreso, estableciendo una relación directa entre la reforma en la educación y el progreso como resultado de la misma. En Latinoamérica esa corriente perseguía, como tendencia general, el ideal de conformar sociedades capitalistas desarrolladas en las que, mediante reformas, se lograra un mejoramiento de las condiciones de vida en la sociedad. Esa tendencia adoptó una confianza desmedida en la penetración de modelos estadounidenses y europeos, del cual se permearon intelectuales como Gabino Barreda (1820-1881)²⁸⁴ y Justo Sierra (1848-1912)²⁸⁵, quienes tuvieron un desmedido afán por sustentar la elevación del nivel educacional del pueblo como vía para solucionar los problemas sociales, al margen de cualquier transformación profunda de la estructura económica y política de la sociedad mexicana.

Tomando en consideración esas premisas, es que resulta evidente la posición asumida por el Apóstol de la independencia cubana ante el positivismo en México, porque al igual que los representantes de esa corriente, critica el dominio espiritual de la iglesia, con lo cual cumple una función liberadora y emancipadora de las relaciones coloniales.

²⁸⁴ Gabino Barreda. Filósofo mexicano que introdujo el positivismo en la educación pública de su país.

²⁸⁵ Justo Sierra. Conocido en su país como “Maestro de México”. Historiador, sociólogo, filósofo, escritor, político y biógrafo de Benito Juárez. Ejerció la docencia desde el nivel primario hasta el universitario. Abogó por la investigación y la libertad de pensamiento en las universidades. En Ada Bertha Frómata Fernández y Alberto Velázquez López: *Filosofía de la educación en José Martí*, p. 25, Editorial Sanlope, Las Tunas, 2007.

También el educador mexicano José María Luis de Mora (1791-1850) se había pronunciado por la enseñanza laica y la libertad de pensamiento. Historiador de vasta cultura, defendió la educación de los sectores populares y propuso para ellos un sistema que asegurara su instrucción. Como Justo Sierra, avizó el peligro que significaba el poderío del Norte para nuestros pueblos.²⁸⁶

Fue en este entorno que Martí emitió sus primeras expresiones conceptuales sobre la educación, referidas a valoraciones de leyes emitidas en el país,²⁸⁷ instituciones educacionales,²⁸⁸ tipos de enseñanza,²⁸⁹ la instrucción que debían recibir los sectores indígenas²⁹⁰ y a la educación que las condiciones de América Latina demandaba para su desarrollo.²⁹¹ En el análisis integral de dichos juicios y expresiones más completas se halla el carácter de su concepción de la educación, alejada de definiciones estrechas o excluyentes. Por ello señalaba:

Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de mero accidente; como el budin sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar

²⁸⁶ *Ibíd.*, pp. 22, 24-25.

²⁸⁷ José Martí: *OC*, t. 6, pp. 351-353.

²⁸⁸ *Ibíd.*, pp. 257-262.

²⁸⁹ *Ibíd.*, pp. 353-356.

²⁹⁰ *Ibíd.*, pp. 327-328.

²⁹¹ *Ibíd.*, pp. 201-202, 209, 235-236, 260-261, 288.

o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro.²⁹²

Martí tenía conocimiento de que aún imperaban en muchos países los métodos y concepciones pedagógicas lastrados por el dogmatismo, el divorcio con la práctica y las necesidades apremiantes del país y un exceso de teoricismo. En consecuencia, no es extraño que al ofrecer en México sus primeras apreciaciones acerca de la educación, lo haga atendiendo a las circunstancias y requerimientos históricos de Nuestra América: “La educación tiene en estas tierras un trabajo mayor: es la educación el estudio que el hombre pone en guiar sus fuerzas; tanto más trabajosa será su obra, cuanto sean potentes y rebeldes las fuerzas que quiere conducir y encaminar”.²⁹³

En esas concepciones, Martí debió considerar las potencialidades naturales de los hombres y mujeres de Nuestra América a los que se debía educar, que no estaban reducidas a una espiritualidad profunda y una creatividad pujante, sino también a un raigal sentido de identidad, en cuya consecución era vital introducir una educación integral, abarcadora de aspectos sociales y de la vida.

Guatemala (1877-1878)

En Guatemala Martí continuó profundizando en el conocimiento de la sociedad de los países latinoamericanos recién

²⁹² José Martí: “El poeta Walt Whitman”, *OC*, t. 13, p. 131.

²⁹³ José Martí: “Rumores falsos”, *OC*, t. 6, p. 254.

liberados del yugo colonial. El gobierno de Justo Rufino Barrios,²⁹⁴ una de las principales figuras junto a Miguel García Granados de la llamada revolución liberal de 1871, favoreció el intento de la burguesía guatemalteca de encaminarse hacia un desarrollo nacional capitalista que condujo, entre otros fines, a convertir el café en gran producto de exportación y llevar a cabo una importante labor en el campo de la educación.

Una de las primeras medidas de la reforma liberal en Guatemala fue la expulsión de los jesuitas, quienes durante tres décadas de gobiernos conservadores se desempeñaron como rectores de una educación de índole dogmática. La Ley Orgánica de Instrucción Pública Primaria estableció que la educación era un sistema “general y uniforme”, de carácter “obligatoria, gratuita y civil”. Un aspecto importante fue la distinción entre educación e instrucción: “La enseñanza no se limitará a la instrucción, sino que comprenderá el desarrollo de todas las facultades del alma y de las actividades físicas del individuo”.²⁹⁵

En el marco de sus ideas sobre la educación popular, por la cual apuesta en su obra *Guatemala*,²⁹⁶ Martí también diferencia la instrucción de la educación. Esa distinción es

²⁹⁴ Barrios, que había sido partidario de la independencia cubana, también había permitido la estancia en su país de un grupo de patriotas cubanos, algunos de los cuales —José Joaquín Palma y José María Izaguirre— realizaron una destacada labor docente. José Martí se integra a ese grupo como profesor de Literatura francesa, inglesa, italiana y alemana y de Historia de la Filosofía en la Escuela Normal que dirigía Izaguirre, quien al igual que Palma había participado en la Guerra de 1868, en Pedro Pablo Rodríguez: *De las dos Américas*, pp. 50, 53-54, CEM, La Habana, 2002.

²⁹⁵ Marco Vinicio Mejía: “Las instituciones educativas de José Martí”, diario *La Hora*, Guatemala, 17 al 24 de mayo del 2003.

²⁹⁶ José Martí: *OC*, t. 7, pp. 134-158.

fundamental para comprender sus propuestas de una formación integral del hombre. Ese propósito se alcanzaría en la unidad dinámica entre los conocimientos útiles, el desarrollo de la creatividad, la responsabilidad en la transformación del ambiente natural y social, y la formación de personas virtuosas que cumplan con sus deberes y actúen en concordancia con sus valores. En general, en los textos que da a conocer durante su estancia en ese país, se muestra satisfecho con las reformas educacionales emprendidas por el presidente Justo Rufino Barrios, que había puesto énfasis en la enseñanza como elemento básico de la reforma liberal, contribuyó a que el Estado se hiciera cargo de la enseñanza popular, gratuita, laica y obligatoria y, además, instauró la libertad de cátedra como parte de la libertad de enseñanza.

Los planteles de educación pública aumentaban y se extendían hasta cubrir la instrucción de los adultos por medio de cursos dominicales, y de los indios que también recibían clases. El panorama educativo y cultural guatemalteco era activo y animado. Entre los maestros existía un clima propicio para la adopción de modernos sistemas pedagógicos.

Martí encontró favorable recibimiento en la sociedad guatemalteca, entre sus intelectuales y especialmente en la Escuela Normal que dirigía el cubano José María Izaguirre, donde encontraría no solo hogar, amistad y apoyo fraterno, sino también “un laboratorio para sus ideas”.²⁹⁷ El mismo había revelado que en este país se había convertido en maestro y en esa, como en otras experiencias docentes realizadas a lo largo de su vida, tuvo una fuente de vivencias directas para moldear sus concepciones educativas. Allí

²⁹⁷ David Vela: *Martí en Guatemala*, p. 244, Comisión Organizadora de los actos y ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, La Habana, 1953.

expresó el significado formador y transformador que le adjudicó a la educación como proceso que interviene directamente en la emancipación de los pueblos: “La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y en las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien. Hombres recogerá quien siembra escuelas”.²⁹⁸

Esas experiencias lo conducen a reflexionar acerca del vínculo educación-libertad-desarrollo individual de los hombres, cuyos postulados esenciales quedaron plasmados en la etapa que se analiza. En su artículo “Los Códigos Nuevos” apuntaba: “Llegará el tiempo de las afirmaciones incontestables, pero nosotros seremos siempre los que enseñamos, con la manera de certificar la de afirmar. No dudes hombre joven. No niegues hombre terco. Estudia y luego cree”.²⁹⁹

No debe obviarse que las formulaciones martianas en materia educativa tuvieron lugar en momentos en que las ideas positivistas se difunden en ese país. Esa corriente filosófica servía a las conveniencias teóricas e intereses económicos de la burguesía industrial y financiera de Estados Unidos y Europa; la propensión a copiar y reproducir en nuestros países hizo que los presupuestos gnoseológicos de esa doctrina fueran adoptados ampliamente por las burguesías latinoamericanas. Martí considera que esa corriente tiene enunciados que pueden aplicarse al desarrollo de los pueblos de Nuestra América, como son los métodos de observación y experimentación, pero el énfasis lo puso en la capacidad de crear y actuar con sentido propio.

²⁹⁸ José Martí: *Guatemala, OC*, t. 7, p. 157.

²⁹⁹ *Ibíd.*, p. 99.

El positivismo arraigó profundamente en las ciencias humanísticas de la época, al tiempo que priorizaba el dominio cognoscitivo del aprendizaje y la acumulación de la información con detrimento de valores esenciales como la solidaridad. El culto al egocentrismo, el fomento de la competitividad, la aceptación de los resultados solo si podían verificarse por medio de la experimentación o la observación (lo que conduce a sustituir la evaluación por la medición), la tendencia a fragmentar en áreas o asignaturas los conocimientos en lugar de propender a la integración de los mismos, y el soslayo de la necesidad de establecer una axiología, son algunas de las fisuras de esa corriente filosófica que Martí se negó a seguir de forma acrítica.

El componente más nefasto del positivismo en Guatemala, con una importante población indígena, fue el racismo entronizado en el sistema escolar, en el cual hundió sus raíces el estereotipo del darwinismo social, mediante el cual la selección natural también opera en la sociedad humana, de modo que los individuos de las sociedades más fuertes necesariamente prevalecerían sobre las más débiles.

Martí no podía comulgar con tales preceptos. Comprendía el papel que debía desempeñar la formación de conciencia en la preparación de la lucha revolucionaria y en la formulación de estrategias diseñadas para afirmar la identidad latinoamericana para lograr la unidad e integración del continente. Por ello, el modelo educativo, que consideraba había de aplicarse en nuestros pueblos, debía surgir de las propias circunstancias y especificidades nacionales. Para eso no solo se requerían soluciones materiales autóctonas, sino también sentimientos absolutamente genuinos. A esas formulaciones había contribuido el conocimiento de las culturas indígenas de México y Guatemala, lo que también lo conduce a percibir “a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, que la verdadera formación de las

naciones de nuestra América se lograría a través de la integración de las comunidades indias con el resto de la sociedad, y que los medios para ello eran la enseñanza y el ‘trabajo bien retribuido’³⁰⁰.

Martí ya entonces aspiraba a la formación integral del hombre, lo cual significaba alcanzar la unidad dinámica entre los conocimientos útiles, el desarrollo de la creatividad, la responsabilidad en la transformación del ambiente natural y social, y la formación de hombres y mujeres en la utilidad de la virtud.

La manifestación de los sentimientos y las emociones permiten el interés cognoscitivo y es primordial en el proceso enseñanza-aprendizaje, pero contrario al cientificismo positivista que propugnaba el predominio de lo cognoscitivo en la enseñanza, Martí alertó acerca de las limitaciones de basarse en la trasmisión exclusiva de conocimientos y observó con preocupación el modelo de educación de las sociedades capitalistas que era trasplantado a Latinoamérica.

Cuando Martí abandonó Guatemala en 1878, tras haber sufrido otra experiencia de caudillismo en esa tierra, reafirmó su convicción ética y conformó el concepto “Nuestra América”. Todo le servirá para cumplir su rol docente en La Habana colonial de 1879, a donde arriba después de la firma del Pacto del Zanjón.

Se desarrolló como maestro en colegios privados de Segunda Enseñanza. El 8 de febrero un periódico incluyó su nombre en el claustro de la escuela Casa de Educación, de Hernández y Plasencia, trabajo para el que fue aprobado por la Sección de Fomento de Instrucción Pública el 21 de febrero, bajo la advertencia de presentar en un breve plazo su título correspondiente. Formó parte del claustro de esa

³⁰⁰ Pedro Pablo Rodríguez: ob. cit., p. 71.

institución hasta el 24 de julio de aquel año, cuando fue anulada por el gobernador general la autorización que le habían otorgado para ejercer la docencia. La decisión de separarlo de las aulas se argumentó a partir de la no presentación del título de Licenciado en Filosofía y Letras en el tiempo fijado. En realidad, más que por la ausencia del documento de rigor, la anulación de la licencia provenía de las evidentes posibilidades de influencia que podía ejercer Martí en aquellos centros docentes, como ocurrió décadas atrás con Varela y Luz, entre otros.

No obstante, el joven maestro pudo conocer desde su posición el sistema escolar de la colonia, métodos de estudio, textos, y espíritu que alentaba la enseñanza de la época; además, apreció las trabas que provocaba el colonialismo en el ámbito de la cultura.

Venezuela (1881)

Venezuela, país en el cual permaneció desde el 20 enero hasta el 28 de julio de 1881, fue un terreno propicio para la revelación de Nuestra América y significó la posibilidad de conocer de forma más directa el pensamiento de Simón Bolívar, prócer que alentó profundamente su obra revolucionaria y que debe haber influido notablemente en sus concepciones sobre la educación.³⁰¹

Entonces gobernaba el país el caudillo de signo liberal Antonio Guzmán Blanco, que llevó a cabo una importante obra reformadora, en la cual se incluía la instrucción primaria gratuita, aunque la ley que imponía dicha educación estaba divorciada de la realidad social y económica de

³⁰¹ Cintio Vitier ha asegurado que Bolívar y su ejemplo es “el más poderoso estímulo y alimento que recibió la educación revolucionaria de José Martí”. Ver “Martí, Bolívar y la educación cubana”, periódico *Granma*, p. 4, La Habana, 3 de enero de 2007.

Venezuela,³⁰² lo que la hizo poco funcional en correspondencia con sus necesidades y requerimientos nacionales. Eso se debió, entre otros factores, a que Venezuela tenía un régimen semifeudal en el sector agrario y la reducida élite en la cual permanecía concentrada la propiedad de la tierra no estaba interesada en la propagación de la cultura. La nación, agobiada por las deudas y por graves problemas sociales, no contaba con la capacidad requerida para suprimir las trabas que oponía esa minoría. Si a ello se suma que en aquellos momentos el país estaba sumergido en constantes pugnas internas, no existía uniformidad en los planes de enseñanza ni suficiente planificación en este campo, no se contaba con suficiente capital humano para llevar a cabo un sistema de educación extensivo, y predominaba la importación de maestros, textos y métodos, se puede entender que aunque la ley era necesaria, no contó con las condiciones requeridas para realizarse en la práctica.³⁰³

En los momentos del arribo de Martí, Venezuela vivía un clima de discriminación contra el hombre del campo y el indígena, así como se profundizaba la imitación de modas europeas —fundamentalmente francesas— entre las capas pudientes de la sociedad, aspecto que fue valorado críticamente por Martí:

En la ciudad, una vida semipatriarcal, semiparisien-
se, espera a los forasteros. Las comidas que en ella se
sirven, exceptuando algunos platos del país, las sillas
para sentarse, los trajes que se usan, los libros que se

³⁰² Angelina Lemo: *La educación en Venezuela en 1870*, p. 91, Edición de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1976.

³⁰³ *Ibíd.*, pp. 43, 70, 81, 91.

leen, todo es europeo (...) Sólo que se desdeña el estudio de las cuestiones esenciales de la patria;—se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales;—se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos completamente diferentes (...) En materia de República, después que imitaron a los Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: (...) En literatura, tienen delirio por los españoles y franceses.³⁰⁴

En Venezuela entró en contacto con la obra de eminentes intelectuales como fueron Arístides Rojas (1826-1894) y Cecilio Acosta (1818-1881), quienes ejercieron gran influencia en el conocimiento de la realidad latinoamericana. El primero, escritor, médico, naturalista e historiador prominente, dedicó gran parte de su vida al estudio de la historia de Venezuela, influyó en el desarrollo cultural de su país, contribuyó con su prestigio a la introducción de Martí en círculos intelectuales, como el Club del Comercio de Caracas, y colaboró en la *Revista Venezolana*, que el Apóstol de la independencia cubana comenzó a editar en ese país. Precisamente, al escribir acerca de esa colaboración de “amigos generosos”, no puede dejar de mencionar en “la procesión de vencedores” al amigo “Arístides Rojas, con la América a cuestas”.³⁰⁵

El segundo, Cecilio Acosta, con una vasta y variada obra, que incluye entre otros temas el de la educación, tuvo una gran amistad con Martí, quien lo admiró por sus valores éticos, así como por su amor a la justicia y la libertad,

³⁰⁴ José Martí: “Un viaje a Venezuela”, *OC*, t. 19, pp. 159-160.

³⁰⁵ José Martí: *OC*, t. 7, p. 199.

incluso, lo frecuentó durante su breve estancia en tierra venezolana.³⁰⁶

El conocimiento de los problemas económicos, políticos y sociales de México, Guatemala y Venezuela fue esencial en sus concepciones acerca de la educación. Ningún texto fue tan revelador de esa circunstancia que el ensayo “Nuestra América”, “un documento pedagógico –según Cintio Vitier– de suprema precisión política”³⁰⁷ que es, además, un resumen de la teoría sociofilosófica martiana en torno a la identidad latinoamericana y una síntesis de nuestro *deber ser* esencial.

La estancia en esos países y su labor docente le aportaron el acceso a una cultura de pensamiento humanista desalienador, con profundas bases éticas en su proyección y fundamento histórico. Lo esencial de las impresiones latinoamericanas le permitió configurar los rasgos principales de su concepción de Nuestra América y relacionado con ello, la formulación de su concepción sobre la formación del hombre, a tenor de las condiciones y necesidades de la época y el país en que se vive.

Una América nueva, construida sobre premisas reales, sin copiar modelos extraños, unido a un humanismo que tiene en su centro la dignidad plena del hombre, resultan elementos fundamentales en las débiles repúblicas latinoamericanas para enfrentar el peligro acechante del imperia-lismo. Eso se debe a que después de la independencia en las antiguas colonias se fortaleció un nacionalismo estrecho, que fue contrarrestando lo que era esencial para la supervivencia de nuestros pueblos: su unidad espiritual

³⁰⁶ Luis García Pascual: *Entorno Martiano*, p. 11, Casa Editora Abril, La Habana, 2003.

³⁰⁷ Cintio Vitier: “Martí, Bolívar y la educación”, periódico *Juventud Rebelde*, p. 4, La Habana, 3 de enero de 2007.

originaria, que un hombre genial como Simón Bolívar trató de construir para garantizar la independencia y felicidad de Hispanoamérica.

En esa dirección apreció dos grandes peligros: el aldeanismo y el desarraigo, lo que se manifestaba en diferentes esferas de la vida social, y entre ellas, la educación. Ello condicionó que en sus primeros acercamientos a este tema, se manifieste la crítica a estos problemas y la defensa de una educación en correspondencia con la vida, el Estado y las necesidades de esas tierras.

Por ello se hacía necesario conocer nuestra realidad y asumirla como creación, pues “ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano”.³⁰⁸ De ese modo, la identidad nacional de cada uno de los pueblos de Nuestra América se constituye en un requisito indispensable para desarrollar el espíritu de emancipación política. Martí comprendió la importancia de la educación para desarrollar este sentimiento de forma coherente con la necesidad de formar hombres capaces de servir a la patria, por encima de cualquier interés individual. Desde el punto de vista teórico-conceptual las ideas de emancipación e identidad están relacionadas muy estrechamente con la de integración latinoamericana, y por ello a partir de sus experiencias en países de este continente, no concibe al nuevo hombre latinoamericano sino arraigado a su realidad y reconocido en ella.³⁰⁹

³⁰⁸ José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, p. 20.

³⁰⁹ Constantino Torres Fumero: “José Martí en la identidad”, en Diana Abad Muñoz (coordinadora), *Homenaje a José Martí. En el centenario de su muerte en combate*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás, 1997, p. 82 y José A. Escalona Delfino: “Martí: educación e identidad. Hacia un pensamiento de la unidad”, revista *Santiago*, (78): p. 104, Santiago de Cuba, enero-junio de 1995.



María Caridad Pacheco González (La Habana, 1953).

Doctora en Ciencias. Subdirectora de Investigaciones del Centro de Estudios Martianos e investigadora titular del Departamento de Historia del propio centro. Profesora titular de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana y coordinadora académica del grupo de trabajo de CLACSO José Martí: pensamiento y acción. Ha sido reconocida con el Premio Martiano de la Crítica Cintio Vitier por el libro *José Martí: la educación como formación humana*, en coautoría con el doctor en Ciencias Rigoberto Pupo Pupo.

Correo: caripach.gonzalez@gmail.com

Subalternidades en el camino y el proyecto martiano de la marcha unida

Mayra Beatriz Martínez Díaz

Los registros que Martí realiza de los sujetos subalternos,³¹⁰ correspondientes a los distintos grupos culturales que va conociendo durante sus viajes y estancias en Centroamérica, Suramérica y el Caribe —en diarios, memorias, cuadernos de apuntes, cartas, crónicas...—, lo llevaron, gradualmente, a violentar sus presupuestos de típico sujeto adscrito al discurso de poder —“ciudadano” por antonomasia: hombre ilustrado y blanco—. En ellos podemos seguir el avance de su sensibilización con la áspera y oscura realidad de los hombres y mujeres excluidos, por razón de etnia en particular, negados dentro de aquellas repúblicas liberales de modernidad marginal; o, cuando más, referidos de manera paternal en producciones culturales preocupadas por defender imágenes de estados ideales, ficticiamente homogéneos, pretendidamente monoculturales, y encargadas de fomentar estabilidad en naciones delineadas sobre la base del brutal sometimiento de las originales.

³¹⁰ Utilizo la definición “subalternidad” aportada por Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel (1929-1935)*, que reconoce la subordinación en términos de clase, casta, género, raza, lengua, cultura, ocupación, edad o cualquier forma de gradación jerárquica, ejercida por la “centralidad” hegemónica.

No era muy distinto el angulado defendido por las miradas que nos contemplaban “desde fuera”, sobre todo las contenidas en memorias de viajeros, fundamentalmente europeos, de paso por territorios que continuaban siendo semidesconocidos para la única civilización aceptada como modelo y que, sin embargo, despertaban cada vez mayor interés —económico y científico—. Muchos narradores de viajes entre los siglos xviii y xix, fueron, al propio tiempo, profesionales destacados, calificados para producir testimonios significativos: geógrafos, botánicos, arqueólogos, antropólogos... Sin embargo, coexistía el hecho de que buena parte de ese tipo de documentos fuera concebida por simples trotamundos curiosos, que observaban las comunidades subalternas étnicas como un todo amorfo, inepto e indistinto, y, no obstante, sus anotaciones llegaban a ser validadas: se constituían fuentes de “examen” por parte de especialistas de diversas disciplinas —eruditos de “centro”—, quienes, sin acercarse físicamente a sus reales objetos de estudio —las “periferias”—, procedían a enlazar y regularizar tales conocimientos empíricos y, en consecuencia, a proponer generalizaciones que conducían a un saber a menudo tan inexacto e ilusivo como poco discutido. Krotz lo menciona cuando se refiere al siglo xix y al campo de la antropología en formación:

La mayoría de los especialistas que elaboraron estos inventarios sistemáticos (...) los antropólogos típicos de esa época, no eran viajeros. Desde su punto de vista, esto no era necesario, pues *se trataba, sobre todo, de clasificar, ordenar y establecer relaciones entre los testimonios de la otredad histórica y actual*, acumulados en reportes y regalos a través de contactos culturales (...) Las críticas (...) se acumularon, especialmente a principios del presente siglo [xx] en contra de la

“etnología de sillón” y de los “antropólogos de escritorio”, demasiado sedentarios (...).³¹¹

Martí alcanzaría a reparar, de forma sorprendente, en ese desatino y a poner en tela de juicio saberes obtenidos por esas prácticas, culpables de justificar la dominación cultural sobre pueblos que originalmente habitaban nuestra América o de grupos que fueran introducidos para ser esclavizados. Comprometió sus textos —su poder de representación— con ese re-conocimiento. Escribe a su amigo Valero Pujol ya en 1877: “(...) engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas, pagar a los pueblos el bien que nos hacen: este es mi oficio”.³¹² En su ensayo “Nuestra América” de 1891 —evidentemente alimentado por sus experiencias viajeras—, se adelantaría al debate que Krotz sitúa solo a comienzos del xx, al denunciar —con expresiones muy semejantes a las del antropólogo— a los “pensadores canijos, los pensadores de lámpara”, contraponiéndolos a “el viajero justo y el observador cordial”³¹³ que él mismo se empeñaría en ser.

Durante toda su vida, no obstante, permanecería fascinado por escritos de todo tipo de exploradores de nuestras “otredades” —empíricos o profesionales—, cuyas memorias habitualmente consultaba. No dudó en citarlos dentro de sus propios textos. Desde luego, los recorridos martianos nunca fueron incentivados, como los de ellos, por el

³¹¹ Esteban Krotz: *La otredad cultural entre utopía y ciencia*, p. 258, Fondo de Cultura económica, México, DF, 2002. En este texto los destaques en cursiva corresponden a la autora. En caso contrario se indica de ser necesario.

³¹² José Martí: “Carta a Valero Pujol”, *OCEC*, t. 5, p. 192.

³¹³ José Martí: “Nuestra América”, *Edición crítica*, investigación, presentación y notas Cintio Vitier, p. 28, CEM, La Habana, 2000.

estricto y enriquecedor motivo de conocer, por el puro placer o, mucho menos, para satisfacer algún encargo. Sabemos que las razones de sus recorridos y estancias coyunturales se conectaban con circunstancias acuciantes hasta el fin de sus días: exilio forzoso, sobrevivencia económica, labor política... Por otra parte, desde sus propias narraciones primeras se distinguen las huellas del escritor: un ingenuo, pero apasionado espíritu aventurero, distintivamente romántico y, más tarde, un contenido, pero perceptible si-baritismo de sesgo modernista, comunicador de exóticas sensaciones.

De cualquier modo, en sus textos iniciales hallamos el enfoque de un típico viajero ilustrado: la perspectiva asombrada, aunque distante, y el afán por adquirir nuevos saberes útiles, que delataba cierto acento pragmático de aliento positivista. Se autocalificaría como tal a través de referencias implícitamente personales, muy a pesar de que la soberana pulsión del artista y la espiritualidad del idealista se encargarían de conducirlo, aún entonces, más allá del “orden”, el “cálculo” y la “explicación”. Tal ocurre en una de las memorias de su llegada a Guatemala donde, presuntamente, describe una experiencia vivida —las gestiones para su rápida incorporación al magisterio en la Escuela Normal—. Se conceptúa “ilustrado”, según su usual manera de acudir a la tercera persona para aludirse a sí mismo, en un texto en gran medida dedicado a la “oferta” de las bondades y ventajas brindadas por el país: “(..) cuando *un extranjero ilustrado* solicita del Ministerio de Instrucción Pública un empleo (..) casi siempre se concede, en uno de esos centros educativos que sostiene el Gobierno”.³¹⁴

Sí, el joven Pepe se enorgullecía de ser típico *viajero ilustrado*: en su anterior “Diario de Izabal a Zacapa”, escrito en

³¹⁴ José Martí: “La América Central”, OCEC, t. 13, p. 176.

forma de cartas, se había autoreferenciado como “caballero” sobre su mula, quijotesco pero ridículo; el término lo ajenizaría de inmediato respecto a la realidad narrada. Allí se manifestó constantemente incómodo respecto a lo que encontraba en su camino. Por ejemplo, al enfrentarse a la imagen diferente de las mujeres indígenas. Al retratar a Lola, esposa del arriero Aniceto, que lo acompaña en esas jornadas de arribo a Guatemala, refiere que las perfecciones que puede hallar en su forma eran “abrutadas por la incultura” y se convertían “en fealdades numerosas por la falta de transparencia espiritual”. Consideraría a la mujer “(..) inaccesible a la bondad, a la pregunta, al silencio, al aseo, al cansancio, a la ternura (...) Dejémosela, hermano.—¡Horresco referens!”.³¹⁵ Cuando cita a Virgilio, el viajero remarca su propia adscripción cultural distinta y la de sus destinatarios cómplices, los hermanos Valdés Domínguez, a quienes presupone preparados para captar la referencia latina. Termina de establecer su extrañeza: “*El pensamiento de esta mujer es una piedra azteca; no se puede leer en ella sin ayuda de su marido (...) Me entrego a mis urbanos pensamientos, y dejo su fraseo de bípedos a estas rocas talladas en lo humano*”.³¹⁶

Semejar el pensamiento de la mujer a una “piedra azteca” y contraponerlo a sus “urbanos pensamientos” implicaba precisar la situación enojosa en que se hallaba sumido: su molestia provenía, claramente, del choque —que creía en ese momento insalvable— entre universos culturales distintos. El fragmento denuncia su desazón personal ante la imposibilidad de comprender, desde su *logos*, la conducta

³¹⁵ José Martí: “Diario de Izabal a Zacapa”, OCEC, t. 5, p. 54. En nota a esta edición se aclara que así se expresa Eneas, según Virgilio, al contar la muerte de Laoconte en *La Eneida*.

³¹⁶ Id.

crítica de Lola —inaccesible “a la pregunta”—.³¹⁷ Pone de manifiesto la incapacidad o la negativa de la indígena para manifestarse correctamente a través de códigos civilizacionales que no la contienen. El sujeto autoral que la interpela no puede establecer la comunicación directa y acude, entonces, a su compañero —más ladinizado—³¹⁸ que, no obstante, constituye un intérprete que aún deja mucho que desear. El arriero —como buena parte de los hombres de los pueblos originarios, que debieron salir con mayor frecuencia a laborar en los espacios instituidos por las “nuevas” repúblicas—, trata de emplear el instrumental de la cultura dominante y comportarse como intermediario, con lo que exonera a la esposa de un rol alocutivo que no le correspondía, al tiempo que salvaguarda su aislamiento. No se trataba de un comportamiento raro: las indígenas, en lo posible, han conservado históricamente su retraimiento, preservándose de la contaminación en mayor medida que sus compañeros; gracias a ello, se ha asegurado la transmisión de valores esenciales de las comunidades a sus descendientes, aún en medio de la hegemonía cultural que los asedia. Martí, aunque todavía no lo comprende cabalmente, perplejo ante el silencio de Lola, demuestra perspicacia suficiente para destacar el hecho. Si bien deambulaba en el espacio público, Lola era intrusa; su gestión no estaba autorizada; no podía hacer historia.³¹⁹

³¹⁷ Id.

³¹⁸ Se califica como “ladina” aquella parte de la comunidad indígena de origen —por nacimiento y cultura— que adopta formas de existencia compatibles con la “civilidad” propia del estado moderno.

³¹⁹ Said se ha referido a lo que llama “permiso para narrar” (*permission to narrate*): autorización negada por la cultura dominante como uno de sus mecanismos para mantener su predominio, con el ocultamiento del victimizado (ver Edward Said: “Permission to Narrate”, Londres, *London Review of Books*, febrero 16, 1984).

Este episodio es apenas una muestra de los momentos en que nuestro viajero veinteañero manifiesta remilgos ante lo diferente. Sin embargo, no dejan de hallarse, en paralelo, adelantos de un registro de la realidad más tolerante e inclusivo. Afirmaría desde las páginas de su folleto *Guatemala* en 1878: “De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador, artístico por indio; por español terco y osado (...)”.³²⁰ Lo espiritual —concede— proviene del indígena, quien ya no representaba, a la sazón, el “bípedo” de “imbécil catadura”, como calificara antes al arriero.

No obstante, por lógica, las estrategias martianas de representación de sujetos y contextos “extraños” habrían de edificarse —en anotaciones y memorias de los setenta e inicios de los ochenta— casi absoluta y férreamente sobre la base de los referentes culturales que definían su propia identidad, desde los cuales interpretaba, por fuerza, la realidad —matiz cognitivo de etnocentrismo inmanente—. Son los referentes que puede hallar en espacios citadinos, sobre todo entre “letrados” para quienes también la única “civilización” aceptable era la del blanco.

Sus memorias reprodujeron, inevitablemente, narraciones maestras de la modernidad, donde cualquier proyecto social imaginable descansaba en la extensión de la educación a la occidental para cimentar el progreso. De hecho, todos los discursos emancipadores contemporáneos en nuestro continente llevaban esas huellas. No podía tampoco esperarse otra cosa de quien, asimismo, era masón —como la mayoría de los líderes de las pasadas gestas independentistas— y, por tanto, ferviente defensor de la ilustración como valor supremo, base para la liberación completa del hombre, vía para su perfeccionamiento y requisito para el establecimiento de igualdad y fraternidad con sus congéneres.

³²⁰ José Martí: “Guatemala”, *OCEC*, t. 5, p. 240.

Así, con satisfacción, describiría el entorno caraqueño, donde halló “(...) una vida rara semipatriarcal, semiparisiense”; “(...) todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son del todo familiares”.³²¹ Son referentes que seguirá empleando igualmente a nivel formal, como asiento para asociaciones de sentido —comparaciones y metaforizaciones— con que intenta “traducir” sujetos y escenarios, y esbozar nuevos significados; sabe que con ellos se identificarían sus destinatarios previstos.

Reproduce, pues, el método de análisis usual en los viajeros que lo habían precedido y con los cuales se hallaba familiarizado. Los textos de los cronistas de Indias dan fe suficiente de este tipo de operaciones que, no por gusto, detentan una marca subliminar colonizadora: se examina y representa a partir de universales validados por la tradición europea. Ejemplos sobran de tales analogías en los textos del Martí viajero, fuera como recurso estético o con fines netamente interpretativos y explicativos —como cuando se emplea la llamada “metáfora cognitiva”—.³²² Así, refiriéndose a la “raza pura” de los afrodescendientes, que le “alegra los ojos” a su paso por Livingston, contrasta a las mujeres con *Venus* y con *Hércules* a los hombres;³²³ si los jóvenes empleados del Gobierno guatemalteco son gentiles, dirá que son “cortesés como *parisienses*”;³²⁴ asegura que, según una de las variantes lingüísticas mayas, “jocote” “quiere

³²¹ José Martí: “Un viaje a Venezuela”, *OCEC*, t. 13, p. 145.

³²² Lakoff y Johnson exponen la naturaleza metafórica del pensamiento humano (ver George Lakoff y Mark Johnson: *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1986).

³²³ José Martí: “Livingston”, *OCEC*, t. 5, p. 47.

³²⁴ José Martí: “La América Central”, *OCEC*, t. 13, p. 176.

decir *ciruela*”,³²⁵ cuando, en realidad, es un fruto solo parecido, y, por cierto, mucho más ácido... Lo contradictorio es que, en su caso, el uso frecuente de elementos prestablecidos como paradigmas procedentes de la tradición occidental para establecer asociaciones de este tipo estaría destinado, cada vez más, al enaltecimiento de productos culturales, hechos, personalidades... propios de las comunidades que eran objeto de subalternización, lo que atenúa el carácter eurocéntrico de su discurso.

Otros proceder resultan, de igual modo, concomitantes con posiciones etnocéntricas no conscientemente ofensivas —evidentes o subyacentes—. Por ejemplo, en ocasiones, se autoidentifica dentro de sus narraciones como extranjero —español, por más señas—, sin que exprese desestimación de las comunidades indígenas, negras o mestizas que lo reciben.³²⁶ Desde luego, tales declaraciones de su filiación española —después de todo, la nacionalidad ostentaba por ser aún Cuba colonia peninsular— podrían ser interpretadas como reconocimiento orgulloso del sedimento cultural hispano en la construcción de nuestras identidades, a contrapelo de su pensamiento anticolonial en lo político. El destaque del aporte hispano en sus escritos de madurez —junto al de indígenas y negros— contribuye a crear un dispositivo de resistencia a la penetración cultural anglosajona y, en específico, ante el amenazador “Norte reuelto y brutal”³²⁷ que sí nos resultaba extraño —proceder

³²⁵ *Ibíd.*, p. 174.

³²⁶ Un caso: cuenta que en Cozumel pervivía la costumbre de llamar a los españoles “blancos”. Así, “un viejecillo de camisa y calzón”, a quien nuestro “viajero curioso” pide explicaciones, parece haberlo interpelado de tal modo y no manifiesta desagrado (José Martí: “Isla de Mujeres”, *OCEC*, t. 5, p. 43).

³²⁷ José Martí: “A Manuel Mercado”, *OC*, t. 20, p. 161.

bien analizado por otros estudiosos martianos, como Ivan Schulman.

Recordemos, al respecto, la crítica a los errores de la repúblicas instauradas tras la independencia esbozada alegóricamente en las páginas de su ensayo “Nuestra América”;³²⁸ en torno al calco de ideas procedentes de realidades ajenas: “El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga,—en desestancar al indio,—en ir haciendo lado al negro suficiente”;³²⁹ así soñaba una nación ordenada y justa.

Pero, ¿cómo ampliar en las repúblicas ya instauradas los límites de un modelo de Estado-nación —nacido de una historia que no era nuestra y tornado ferozmente discriminatorio al ser extrapolado a nuestros contextos—, cuyo diseño enmascaraba la presencia —a veces mayoritaria— de comunidades ignoradas dentro de sus propios territorios, desperdigadas o divididas por fronteras convencionalmente impuestas, con sus tradiciones particulares, espiritualidades distintas, conciencias de identidad propias, formas de organización exclusivas y ancestrales —muestras de *natio* original— subyugada bajo la sombra de una ficticia estampa de avenencia? ¿Acaso el concepto de “nación” no implicacomunidad de individuos con lengua y cultura *comunes*, con derecho a la *autodeterminación*? Esta discordancia no es abordada —ni tal vez reconocida— en esos términos. Como

³²⁸ De hecho, la expresión “Nuestra América”, que da título a su ensayo capital respecto al reconocimiento y legitimación de nuestra diversidad y que empleada con frecuencia en sus textos desde México, en los noventa, sustituiría casi por completo a “Hispanoamérica” o “Latinoamérica”/“América Latina”, recordatorios tácitos de nuestra colonización cultural. También prefirió utilizar toponímicos que referían ubicación geográfica: América Central, América del Sur.

³²⁹ José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, p. 20.

afirma Estrade: “[P]ara Martí no cabe duda que la nación emergió con la independencia en América Latina y que luego, a lo largo del *siglo de las nacionalidades*, fue madurando en un proceso largo, penoso y desigual”.³³⁰ Su propuesta se concentraría, fundamentalmente, en evaluar procesos de compactación cultural que consideraba en marcha.

No podría concebirse que fuera de otro modo. Su lógica para razonar y establecer relaciones, su modo particular de pensar la realidad, aceptaba el estatus adoptado por las repúblicas modernas europeas en sus orígenes, según un pensar etnocéntrico explicable.³³¹ Sin embargo, su etnocentrismo sería, poco a poco atemperado por un relativismo cultural, consecuencia no solo de su maduración política, sino de su sensibilización personal con las penalidades y carencias sufridas por las comunidades marginadas que conoce, en especial, por una valorización cada vez más desprejuiciada de sus acervos culturales vivos. La perspectiva etnocéntrica suele poseer gradaciones que dependen del carácter y los propósitos de quien la asume. En Martí, resulta evidente una creciente voluntad de traspaso y/o disolución de fronteras excluyentes.³³² No tardaría en reconocerse, progresivamente —según un *crescendo* de

³³⁰ Paul Estrade: *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, t. II, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2016, p. 23.

³³¹ Según Lewis, “El etnocentrismo es el estado natural de la humanidad” (Esteban Krotz, ob. cit., p. 60). Se parte de un conocimiento acreditado —el del *yo*, el *nosotros*— para, por oposición, reconocer, delimitar y “transcribir” realidades nuevas. Es herramienta indispensable en el proceso de aprender y comprender al *otro*.

³³² Krotz advierte: “Resulta interesante ver cómo el contacto entre culturas puede tanto aumentar como disminuir el etnocentrismo; en ello pueden jugar un papel importante el grado de distancia y cercanía, la importancia de las diferencias y afinidades consideradas centrales o las disposiciones, determinadas históricamente” (Esteban Krotz, ob. cit., pp. 60-61).

pertenencia que lo hace cada vez más cercano—, como el “viajero curioso”,³³³ “el huésped”³³⁴ y, al fin, como aquel “viajero justo” y “observador cordial”³³⁵ que mencionara, también con claro sesgo autobiográfico, en “Nuestra América”. A esa altura, poseía una disposición consciente —moral, política, cultural en general— de colocarse en un plano de igualdad respecto al “otro”, a pesar de no poder renunciar a lo que siempre sería: un intelectual moderno ilustrado. Recordemos la precisión que nos legara Vitier sobre cómo se comporta en sus “Diarios de campaña”: “Otra mirada lo envuelve, lo transparenta todo”. Y es que no solo llega a mirar distinto, sino que *ve* distinto: “Son ellos, es él, somos nosotros. Aquí hay una hermandad honda y levísima”.³³⁶

Su profunda eticidad natural —más allá de la pulsión artística romántica que siempre lo acompañaría, o la pura espiritualidad idealista— lo llevaría a manifestar una pronta empatía con esos seres que pudo hallar deformes, mezquinos, ignorantes, perezosos, indolentes —inciviles, al fin—, pero a cuya vecindad pronto se siente inclinado. Desde México, lo revela: “(..) aquí entre estos hombres descuidados, entre estas calles informes, sobre esta arena agradecida que no sofoca con su ardor al extranjero que la pisa, *aquí reposa mi alma*, señora de su fatiga, *contenta* con la serenidad de esta grandeza (..)”.³³⁷ Hasta cuando describe contextos que reciben su más incisiva crítica, expresa, antes

³³³ José Martí: “Isla de Mujeres”, *OCEC*, t. 5, p. 43.

³³⁴ *Ibíd.*, p. 46.

³³⁵ José Martí: “Nuestra América”, *OC*, t. 6, p. 22.

³³⁶ Cintio Vitier: “Cuba: su identidad latinoamericana y caribeña”, texto mimeografiado, Biblioteca de Centro de Estudios Martianos, 1992.

³³⁷ José Martí: “Apuntes de viaje de La Habana a Progreso”, *OCEC*, t. 5, p. 34.

que rechazo, piedad: “(..) se siente uno conmovido por la suerte de esos valientes luchadores que no han recibido de sus padres más que la ignorancia, los odios intestinos, el amor a la holganza, y las preocupaciones (...).³³⁸

Si la necesidad de reivindicación de los grupos supeditados en América debió generarse en Martí, sobre todo, con un basamento ético sostenido —“la caridad del corazón” reclamada explícitamente en “Nuestra América”— y por la conciencia de su importancia como resistencia a la penetración cultural, su preocupación al respecto debió, incluso, crecer en la medida en que fue más consciente de la necesidad de generar en esas fuerzas sociales un compromiso respecto a una lucha común en un orden más práctico: mayormente anticolonial en los territorios aún sometidos al poder metropolitano; descolonial, ejercida desde los productos culturales, en los políticamente independientes, pero todavía sometidos acriticamente al *logos* imperial.

Evidentemente, los subalternos por razón de etnia constituían un enorme cuerpo poblacional —“minoría” mayoritaria, considerada en su potencialidad únicamente como factor económico por los gobiernos liberales—, que el Martí político imagina juntar en una *homogeneización contrahegemónica* capaz de preservar al continente de sus dos álteres amenazantes: el histórico y el que intuía en el futuro; España y los Estados Unidos. Su proyecto reconocía el valor distintivo de sus culturas, pero terciaría a favor de colocar sus distingos en segundo plano de interés.

El “con todos y para el bien de todos”,³³⁹ fundamento del discurso utópico martiano —aunque afincado en sus experiencias develadoras no solo de nuestra pluriethnicidad sino

³³⁸ José Martí: “Un viaje a Venezuela”, *OCEC*, t. 13, p. 138.

³³⁹ José Martí: “Discurso en el Liceo Cubano, Tampa”, *OC*, t. 4, p. 279.

de la multiculturalidad viva sometida—,³⁴⁰ no parecía considerar el riesgo de contaminación que amenazaba con la desaparición a los modos de vida tradicionales. Invocó la mayor expectativa de justicia que consideraba posible, viable a partir de un correcto funcionamiento ciudadano dentro un diseño sociocultural relativa y lamentablemente aculturador. Confiaba en la posible integración útil y sana en naciones “compactas”, que dio, incluso, por hechas en “Nuestra América”. La comprensión de los peligros que entrañaba era inexistente en la época. Martí, a pesar de su visión adelantada respecto a cómo replantear justicieramente la tan llevada y traída contradicción “civilización-barbarie” —más allá del enjuiciamiento a los planteamientos de Sarmiento, porque era un tópico de discusión recurrente en la comunidad intelectual de entonces— no llegaría a advertir que, precisamente, un gobierno “representativo” de identidades tan disímiles nunca podría significar una opción satisfactoria.

En sus primeros registros de viajero, mostró su complacencia al suponer provechosa la instauración de los gobiernos liberales. Por ejemplo, muy a pesar de la invectiva acerada dirigida contra el dictador Justo Rufino Barrios en “Los desórdenes de las repúblicas de la América Central” —texto presumiblemente de 1882— todavía no se observa resquebrajamiento de su fe y hasta justifica desmanes cometidos en contra de la población indígena, avalados por leyes y decretos presidenciales: “(..) siembran poco a poco,

³⁴⁰ Al decir de Krotz, el objetivo utópico dista mucho de ser imaginario o arbitrario, en tanto la tradición utópica estudia los fenómenos culturales “desde abajo y hacia delante”, y genera un conocimiento que sirve como “guía y como impulso a la acción”: “(..) se trata de un tipo de análisis social en cuyo centro se encuentra la categoría de la *alteridad*” [Esteban Krotz, ob. cit., p. 174], la cual ha de englobar sujetos y espacios conceptualmente “subalternos”.

sin quererlo, los fundamentos de un verdadero régimen liberal (...) el desarrollo de la industria agrícola, la creación de caminos, el crecimiento rápido y admirable de la riqueza pública.³⁴¹

No obstante, observador honesto, no puede evitar que su reflexión se torne contradictoria. En ese mismo documento, había advertido el fracaso en el establecimiento de una justicia efectiva: “La independencia, proclamada con la ayuda de las autoridades españolas, no fue más que nominal—y *no penetró en las capas populares*—no alteró la esencia de estos pueblos (...) solo la forma fue alterada”.³⁴² Había comprobado que los avasallados históricamente permanecían a los márgenes de la nueva civilidad.

Notamos que a Martí lo asiste, con frecuencia, una especie de vergüenza al registrar esta situación; en especial, la de los indígenas. Los distinguió constantemente en su mutismo. Había hecho, por ejemplo, una descripción vivísimamente de la ciudad de Guatemala, durante un domingo en que todo “el pueblo” se encontraba de celebración: “*La ciudad entera está en las calles, —y la ciudad entera parece una familia.—*(...)”.³⁴³ Allí mismo, pone en evidencia la diferencia entre esas gentes, que ostentaban su capacidad de ser *ciudad* —“pueblo”— y de comportarse unidos, como “familia” —que se articulaban a la organización estatal; que existían visiblemente— respecto a grupos que permanecían ajenos, voluntaria o involuntariamente. Es de observar cómo a estos los muestra después, por separado, dramáticamente ajenos al festejo: “El Calvario, es *otro* cuadro. Siempre se ve a esos graves indios en fila, con el huacal—un gran fardo, los

³⁴¹ José Martí: “Los desórdenes de las repúblicas de la América Central”, *OCEC*, t. 13, pp. 194-195.

³⁴² *Ibid.*, pp. 192-193.

³⁴³ José Martí: “La América Central”, *OCEC*, t. 13, p. 174.

pies desnudos—moviendo regularmente sus piernas secas y nerviosas—”.³⁴⁴

Ya reparaba en que el retraimiento del subalterno no era siempre impuesto, sino que podía conectarse con un voluntario deseo, si no siempre de rebelarse, de retraerse autodefensivamente —razón válida para aquel mutismo que había apuntado en Lola—. Llega a percibir en su aislamiento una posible resistencia subyacente, con lo que corrige su interpretación original que lo atribuía, en el caso de los indígenas, a desidia o ignorante terquedad inherente a su naturaleza. A su arribo a México había reprochado: “¿Y los dueños de esta tierra, la dejarán morir, decaer, (caer en mano extraña?)? (sic) La hermosura de un pueblo ¿no es el deber de utilizarla? La inteligencia de un hombre ¿qué es más que el deber de emplearla?”³⁴⁵ La protesta martiana se conectaba con el pensamiento de las élites liberales, que reconocían a los indígenas solo como fuerza ociosa que, sin empleo productivo según sus intereses, lastraba el desarrollo moderno.

Advertiría que la reticencia defensiva se expresaba, incluso, en objeciones ante aquellos de sus congéneres que se vincularan a los espacios de poder. Lo ilustra, por ejemplo, cuando refiere la existencia de una familia entristecida “porque han *llevado* al hijo de la casa a ser *soldado*” —poniendo en claro que había sido obligado a ello—, y añade, sintomáticamente, que confían en que “el bravo Kem, jefe de una tribu alzada”, lo libere “de entre la turba de cartucheras y chacó”.³⁴⁶ Si bien el autor parece asombrarse ante

³⁴⁴ *Ibíd.*, p. 175.

³⁴⁵ José Martí: “De pronto, como artesa de siglos...”, *OCEC*, t. 4, p. 413.

³⁴⁶ José Martí: “Isla de Mujeres”, *OCEC*, t. 5, p. 45. Acá, aludía a uno de los líderes vinculados a la llamada Guerra de Castas, revuelta iniciada por los indígenas mayas del sur y sureste de Yucatán, rebeldes

la congoja expresada por de los parientes, en vistas de que el hecho podía asegurarle al joven reclutado un futuro más promisorio en el espacio dominante —e interpretarse, por tanto, como algo favorecedor—, no puede evitar una alabanza implícita a la rebeldía indígena, deslizando apenas un adjetivo: “el *bravo* Kem”.

Así, de manera esporádica, comienza a registrar con agrado manifestaciones defensivas indígenas contemporáneas más allá del evidente y extendido ostracismo cultural pasivo —frente al que mantendría, por el momento, su censura—. Justamente, en uno de los fragmentos de las memorias del viaje marítimo que realizara en 1877, frente a las costas de la denominada “riviera maya”, escribiría: “(..) frente a Cozumel, los indios, más que bárbaros, tímidos del *trato rudo de los blancos*, ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de Tulum (...)”.³⁴⁷

El comentario evidencia su entendimiento de que el “trato rudo de los blancos” provocaba estrategias indígenas de aislamiento —comportarse tímidamente, retraída—, pero, incluso, justificaba respuestas defensivas de índole más práctica, como las que, concretamente, hicieran “inaccesible la antigua ciudad histórica de Tulum”. Y es que las antiguas ruinas de Tulum se habían convertido, en aquellos momentos, en uno de los bastiones ocupados por las fuerzas rebeldes mayas, implicadas en la Guerra de Castas, de la cual el viajero tuvo noticias más que suficientes durante su estancia yucateca previa. Esta alusión, no por indirecta, deja de ser reveladora. Poco tiempo después, en 1882, recordaría, más explícitamente este conflicto y las

contra la población blanca que los sometía, por endeudamiento, a trabajo forzado en las haciendas. La sublevación se había iniciado en 1847 y fue sofocada en 1901.

³⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 44-45.

consecuencias beneficiosas de este repliegue territorial para la preservación de los legados ancestrales. Afirmaría que los indígenas “observan aún los hábitos de su raza, y sus leyes y lengua, en la comarca que llaman los mexicanos Tierra de Guerra, que se extiende de Tabasco a Chiapas”.³⁴⁸

Ello no impide que, en ese propio año, insista en describir, con desagrado “(...) en los indios, el *desprecio* de la ciudad y de sus hombres, y el amor salvaje,—*un amor de ostra* por la concha,—a su rincón de la selva y a su cabaña miserable”.³⁴⁹ De manera que si, por un lado, consideraba justa la insurgencia indígena en pos de sus derechos ciudadanos, por el otro, todavía exhortaba a su reeducación a la occidental como condición para un igualamiento efectivo.

Identifica, al cabo, dos ídoles de mutismo indígena: el impuesto y el voluntario, y ambos siguen resultando causas de preocupación —impedimento para la tarea que se ha impuesto de conocer y comprender sus culturas— y motivo, en consecuencia, de permanente debate personal.

Particularmente en sus textos de viajero, trata de compensar la disyunción cultural entre aquellos que son objeto de su discurso y los presuntos receptores de su mensaje, funcionando como un mediador comprometido éticamente con la realidad que refiere, voluntad que se aprecia a nivel narratológico a partir de la colocación estratégica de la voz autoral.

Será un narrador que participa —en calidad de narrador-testigo— en el desarrollo de los acontecimientos a la par de los subalternos: testimonia experiencias propias, aunque pueda seguir enmascarándose tras el uso de la tercera persona según su modo habitual —“el huésped”, “el viajero”—. Al relatar su paso por Livingston (1877), se había

³⁴⁸ José Martí: “Sección Constante”, *OCEC*, t. 12, p. 201.

³⁴⁹ José Martí: “Un viaje a Venezuela”, *OCEC*, t. 13, p. 153.

insertado conmovedoramente, haciéndose recibir por la América toda: “A eso lo invitan y lo obligan,—al ágil negrillo, al robusto marinero y a la hacendosa *dada*,—ese alto bosque que tienen a su espalda, ese ancho mar que tienen a su frente, y esa masa de cocos que se han abalanzado sobre la costa, como abriendo los brazos de la generosa América al viajero.—Ah! y qué contento!”.³⁵⁰ Obrar así contribuye a estructurar una política narrativa que consigue mayor eficiencia emotiva, comunica veracidad y, con ello, capacidad de convencimiento, al tiempo que, en lo personal, pone en evidencia el crecimiento de su sentido de pertenencia. Los ejemplos más elocuentes los hallaremos, obviamente, en sus “Diarios de campaña” finales, donde refiere su regreso definitivo a Cuba.

Sin embargo, quizás lo más significativo sería observar la estructuración de una especie de “democracia antietnocéntrica” narratológica, a partir de la cesión de su voz autoral —de la autoridad propia del emisor: del hombre ilustrado que tiene la posibilidad de colocar sus mensajes en los medios— a quienes han sido históricamente forzados al mutismo o que no poseen el instrumental adecuado para romperlo. La viñeta “De la pesca de las perlas”, de 1894, es una muestra: no se trata de una narración de experiencias directas martianas, sino un relato introducido. Apenas anuncia que “Benjamín Ruiz, el general de Panamá, [les] contaba...”,³⁵¹ con lo que vehicula indirectamente el testimonio. El autor deja de ser testigo relator, para convertirse en testimoniante delegativo, trasmisor de memorias de otros.

Como parte de esta operación inclusiva martiana, se produce una intensificación progresiva del dialogismo: los

³⁵⁰ José Martí: “Livingston”, *OCEC*, t. 5, p. 49.

³⁵¹ José Martí: “De la pesca de las perlas”, *OCEC*, t. 19, p. 171.

parlamentos de sujetos pertenecientes a grupos subalternos son capaces de robar, sin aviso, el primer plano enunciativo acentuando, cada vez más, la polifonía del relato. Sin la menor introducción, por ejemplo, da inicio el capítulo VII del “Diario de Izabal a Zacapa” con una conversación cuyos interlocutores no se identifican, aunque sí se aprecia, en uno, una norma de habla ilustrada y, en el otro, de procedencia humilde —con los giros y modismos de rigor—. Solo al final del diálogo, aclararía: “Esto decía, aguzándose la barba un inesperado compañero de viaje (...) amigo de Aniceto, con quien, muy salpicado por mis preguntas se traía esta plática caminera”.³⁵² Y el apelativo “señor” —con su matiz de superioridad implícito— nos hace sospechar quién es el curioso que interpela. No le resultaba importante hasta ese momento deslindar a quiénes pertenecían los tales parlamentos, que podríamos presumir trasladados textualmente: el yo autoral comienza a disolverse, a ser una voz entre voces. Será una estrategia narrativa típica que tendrá mayor presencia en anotaciones y memorias de su época de madurez.

En sus “Diarios de campaña” finales se superponen acciones y voces —y jerarquías diversas: campesinos y soldados a la par de grandes jefes militares— en el estilo más directo que podamos hallar. Si incluye testimonios tan trascendentales como los del Generalísimo, Máximo Gómez, no lo son menos, ni ocupan menos lugar, los parlamentos de campesinos y soldados rasos, quienes dan cuenta, entre otros asuntos, de sucesos de nuestras guerras independentistas que, a veces, penosamente, no han sido acreditados aún por la Historia oficial. Nuestro narrador intenta tal suerte de “construcción” de sujetos y espacios marginados —que, obviamente, no dejaría de ser selectiva,

³⁵² José Martí: “Diario de Izabal a Zacapa”, OCEC, t. 5, p. 68.

reveladora de su perspectiva— para otorgarles derecho a la expresión.³⁵³

Amén de esas operaciones, manifiesta su agrado cuando los sujetos subalternos, por sí mismos, intentan abandonar su aislamiento. Con alborozo, resalta en 1877: “(...) una multitud brillante de jóvenes indios, ya maestros de escuela, estudian los métodos, los descubrimientos y las ciencias modernos”.³⁵⁴ Educarlos y hacerlos útiles a la nación moderna era la aspiración: “(...) las revoluciones son estériles [y evidentemente se refería a la que llevara a las independencias] cuando no se firman con la pluma en las escuelas y con el arado en los campos (...) La mejor revolución será aquella que se haga en el ánimo terco y tradicionalista de los indios”.³⁵⁵ Sin embargo, finalmente, llega a albergar aprensiones al respecto cuando los valores que se inculcan no son los nuestros. En “Un viaje a Venezuela” advierte:

Aunque *nadie habla las lenguas indígenas que se hablan en el país*, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Quinet,

³⁵³ Es significativo destacar que, aunque sus “Diarios...” finales no estaban destinados a la publicación, la cantidad de enmiendas a que los somete revelan que no logra desentenderse de su responsabilidad como autor “inscrito en una red institucional de información” (Nara Araújo: *La huella y el tiempo*, Letras Cubanas, La Habana, 2003, p. 17). Sin embargo, el narrador se empeña en expresar su empatía a través de las voces “ventrílocuas” mediadoras, mencionadas por Araújo. Pretenden legitimar —por identificación ideológica, emocional; por estrategia política— un espacio cultural que no les pertenece: “(...) voces autorizadas y letradas —voces ventrílocuas que promueven la exaltación de lo testimonial y el consiguiente ensanchamiento de fronteras (...)” [Ibíd., p. 11].

³⁵⁴ José Martí: “La América Central”, *OCEC*, t. 13, p. 170.

³⁵⁵ José Martí: “Reflexiones destinadas a preceder a los informes traídos por los jefes políticos a las conferencias de mayo”, *OCEC*, t. 5, p. 98.

a Lamartine. Resulta, pues, una inconformidad absoluta entre la educación de la clase dirigente y *las necesidades reales y urgentes del pueblo que ha de ser dirigido*. Las soluciones complicadas y sofisticadas a que se llega en los pueblos antiguos (...) no pueden ser las leyes de la vida para un país excepcionalmente constituido, *habitado por razas originales donde la misma mezcla ofrece caracteres de singularidad* (...).³⁵⁶

Los viajes a las Antillas, preparatorios para la guerra necesaria y, particularmente, su arribo a tierras cubanas —el retorno gozoso a sus coterráneos—, le permiten, a la postre, lograr cercanía real, mayor conocimiento e identificación respecto a los modos de existencia tradicional de mujeres y hombres, inclusive iletrados. Desde la manigua cubana donde hallaría, al fin, su “plena naturaleza”³⁵⁷ realiza en sus “Diarios...” un elocuente destaque, en especial, de negros y descendientes indígenas y manifiesta, más que nunca antes, su voluntad de compartir con ellos la condición de ser “otro”. Su afán de identificación representaba a esa altura, sin dudas, un franco apremio espiritual.

Desde luego, no dejan de resultar hipotéticos los razonamientos en torno a la constitución de la república que imaginaba construir con estas mujeres y hombres. Muchos son los estudiosos del tema que se lamentan de que no existiera —o no haya llegado a nosotros— una referencia explícita y precisa de cómo Martí la preveía, capaz de esclarecernos más respecto a sus intenciones de reivindicación práctica de los subalternos por razón de etnia. Algunos

³⁵⁶ José Martí: “Un viaje a Venezuela”, *OCEC*, t. 13, pp. 145-146.

³⁵⁷ Así lo expresó en carta a su compañera, Carmen Miyares y a sus hijos, desde la manigua redentora (José Martí: “Cartas a Carmen Miyares de Mantilla”, *OC*, t. 20, p. 224).

son del criterio de que Martí aporta un enfoque singular cuando habla de “república”. Pedro Pablo Rodríguez ha señalado, por ejemplo, que no implicaba una forma de gobierno sino un tipo nuevo de sociedad, por lo que le atribuye un alcance superior.³⁵⁸

Lo más cercano a una definición estaría inmersa en “Nuestra América”: “(..) el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, *por métodos e instituciones nacidas del país mismo* (...) *La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país*”.³⁵⁹ Semejante apelación no solo se transforma en exhortación a un *deber ser* futuro, sino que introduce la posibilidad de que esas culturas originales que representan “la constitución propia” puedan recuperar su plenitud. Apenas las considera “razas” detenidas: heladas, coaguladas.³⁶⁰ Había abogado, durante su estancia en Venezuela, por “(..) devolver al concierto humano interrumpido la voz americana (...) *hay que deshelar* con el calor de amor, montañas de hombres”.³⁶¹

³⁵⁸ Ver Pedro Pablo Rodríguez: “Alcance y trascendencia del concepto de república en Martí”, ponencia al XXIII Congreso de LASA, Washington, 2001.

³⁵⁹ José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, pp. 14-15.

³⁶⁰ Esta idea de las culturas diferentes de los pueblos indígenas como detenidas no es exclusiva martiana —como en ocasiones se presupone—, aunque la inserte con absoluta brillantez dentro de la argumentación de su propuesta utópica. Lubbock, a quien Martí leía, menciona la carencia de escritura y unas formas de vida imbricadas con lo mágico-religioso-ritual como señal de capacidades mentales atrasadas o, por lo menos, “adormecidas” (John Lubbock: *Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre*, Daniel Jorro, Madrid, 1912, p. 409).

³⁶¹ José Martí: Fragmentos del discurso pronunciado en el Club del Comercio, OC, t. 7, p. 285 y OCEC, t. 8, p. 42.

De cierto, la utopía martiana apuntaría hacia el establecimiento de un gobierno con capacidad para respetar a todos los pueblos convivientes en las repúblicas hispanoamericanas, reconocer sus valores y otorgarles derecho ciudadano, aunque siempre —paradoja permanentemente implícita— a condición de que se produjera la asimilación “fraterna” —la unidad en naciones ficticias a partir del sometimiento de naciones reales—; que existiera en los subalternos la voluntad consciente de aceptar valores, lengua, costumbres, cosmovisiones ajenas, adquiridos mediante adecuados procesos de “enseñanza científica”. Evidentemente, no percibía el profundo alcance aculturador que tal renuncia entrañaría; estaba convencido de que el menosprecio por el otro en condición de inferioridad podría desaparecer por la vía ética, por el ejercicio de un “buen gobierno” que combatiera los vicios coloniales, en lo cual insiste aún en el “Manifiesto de Montecristi”: en la “confirmación de la república moral en América”.³⁶²

Las aseveraciones martianas vinculadas al futuro establecimiento en nuestra América de una república democráticamente viable y verdaderamente inclusiva —pluriparticipativa—, que otorgara derechos ciudadanos igualitarios a sus “pueblos originales, de composición singular”³⁶³ y llevara a término su “fórmula de amor triunfante ‘con todos y para el bien de todos’”,³⁶⁴ aunque se colocaron a la vanguardia de las propuestas existentes hasta entonces, no llegaron a cuestionar, al menos explícitamente, la forma de Estado, sino se orientaban hacia la reparación los errores incurridos durante la puesta en práctica de las repúblicas liberales para afianzar

³⁶² José Martí: “El Partido Revolucionario Cubano a Cuba”, *OC*, t. 4, p. 101.

³⁶³ José Martí: “Nuestra América *OC*, t. 6, p. 14.

³⁶⁴ José Martí: “Discurso en el Liceo Cubano, Tampa”, *OC*, t. 4, p. 279.

un “(..) sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”.³⁶⁵ El concepto de Estado-nación, que sometía a nuestra riquísima diversidad a un solo gobierno, excluyente por esencia, permanecería intocado, aunque discrepara absolutamente con sus propios empeños por proyectar “la marcha unida”³⁶⁶ de una América que, según afirmaba, solo habría “de salvarse *con* sus indios”.³⁶⁷

Quizás por vislumbrar, al fin, esa violencia implícita, soslaya mayormente el término. Como afirma Estrade, Martí “habló mucho más de la patria que de la nación”³⁶⁸ con lo que aludía a un concepto más conciliador, afectivo y encubridor de las profundas escisiones internas —un concepto propio, tal cual resignificara el de “república”, entendiéndola como “sociedad”—. En todo caso, su pretensión de entonces era alcanzar prontamente una “amalgama indispensable para juntar *sus factores diversos* en una república segura y útil”.³⁶⁹ Para lograrlo, ya conminaba a los cubanos de ascendencias diversas a la “guerra necesaria” y los incorporaba a su Partido Revolucionario Cubano (PRC) como ejercicio previo de participación ciudadana.

Sí expresó diáfananamente que deseaba derivar “de los elementos verdaderos del país (..) la forma de gobierno, y gobernar con ellos”.³⁷⁰ Sin embargo, los nuevos gobernantes a que aspiraba no provendrían directamente de la auténtica subalternidad. El gobernante debía ser “ilustrado”. Desde *Nuestra América*, sería conciso al respecto, aunque

³⁶⁵ José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, p. 20.

³⁶⁶ *Ibíd.*, p. 11.

³⁶⁷ *Ibíd.*, p. 12.

³⁶⁸ Paul Estrade, *ob. cit.*, p. 22.

³⁶⁹ José Martí: “Nuestras ideas”, OC, p. 316.

³⁷⁰ José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, pp. 15-16.

dando por cierto un futuro apenas imaginado: “Los gobernadores, en las repúblicas de indios, *aprenden* indio”. Desde luego, no *serían* indios auténticos: eso no cabe aún en su más avanzado *deber ser*. Había mencionado, como curiosidad, la existencia en Antigua Guatemala de un gobernador indígena maya “ilustrado”, que leía periódicos, sabía francés, y con el ejemplo y la palabra enseñaba virtudes y establecía escuelas;³⁷¹ es decir, preparaba a su comunidad para que contribuyera mejor al progreso moderno. Reconocer la posible suficiencia de su original manera de ver el mundo y, según ella, gobernar, habría resultado inconcebible. En tal sentido, no dudaría en reiterar menciones al presidente Juárez, prototipo de subalterno asimilado. La aptitud para gobernar estaría al alcance de indígenas y negros educados —entre otras opciones disímiles de realización—. A partir de ese convencimiento, le reprocha a F. Hopkinson Smith, autor del libro *Quitásol blanco en México* que: “[N]o ve el indio médico, el indio pintor, el indio comerciante, el indio juez, el indio presidente, el indio triunfante, el indio libre”.³⁷² Siendo “culto”, el indio podía ser libre. Obviamente, era el principio que estimulaba su entusiasmo al preparar, para un mejor ejercicio de su civilidad futura, a aquellos negros y mulatos que asistían a sus clases en “La Liga” neoyorkina.

Sus ideas en torno al derecho al sufragio en nuestros países, base de cualquier constitución republicana, dicen mucho respecto a su proyecto de democracia, aunque fuera representativa. Habían conocido una evolución muy significativa —radical, aunque evidentemente todavía

³⁷¹ Ver José Martí: “Guatemala”, *OCEC*, t. 5, p. 266.

³⁷² José Martí: “Un viaje a México”, *OC*, t. 19, p. 337.

inconclusa—³⁷³ desde sus planteos durante su estancia en México en 1875 —cuando abogaba por “pueblo de votantes *perfectamente entendidos*, que por sí mismos fueran capaces de señalar su voluntad a la Nación”, que no fueran ignorantes faltos de “personalidad propia”,³⁷⁴ con lo que defendía el llamado “voto calificado”, discriminador de grupos analfabetos como las comunidades indígenas—, hasta sus criterios de los noventa, donde aboga por el que denomina voto o sufragio “libre” —que interpretamos como el “universal”, tal cual se contempla hoy—,³⁷⁵ incluso, propone que “debía ser obligatorio”.³⁷⁶ Dice más respecto a la emigración en Estados Unidos que:

(...) practica antes de la república, como el único medio de obtenerla, el régimen de examen propio y voto individual que salvará a las nuevas repúblicas de América, a Cuba y Puerto Rico, de los trastornos necesarios que (...) *impidieron el asiento de un régimen de educación pública y equilibrio de clases en el voto*, en las primeras repúblicas, recién salidas de la casta de *los países ineducados de América*.³⁷⁷

³⁷³ En uno de sus cuadernos de apuntes finales, refiere cómo la forma de iniciación sexual de un hijo y la forma de sufragio son algunos de los únicos asuntos que le han hecho dudar. Ver José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 18”, *OC*, t. 21, p. 415.

³⁷⁴ José Martí: “Oposición actual”, *OCEC*, t. 2, p. 87.

³⁷⁵ Todavía en el siglo xix el denominado “voto universal” estaba reservado al hombre y podía contemplar otras limitaciones en torno, precisamente, el nivel educacional, renta y propiedades, y seguía marginando, pues, en gran medida a indígenas, negros y mestizos en los países de nuestra América.

³⁷⁶ José Martí: “Las elecciones del 10 de abril”, *OC*, t. 2, p. 296.

³⁷⁷ *Ibid.*, pp. 296-297.

De facto, dentro de su partido, todos tenían derecho al sufragio sin restricciones de sexo, procedencia étnica o nivel educacional —aunque trabajara para instruirlos—: “La grandeza es ésta del Partido Revolucionario: que para fundar una república, ha empezado con la república. Su fuerza es ésta: que en la obra de todos, da derecho a todos. Es una idea lo que hay que llevar a Cuba”.³⁷⁸

Planteos como ese obligan a considerar un distingo con relación a las implicaciones que tendrían sus ideas de ordenamiento republicano respecto a Cuba —y Puerto Rico, por cuyas independencias trabajaba en conjunto el PRC— y las que tendrían respecto a las repúblicas de nuestra América ya fundadas: lo que podría resultar escasamente hacedero y lesivo a la realidad pluricultural, aparecía, en cambio, como viable entre nosotros. Su “república moral” difícilmente funcionaría dentro del estatus excluyente de una *nación común* verdaderamente no compartida. Esta visceral discordancia lastraba en el ámbito de lo cultural su ideal para Nuestra América, aunque su fe mantenida en la posibilidad de su consecución sería indicativa de hasta dónde llegó a flexibilizarse su frontera epistemológica y, de paso, lo colocaría en medio de un debate reivindicador que solo se reabrirla mucho más tarde y cuyas interrogantes aún hoy no han sido solventadas a cabalidad.³⁷⁹ Casi al final de su vida, una misiva dirigida en 1895 a su “Amigo y hermano”

³⁷⁸ José Martí: “Persona y patria”, *OC*, t. 2, p. 278. Recordemos que, dentro del Partido Revolucionario Cubano, la mujer cubana ejerció por primera vez el voto.

³⁷⁹ Beverley reconoce que “[l]a posibilidad de plantear un nuevo orden mundial que incluya a los marginales, discriminados, subalternos y excluidos del poder y la riqueza del mundo, es viable si se piensa desde el multiculturalismo” [John Beverley: “Subalternidad, modernidad y multiculturalismo”, *El espejo de Clío*, 2007. Disponible en <http://elespejodeclio.blogspot.com>.] Bolivia lo probó con su Estado multinacional.

Federico Henríquez y Carvajal daba cuenta de su conciencia final acerca de este conflicto:

La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, *contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos*, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.³⁸⁰

Su opción para “nuestras repúblicas dolorosas de América”,³⁸¹ éticamente impecable, aún no se resolvía dentro de una estructura capaz de garantizar que las mudas masas de indios y de negros, y sus culturas abandonaran definitivamente los márgenes. Sin embargo, el “ajiaco” cubano y de otros territorios de las entonces solo conocidas como Antillas —Puerto Rico, Dominicana—, donde las poblaciones indígenas muy esquilgadas y las negras importadas se fusionaban con “lo blanco” en mezcla “adelantada” de razas y culturas, sí le ofrecían la posibilidad de edificar una real *república* y abrir los brazos a todos. Acá, la legitimación del aporte de los oprimidos con quienes “había que hacer causa común”³⁸² podría haber llegado más allá de su fervoroso testimonio comprometido o de su sueño emancipador como político. Pero para ello debía haber vivenciado la específica, ineluctable y esclarecedora práctica social, que le habría conminado a buscar, incluso, otras soluciones sobre la marcha. También lo previó: “Gobernante, en un

³⁸⁰ José Martí: “A Federico Henríquez y Carvajal”, *OC*, t. 4, p. 111.

³⁸¹ José Martí: “Nuestra América”, *OC*, t. 6, p. 13.

³⁸² *Ibíd.*, p. 20.

pueblo nuevo, quiere decir creador"³⁸³: quiere decir transformador, hacedor de lo inédito... Faltó tiempo. La reflexión quedó trunca prematuramente. El combatiente asumió su ambicionado lugar junto a los subalternos. Cayó bregando entre sus iguales.



Mayra Beatriz Martínez Díaz (La Habana, 1955).

Ensayista, investigadora literaria, editora, periodista. Últimos libros publicados: *Martí y los pueblos mayas* (2015); *Martí, eros y mujer* (revisitando el canon, otra vez) (2014); *Martí ante la danza* (2014); *Diarios de campaña de José Martí, edición anotada y estudio* (2014); *Tu frente por sobre mi frente loca. Percepciones inquietantes de mujer, compilación de textos martianos y estudio introductorio* (2011); *Convivencias de El Viajero: nuestra América desde los márgenes* (2011). Entre los estímulos recibidos: Distinción por la Cultura Nacional (2019); Virtuosismo Académico por la Academia Cubana de Altos Estudios Masónicos (2016); Literatura Científica y Gran Premio en Concurso Pueblo Maya de Guatemala (2015); Premio de la Crítica Martiana Cintio Vitier (2015 y 2013); Premio Nacional de Ensayo Alejo Carpentier (2011); Pinos Nuevos (2005) y Razón de Ser (1994). Correo: mayrabeatriz21@gmail.com

³⁸³ *Ibíd.*, p. 16.

El poema americano en los apuntes martianos

Carmen Suárez León

*Tengo bajo el cielo vasto un mundo nuevo*³⁸⁴

Otro de los recorridos que puede activarse dentro de los cuadernos de apuntes está conformado por un campo de trabajo poético, donde se cruzan de modo significativo los temas y las formas —como variantes de trabajo casi siempre— que, en algunos casos, conformarán sus poemarios publicados en vida o que al menos fueron conformados por el autor de manera primaria como un todo, y sobre los que reflexiona en cartas, prólogos o bocetos de índices. En otros, esos campos experimentales quedan en los cuadernos, no consiguen conformar un cuerpo sino que son reelaborados en otras zonas de su obra donde encuentran un sitio, digamos, canónico.

Tal es el caso de lo que podría ser un poema americano, la inclusión del tema americano dentro de sus versos o la apelación a América intercalada en una composición poética. Junto con sus lecturas americanas, sus vivencias, comentarios y proyectos de libros, la poesía repunta por uno y otro lado, nacida como necesidad de la reflexión y experiencia del espacio americano.

Para el conocedor de la obra martiana esa necesidad de José Martí es muy familiar. Lo que Martí vive como obsesión,

³⁸⁴ José Martí: “Poesía dramática americana”, *OC*, t. 7, p. 175.

como preocupación central, como experiencia que debe ser conformada o resuelta, el poeta necesita convertirlo en poesía, así sus versos se cargan autobiográficamente o sus crónicas se precipitan en sus versos libres. La preocupación americana se hace verso muchas veces en los apuntes, se filtra en sus conflictos emocionales o se abre como tópico de afán heroico, en un registro épico que parece concretarse en epopeya.

No puede olvidarse que en las aulas de su maestro Rafael María de Mendive y en el ambiente insurrecto de La Habana de los años sesenta, el adolescente Martí recoge una tradición de lucha que había prosperado en las primeras décadas del siglo al calor de las batallas independentistas de las repúblicas de América del Sur. En su discurso pronunciado en 1881 en el Club de Comercio de Caracas rememora esos tiempos: “Cómo nos predicábamos (...) en aquella isla florida el Evangelio que nos venía del continente grandioso: cómo, mal oculto entre el Lebrija, el Balmes y el Vallejo, leíamos amorosamente los volcánicos versos de Lozano!”³⁸⁵

Conectado a esas memorias encontramos en el Cuaderno de apuntes número 1, un poema que lleva tres fechas al pie: Col[egio]., noviembre 1868; Cárc[el]., marzo, 1870; Mad[rid]., 1871,³⁸⁶ como para dejar anotada un trayectoria, quizás la de la gestación del poema o los hitos neurálgicos de su breve y rebelde biografía de entonces. El poema en cuestión es una exaltada tirada de versos patrióticos llamando a la guerra a los cubanos, la guerra que en octubre de 1868

³⁸⁵ José Martí: Fragmentos del discurso pronunciado en el Club del Comercio, *OC*, t. 7, p. 287 y *OCEC*, t. 8, p. 44. Martí menciona al poeta venezolano Abigaíl Lozano (1821-1871), cuyos versos patrióticos se leían en todo el continente.

³⁸⁶ José Martí: “Cuaderno de apuntes no. 1”, *OC*, t. 21, p. 21.

se había desatado en Cuba, y era seguida y apoyada con pasión por muchos jóvenes desde las aulas de sus escuelas, como era el caso Martí.

Es una composición bastante larga en la que, hacia la mitad, se lee esta estrofa:

En el cielo de América anchuroso,
 Cubre el crespón la estrella de la patria.—
 ¿Y habrá quien ya no luche?
 ¿Y habrá quien otra voz que la doliente
 Del pueblo esclavo y mancillado escuche?
 ¿Y habrá quien torpe sienta
 Saltar su corazón entre cadenas
 Y busque sólo en el mezquino llanto
 Alivio infame a las comunes penas?³⁸⁷

Como vemos “el cielo de América” delimita un espacio poético ideal, donde se inscriben los más altos valores y aspiraciones de nuestra América y donde Cuba, allí en el espacio al que pertenece naturalmente, es simbolizada por “la estrella de la patria” y está cubierta por un crespón de luto, en tácita comparación con el resto de las repúblicas hispanoamericanas ya constituidas en repúblicas, mientras ella permanece como colonia española. Iván Schulman en su ya clásico texto³⁸⁸ escribe “La extrema altitud, el carácter espacial de su aspecto físico se reflejan en el carácter espiritual de *cielo* como símbolo de idealismo”.

El poeta insistirá en esa imagen en sus apuntes y fragmentos. Más adelante —en el cuaderno 4— vemos cómo en

³⁸⁷ José Martí: [“Venid! ¡venid;—mi sangre bullidora”], OC., t. 21, p. 19 y OCEC, t. 16, p. 16.

³⁸⁸ Iván A. Schulman: *Símbolo y color en la obra de José Martí*, Madrid, Biblioteca Románica Hispánica, pp. 184-186, Editorial Gredos, S.A., 1970.

un fragmento de corte reflexivo comienza con la misma imagen ideal, que esta vez se explicita, porque Martí ve el cielo de América como un campo que anuncia “los cielos del alma”, le otorga esa dimensión espiritual que es aspiración y meta del hombre religioso, a la vez que establece una clara analogía con una América celeste, metaideal de su patriotismo. Escribe: “En tu cielo ¡oh mi América! presagio/De los cielos del— alma va sencilla/Clara luna del sol enamorada:/Así en mi vida del honor prendada/La suave luz de la conciencia brilla:”.³⁸⁹ En una hoja suelta apuntaría también:

Tiene mi cielo de América,
 Lecho mío, orgullo mío,
 Nubes de blancos frescores,
 De ambiente amoroso y tibio,—
 Ni cabe en amor tristeza
 Ni cabe [en] un beso frío.—³⁹⁰

Versos en elaboración donde ese cielo es convertido en lecho del poeta, lugar de reposo donde hay orgullo, frescura y amorosa tibieza, espacio de alegría donde no caben la tristeza ni la frialdad. Se trata de una imagen de estirpe católico cristiana que construye Martí muy temprano en su trabajo poético y que se carga de sentido a lo largo de su vida para inscribirse finalmente en sus más emblemáticos textos. Si no construye el poema épico americano, a la manera clásica, esas imágenes irán a sus crónicas y a sus ensayos para conformar una prosa poemática y escrita para el periódico, que es al fin la forma que encuentra el autor para concretar

³⁸⁹ José Martí: [“En tu cielo ¡oh mi América! Presagio”], *OC*, t. 21, p. 148 y *OCEC*, t. 16, p. 68.

³⁹⁰ José Martí: “[Sé de un hogar esmaltado]”, *OC*, t. 17, p. 276 y *OCEC*, t. 16, p. 223.

la heroica gesta de los tiempos modernos. A esa constelación celestial construida en esos apuntes, donde reinan los más altos valores de Nuestra América, vendrá a reinar Bolívar como describe en unos de sus discursos:

¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!³⁹¹

A esa misma estirpe celeste pertenece también el Gran Semí, que planea sentado sobre un cóndor sobre las jóvenes naciones del sur al final de su paradigmático ensayo, regando “la semilla de la América nueva”.³⁹²

Toda esa simbólica americana que Martí edifica tiene una dimensión cósmica, concretada a partir de esa imagen celeste y solar, de ascenso y perfeccionamiento. Nace del estudio detenido de la historia del continente, de sus mitologías indígenas y de la violenta inserción del mundo hispánico y europeo, cuyos mitos y representaciones son concienzudamente analizados y comparados para producir un imaginario poético activo hasta hoy.

En hojas sueltas recogidas en los fragmentos y que pertenecen sin duda a los estudios anotados en los cuadernos 7 o 13 podemos encontrar una relación de hazañas que son enumeradas por Martí con impulso poético y que por uno u otro camino irán a parar a sus crónicas y discursos. Formando parte de ella, puede leerse esta nota “Aquellos jóvenes

³⁹¹ José Martí: “Discurso pronunciado en la velada en honor de Simón Bolívar, ob. cit., p. 243.

³⁹² José Martí: “Nuestra América”, OC, t. 6, p. 23.

épicos que tendieron de un mar a otro mar y de una sola carrera del caballo el pabellón que los cobija”.³⁹³

Al tema de los héroes de la independencia y sus hazañas se enlaza siempre el tema del indio. Así, podemos leer este poema en el cuaderno 4:

Tamanaco, de plumas coronado
 Está en mitad del rústico vallado.
 Tras cañas y madera,
 En forma de hombres se levantan fieras
 Con cabeza y con pecho y pies de hierro.
 Las cañas rompen: salta al circo un perro.
 Del hombre de las plumas la macana
 Hace en el aire hueco herida vana:
 El brazo, desprendido
 Al golpe inútil, cuélgale perdido:
 Crujen tras de las cercas inseguras
 De sabroso placer las armaduras:
 En la sangre del indio derribado
 El hondo hocico el perro ha sepultado:
 Y aún resuena en la tierra americana
 El golpe vago de la infiel macana;
 Y en el cuerpo del indio aún muerde el perro.³⁹⁴

Ese punto de colisión entre lo que llamó desde 1877 “una civilización devastadora” y las sociedades indígenas, es como un núcleo doloroso y signado por la violencia que fija Martí para la poesía con la concreción del indio mordido por el perro del invasor. Será un tema que tendrá un despliegue particular en su obra, puesto que tendrá un tratamiento teatral en su escritura, cuyos proyectos, variantes y

³⁹³ José Martí: *Fragmentos, OC*, t. 22, p. 24.

³⁹⁴ José Martí: “[Tamanaco de plumas coronado]”, *OC*, t. 17, p. 237 y *OCEC*, t. 16, p. 52.

apuntes preparatorios pueden también seguirse en apuntes y fragmentos.

Al leer estos versos que apresan un instante crucial de la historia de América, se recuerda de inmediato su temprano ensayo a la poesía del cubano José Joaquín Palma, donde escribe:

Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la perdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.³⁹⁵

Esos versos que pintan a Tamanaco en el momento de ser apresado y detenido simbólicamente en el tiempo de modo violento deben inscribirse en ese esfuerzo del trovador José Martí para cantar a “la legión gloriosa de nuestros mártires”.

Este laboreo de temas épicos a la manera tradicional, que José Martí lucha por actualizar, queda en los apuntes martianos como el sorprendente testimonio de la lucha que sostiene el poeta con la lengua, con la historia, con el nivel conceptual de su época en un intento por quebrar los límites y conseguir el poema de su tiempo.

³⁹⁵ José Martí: “A José Joaquín Palma”, *OC*, t. 5, p. 95 y *OCEC*, t. 5, p. 320.

Un texto que le permitiera testimoniar el nacimiento y el desarrollo de una nueva cultura así como un proyecto posible de plenitud solo posible a partir de la integración y de batallas formidables cuyo primer capítulo comenzó a escribirse desde el día de la colisión entre los europeos y los pueblos originarios. Un proceso complejo y violento de transculturación y mestizaje entre numerosas etnias y culturas que duró siglos y culminó en los días de las guerras emancipadoras de la metrópoli española.

Entregado a la conspiración y al periodismo, fue en sus crónicas y sus ensayos, así como en sus actos y su propia biografía donde queda ejemplarmente apresada la gesta de Nuestra América y señalados de manera vital y poética, a la sombra del sacrificio y de la muerte, el futuro posible de las repúblicas del sur.



Carmen Suárez León (Vereda Nueva, Artemisa, 1951).

Doctora en Letras. Investigadora, traductora y poeta. Trabaja en la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí. Ha publicado, entre otros, *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades* (La Habana 1997 y traducido al francés, París, 2002); *La alegría de traducir* (2007); *La sangre y el mármol. Martí, el parnaso, Baudelaire* (2002); *Ensayos del centro* (2009); los poemarios *Jardín sumergido* (1991); *El patio de mi casa* (1994) y *Poemas del mediodía* (2011). Ostenta la Distinción por la Cultura Nacional.

Correo: suarezleon@cubarte.cult.cu